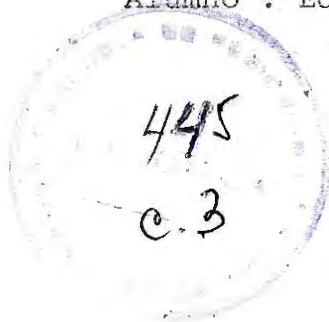


UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA, HUMANIDADES Y EDUCACION
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS Y TECNICAS DE LA COMUNICACION

" SEMINARIO DE TITULO "

EL CAUDILLO COMO HEROE EN LA
NOVELISTICA CHILENA

Profesor Guía: Edmundo Concha C.
Alumno : Eduardo Fernández V.



Santiago-Chile
1985

I N D I C E

	<u>página</u>
OBJETIVO	1
INTRODUCCION.....	1
LOS AUTORES	3
LAS OBRAS	5
Frontera	5
Gran Señor y Rajadiablos.....	28
La Casa de los Espíritus	48
CONCLUSION.....	82
BIBLIOGRAFIA.....	84

OBJETIVO

Identificar las características esenciales del tipo literario del caudillo en obras representativas de la literatura chilena y analizar el entorno socioeconómico y cultural que permiten su desarrollo.

INTRODUCCION

Las obras escogidas para este estudio son tres: "Frontera" de Luis Durand; "Gran Señor y Rajadiablos" de Eduardo Barrios y "La Casa de los Espíritus" de Isabel Allende.

La razón para pretender desentrañar los misterios de la obra literaria por medio de un estudio del protagonista, es por ese acuerdo casi unánime, entre los teóricos de la novela, en considerar al hombre como centro de las preocupaciones del novelista.

Cuando el narrador coloca a sus personajes en el mundo creado para ellos, lo hace con el interés y cariño de quien está exponiendo parte de sí mismo a la mirada y examen ajenos.

E. M. Forsters, en su ya clásico estudio sobre la novela, dice al referirse a la creación de los personajes:

"No llegan a su mente en frío; puede que hayan sido creados durante una excitación febril. Sin embargo, la naturaleza de sus personajes está condicionada a lo que él se imagina que son las otras personas y él mismo y está, además, modificada por los otros aspectos de su trabajo"

Dado que el novelista es un ser humano, existe una afinidad entre él y su tema, afinidad que está ausente en muchas otras formas de arte. El pintor y el escultor no necesitan estar ligados a él, es decir, no necesitan representar a seres humanos, a no ser que lo deseen, como tampoco lo necesita el poeta. En tanto que el músico, aunque quiera, no puede representarlo sino con la ayuda del pentagrama. El historiador sí está ligado, como el novelista a su tema pero en forma menos íntima, por cuanto el primero trabaja con las acciones y caracteres de los hombres sólo hasta donde puede deducirlo de sus actuaciones. Le preocupa tanto el carácter como al novelista, pero solamente sabe de su existencia cuando aflora a la superficie.

La ficción imaginativa significa ensayos de vida en los cuales el hombre asume y vive imaginariamente vidas distintas de la suya. Es por eso, que la lectura de novelas y relatos es el medio de adquisición de situaciones vitales y reacciones a ellas. El amor, el honor, los celos, la ambición, el heroísmo, el egoísmo, el engaño nos son accesibles sin haberlos vividos realmente gracias a la fantasía. Sabemos lo que son, los entendemos, nos movemos en

su ámbito; sabemos reaccionar a ellos porque a través de la lectura// hemos hecho el ensayo irreal de vivirlos.

La narración en su sentido más simple es un instrumento que nos permite enriquecer extraordinariamente la vida, la cual sin ella, sería de increíble simplicidad y pobreza. No se malgasta el tiempo leyendo, puesto que es precisamente tiempo lo que se gana. Tiempo condensado y comprimido; centenares de años de posibles vidas mágicamente resumidas y abreviadas en las páginas de los libros. Hay que recordar que la forma suprema de educación, de *paideia*, fue entre los griegos, la poesía homérica. Y también es *paideia* y de la más profunda, la novela.

¿Cuál es la relación de la ficción narrativa con la vida? La respuesta clásica sería que representa lo típico, lo universal, como el avaro típico (Moliere, Balzac) ; las hijas ingratas típicas (El rey Lear, Papá Goriot) ; los celos típicos (Otelo), etc. Pero, ¿no son de la psicología y sociología tales pinturas? O bien, ¿será que el arte ennoblece, eleva o idealiza la vida? ¿Acaso pudiera decirse que la obra de ficción brinda un historial, una ilustración o ejemplificación de alguna conducta determinada?

Pero el novelista no brinda tanto un caso, un personaje o acontecimiento, como un mundo. Todos los grandes novelistas tienen ese mundo susceptible de ser conocido, que coincide en parte con el mundo empírico, pero que es distinto en su consecuente inteligibilidad.

Este mundo o kosmos de un novelista, esta pauta o estructura en que se comprenden augumento, personajes, marco escénico, es lo que hemos de penetrar cuando tratamos de comparar una novela con la vida o de juzgar ética o socialmente la obra de un escritor.

En las novelas que nos preocupa, esto es, "Frontera", "Gran Señor y Rajadiablos" y "La Casa de los espíritus", se asoma la silueta nítida del caudillo como protagonista principal. No son héroes citadinos, sino personajes rurales que habitan diferentes zonas del campo chileno. Por los contornos australes de "Frontera" deambula Anselmo Mendoza, mientras que por Melipilla a la costa, lo hace José Pedro Valverde en "Gran Señor y Rajadiablos". Las tierras de Esteban Trueba de "La Casa de los Espíritus" apuntan a seis horas de ferrocarril hacia el sur por la zona central. El lector debe imaginar que bien pueden estar en los alrededores de la provincia de O'Higgins. No hay mayores detalles.

LOS AUTORES

Las dos primeras obras, "Gran Señor y Rajadiablos" publicada en 1948 y "Frontera" aparecida en 1949, pertenecen a autores nacidos entre los años 1894-1924 y pueden ser localizados en la llamada generación de 1894. Ellos son: Eduardo Barrios y Luis Duránd.

A esta generación, la primera guerra mundial por sí sola, no ocasionó trastornos concretamente discernibles. Ya para 1914 el quehacer generacional había avanzado veinte años y el espectáculo de un mundo en quiebra, aunque hiere significativamente la sensibilidad del hombre hispanoamericano, no se refleja en la novela de la época. Las amarras de esta generación con la de 1864 y sus postulados positivistas en filosofía y románticos en literatura son muy fuertes y es por eso que los desastrosos sucesos de 1914-1918 no logran amenazarlos seriamente. Es así como la novela, en general, no da fe del desplome del mundo europeo y sigue presentando un mundo relativamente jerarquizado en el que los personajes se mueven con cierta conciencia en sus pensamientos y acciones. Es sólo el conflicto local el que asoma preferentemente en sus tramas...

Dicha actitud fue determinada por los factores económicos en juego. Para 1880, la América hispánica gozaba de cierta prosperidad económica derivada de la estabilidad política alcanzada. Y es esta prosperidad la que afecta de manera perceptible a las novelas de este tiempo, tanto en su estructura como en la manera de tratar los temas. Existe un ordenamiento lógico. Se observa en los autores la seguridad de quien conoce el terreno que pisa, favorable o peligroso, así como la confianza de quien sabe adonde conducir el camino que sigue, ya sea al triunfo o al fracaso de sus héroes. El personaje mismo se mueve y reacciona frente a realidades bien perceptibles, sean éstas hostiles, favorables o indiferentes y se le observa consciente de sus acciones.

En nuestro país, donde la prosperidad económica favoreció sólo a los estratos más privilegiados de la población, es bien discernible esta correlación entre adelanto económico y tipo de preocupación literaria. La estabilidad y progreso económico derivado de la Guerra del Pacífico contribuyeron al resurgimiento de novelas que vuelven la espalda a una realidad que podía ignorarse si no se penetraba la fachada de una estructura social que favorecía nada más que a una oligarquía condescendiente.

Es innegable que, además de las circunstancias señaladas, la generación de 1894 fue influenciada significativamente por el modernismo. Su prosa está teñida de esta tendencia y los temas tratados en sus obras también corresponden a preocupaciones de dicha escuela. Su prosa es de buena cepa modernista y la actitud de los

novelistas es producto de resabios románticos relacionados con ideales positivistas decimonónicos.

Por otra parte, la variedad de temas y tendencias en las novelas de este período corresponden también a una característica fundamental del modernismo. Caben en él todas las tendencias con tal que la forma de expresión fuese depurada, es decir, con tal que el lenguaje estuviera trabajado con arte, rasgo distintivo del modernismo.

Referente a la creadora de "La Casa de los Espíritus", Isabel Allende, sabíamos de ella a través de los ingeniosos y sabrosos artículos humorísticos publicados en la revista "Paula", y de sus colaboraciones en las revistas "Clan" y "Cauce". Durante un tiempo fue directora de la revista infantil "Mampato". En el extranjero ha escrito para el diario venezolano "El Nacional". Como su labor había sido eminentemente periodística su nombre no figura en antologías ni guías literarias.

Isabel Allende nació en 1942. Pasó su niñez en la enorme casa de su abuelo materno. Su padre desapareció muy pronto de su vida. Su madre casada más tarde con un diplomático, dio oportunidad para que la pequeña Isabel conociera muchos países. Vivió así años en el Líbano donde estudió en una escuela de monjas cuáqueras. Cuando volvió a Chile, ya algo mayor, sintió el hechizo de su patria.

En una entrevista publicada en la revista de Alemania Federal denominada "Khipu" admite que llamarse Allende en ocasiones le ha podido facilitar el camino, pero recalca que, por otro lado, mucha gente ni siquiera se tomó el trabajo de leer su libro, creyendo que una Allende sólo podía escribir un documento político. Agrega que sus relaciones con Salvador Allende eran de índole familiar y muy anteriores a su llegada a la presidencia de Chile.

Isabel insiste en que en ningún momento pretendió escribir un panfleto político, atacando o defendiendo una tesis determinada. Lo sucedido fue que durante años se había limitado a recordar lejos de su país. Y fue recién un día de enero de 1981 que decidió recuperar el pasado, a enjugar el llanto, como dice Violeta Parra, y componer ese desván donde se archivan las cosas y los recuerdos. Ofreció el manuscrito a editoriales latinoamericanas, pero le fue devuelto sin ser leído, alegando que sus 500 páginas constituían un riesgo demasiado grande. Finalmente se editó en octubre de 1982 en España con portentoso éxito. Al respecto, se añade en la entrevista mencionada:

"Isabel Allende es la escritora latinoamericana más leída de todos los tiempos. Su primera novela "La Casa de los Espíritus", ha sido traducida, en menos de dos años, a trece idiomas europeos y está por publicarse en el Japón. En la República Federal de Alemania figura desde hace meses en la lista de los "bestsellers", cosa que no ha pasado jamás con otro autor latinoamericano."

También hay elogios en el comentario que aparece en la importante revista de arte española "Insula" sobre "La Casa de los Espíritus":

"Una importante novela que añadir al amplio capítulo de la actual narrativa hispanoamericana. Y el nombre de su autora que de un salto y al primer envite se sitúa entre los grandes nombres consagrados: Isabel Allende"

LAS OBRAS

De acuerdo al orden de publicación de las novelas mencionadas corresponde iniciar el estudio que nos preocupa con la obra "La Frontera".

Antes de la aparición de "La Frontera", Durand se había interesado en sus escritos por asuntos de índole campesina y estrictamente localistas. Los sucesos relatados se fundamentaban en las impresiones recogidas en los campos sureños de Quecherehuas, según él mismo lo confiesa. Relatos sin gran intención, personales. Parecía que su sólo fin como narrador era referirse, en forma más o menos amena, a incidentes que tuvieran relación con sus vivencias en las haciendas del sur. En esas publicaciones Durand daba rápidas pinceladas sobre el espacio desamparado y triste del campesino chileno con algunas disquisiciones de elaborado sentimentalismo. Nada más.

Pero Durand anhelaba más. No quería ser considerado sólo como un buen transmisor de estampas camperas, sino como un novelista de considerable vigor narrativo. Algo que lo aproximara a aquello que él vislumbraba para sentirse en la cúspide de su obra. Con la novela "Mercedes Urizar" dio un paso adelante, pero alcanzó la cima con "Frontera".

En la necesidad de algo grandioso que le otorgara mayor vigor a su obra, Durand recurrió a la colonización del sur, asunto que por su enjundia, lo emparenta con los grandes autores hispanoamericanos. No debió serle difícil a nuestro escritor manejar el argumento, puesto que las acciones basadas en relatos escuchados desde niño, se iban a desarrollar en torno a esos parajes recorridos por él en la primera mitad de su existencia.

Para penetrar adecuadamente en la atmósfera de "Frontera" se hace necesario conocer someramente lo que fue la llamada colonización del sur.

A fines del siglo XVIII, don Ambrosio O'Higgins era de parecer incorporar a los indígenas a la vida ordinaria de los españoles, dándoles los mismos derechos sociales y los mismos beneficios materiales. Más tarde, don Bernardo O'Higgins, inspirándose en las ideas de su padre, declaraba en el bando supremo de 1819, "los indios eran" ciudadanos chilenos y libres como los de-

más habitantes del Estado....." Cuatro años más tarde, en junio de 1823, otro decreto reconocía a los indígenas la perpetua y segura propiedad de sus tierras y disponía que " mensurasen éstas, y las sobrentes, a fin de que las últimas, se tasaran y remataran". De este modo, se daba comienzo a la creación de la propiedad rural en las comarcas de la Araucanía.

Pero largo y enmarañado habría de resultar el reparto de las tierras, a causa de la ambición y el engaño, la negligencia y la desidia y falta de visión de los encargados de proyectarlo o de ejecutarlo.

La propiedad en aquellas comarcas sureñas había comenzado a delinearse y emerger del caos a fines del siglo XVIII. Los caciques, dueños de hecho de grandes extensiones, comenzaron en las postrimerías de dicho siglo, a vender y aun a donar tierras que no aprovechaban. Los títulos de propiedad se extendían ante los jefes civiles y militares de las plazas fronterizas. Gentes de todas clases, en especial militares (1) y clérigos compraban extensos territorios por sumas irrisorias. Tras estos primeros adquirentes llegaron los comerciantes y los agricultores más acaudalados de las provincias vecinas, como asimismo, todos los parias del país y la región se infestó de bandoleros.

Aquellas tierras ricas y fértiles que jamás habían sido explotadas comenzaron a producir. Perdido el interés en sus heredades los indígenas, de señores de la tierra devienen en vasallos. Y la antigua guerra de Arauco latente por más de tres siglos, se va transformando en una maraña de litigios, ora para proteger el derecho de propiedad de los araucanos que se veían despojados de sus tierras por aventureros inescrupulosos, ora para defender a los colonizadores de las incursiones rapaces de aquéllos.

El sistema administrativo que regía a estas provincias era todavía embrionario. En principio, se usaba el régimen militar y se componía de los llamados "capitanes de amigo" que servía a la vez de intérprete y parlamentario con los indígenas; de los "capitanejos de reducción" en su mayoría mestizos y de los comandantes de las plazas fuertes. Todo este abigarrado conjunto de autoridades reconocía como cabeza al intendente de Concepción y, más tarde cuando se creó la provincia, al intendente de Arauco.

(1) Es ratificador lo expresado por el militar y acaudalado agricultor sureño Miguel Angel Padilla cuando en su novela "Don Judas Romero" dice:

"La hacienda Traipo, propiedad del sargento mayor de caballería don Marcos Montiel - uno de esos soldados que se transforman en agricultores pegándose a la tierra como el liquen a la piedra - estaba ubicada en la frontera, en la provincia de Cautín. La remató en subasta pública en Temuco, allá por el año 1890. Eran casi diez mil hectáreas de valle plano y bosques maderables, compradas a peso fuerte cada una de ellas".

Al amparo de este sistema administrativo tan precario, se fue acrecentado el comercio entre indígenas y gente que venía del norte. A las plazas fuertes reforzadas con soldados que regresaban de la Campaña Libertadora del Perú (1838) acudían los nativos cada día en mayor número, a vender sus animales, cosechas y telas, mientras que aumentaba la cantidad de individuos que se internaban en plena selva a comerciar con ellos.

Por el año 1848 comenzó la explotación de los bosques, en especial, los de la costa. Con ello, la tierra se valorizó y empezó a ser incentivo de abusos y usurpaciones. Los pobres araucanos eran despojados y maltratados por verdaderos piratas de la selva. Surgían problemas casi insolubles al vender los indígenas sus pertenencias a precios irreflexivos y reclamando posteriormente mejores condiciones. Era común la venta de predios cuyos deslindes o estaban mal diseñados o no existían con claridad.

En 1857, Cornelio Saavedra avanzó con sus fuerzas hasta el corazón mismo de la Araucanía sin encontrar grandes resistencias y siguiendo la política ya ensayada por los españoles, asignó un sueldo a los caciques más influyentes. De este modo, fue incorporando aquellas comarcas a la vida administrativa, económica y política del resto del territorio, fundando en diciembre de 1862, la ciudad de Angol.

En 1876, la opinión predominante en el gobierno era que la línea de la frontera debiera ser llevada a latitudes mayores y ocupar militarmente la Araucanía, desde los márgenes del río Bío-bío hasta el seno de Reloncaví y el canal de Chacao. Este proyecto se cristalizó a fines de 1878, cuando el gobierno le confió al comandante Gregorio Urrutia el mando de una expedición militar para tal objeto. Este emisario a la par de ir fundando fuertes en la región, impulsó el remate de tierras para incorporarlas a la producción agrícola. Ayudó a tal empresa la construcción de los primeros ferrocarriles en la región, lo que se tradujo en un aumento notable de las actividades y comercio de la agricultura, y por añadidura, frenó todo levantamiento de los araucanos por la rapidez de las comunicaciones.

Sin embargo, la guerra contra el Perú y Bolivia retardó la dominación completa de los araucanos, puesto que fue necesario enviar al norte tropas a combatir en el desierto de Atacama, quedando las comarcas un tanto desguarnecidas. Esta circunstancia fue aprovechada por los indígenas produciéndose verdadera fermentación guerrera entre los diversos cacicazgos y al comenzar el año 1881, la Araucanía estaba nuevamente al borde de una conflagración armada. Afortunadamente, en ese año se dio término a la guerra contra Perú y Bolivia y el gobierno pudo nuevamente disponer de tropas para pacificar las comarcas sublevadas.

A partir de estos momentos y con estos antecedentes se inicia la acción novelesca de "Frontera". La época en que transcurre este trozo de la colonización y que constituye el asunto de la obra hay que ubicarlo alrededor de 1870, tomando como punto de referencia la alusión de la guerra de 1879 y la revolución de 1891.

Dentro de la posible fidelidad histórica recreada por Durand es innegable que pueden apreciarse algunos aciertos, más o menos exactos, en relación con las fechas conocidas.

Se sabe que en octubre de 1878 partió de Lumaco hacia el este el comandante Gregorio Urrutia hasta llegar a la margen derecha del río Traiguén, donde el 2 de diciembre dio comienzo a los trabajos de fundación del fuerte del mismo nombre. Este hecho coincide con el relato que hace el escritor al referirse a Traiguén:

"Traiguén, edificado entre ^{las} suaves colinas de Chumay y los cerros del Tricauco, era por esos años una especie de campamento en el cual se alineaban casas de madera a medio construir entre las calles pantanosas, que recién comenzaban a oreearse con los vientos de octubre"

El progreso efectivo de esta región a partir de la fundación de Angol, se inicia con la construcción de los ferrocarriles que fueron poco a poco, uniendo los centros agrícolas que se iban formando, con la población consumidora de las regiones más al norte. En el año 1895 se prolonga la línea férrea de Victoria a Temuco, hecho que queda consignado en la novela:

"De pronto salieron a un claro en donde se vio una gran cantidad de árboles derribados por las hachas. Un penetrante olor a maderas recién cortadas, llegó hasta ellos. Cupertino Salgado explicó:

-Por aquí viene la línea de la máquina que va ir a Temuco. Estos árboles que están tumbados son para descampar el lugar donde pondrán una estación".

También es posible hallar cierta concordancia histórica al conocer a los personajes secundarios que cobran vida a través del relato. Sin contar con don Alejandro Gorostiaga, suficientemente conocido desde la campaña de las Sierras, se encuentran rastros de la familia Melín de Los Sauces, si bien en un suceso dramático y que ilustra la ferocidad con que fue llevada, algunas veces, la pacificación de la Araucanía. Al respecto, el historiador Tomás Guevara en su "Historia de la civilización de la Araucanía" (1902) dice:

"A mediados de 1880 las correrías de los indios se habían hecho más frecuentes y atrevidas. Una partida de merodeadores de la reducción del temido Melín, cacique de Lilpuilli, cerca de Los Sauces, alcanzó hasta Huequén y robó algunos animales al propietario Bernardo Concha. Fue éste con tropa de la guarnición de

Angol a la vivienda de Melín i lo notificó de orden de la comandancia de armas para que concudiese allí con varios de sus deudos. Hizole así el cacique sin sospechar, contra su habitual suspicacia, que le tendían un lazo. En efecto, después de haber recorrido parte del camino de Los Sauces a Angol, la comitiva se detuvo. Concha ordenó que se bajaran Melín y sus deudos i que se hiciera fuego sobre ellos. Sólo uno escapó de la matanza por haberse fugado precipitadamente.

Melín tenía un hijo llamado Alejo que era escribiente e intérprete de la Gobernación. Había estudiado en la Normal de Preceptores de Santiago y había rejentado escuelas en la Frontera. Cuando supo el fin trágico de su padre, profirió algunas amenazas en la misma oficina de la Gobernación y solicitó permiso para ir a recoger el cadáver con un mocetón de su casa, portador de la triste noticia.

Entregósele tres soldados i un clase para que los acompañaran. A pocos kilómetros al sur de Angol, en un lugar llamado por los indios Vudullcura, montón de piedras, el clase obedeciendo las instrucciones que había recibido al salir, dió de repente la voz de "fuego". Alejo i el mocetón cayeron muertos"

A través del conocimiento de las campañas generadas para incorporar el vasto territorio de la Araucanía al patrimonio nacional, se advierte en su planificación una carencia casi absoluta del elemento civilizador. No se puede hablar con propiedad de una colonización puesto que ha quedado patente que, descontando las acciones de las armas destinadas a reducir y pacificar la Araucanía, el elemento que pudo colonizar trató en lo posible y por todos los medios a su alcance de enriquecerse a costa del indefenso e ignorante aborígen. No tan sólo se le redujo a la impotencia por la fuerza, sino también por la devastación que produjo en su organismo el alcohol, por la indiferencia gubernativa, por su propia carencia de iniciativa y la poca o ninguna educación recibida.

Contemporáneos de esta colonización como don Ignacio Domeyko en su libro "Araucanía y sus habitantes", escribe:

"El comercio con los araucanos consiste hasta ahora en el que hacen algunos buhoneros sueltos, que con una carga de pacotilla se llevan traficando por el territorios de los indios de una casa a otra, cambiando con ellos el añil, chaquiras, los pañuelos e infinidad de otras frioleras, por ponchos, piñones, bueyes y caballos. Mui pocas producciones de su industria tienen todavía los indios que puedan ofrecer en cambio por aquellos objetos de pequeño lujo y comodidad con que los tratan de amansar los negociantes. La moneda casi no se conoce todavía entre ellos y todo el cambalache se hace de un modo tan grosero que la ventaja queda siempre para el más diestro. Yo quisiera preguntar a los que han tratado a aquellos tenderos ambulantes: si de veras los consideran capaces de civilizar a los indios y, sobre todo, de amaestrarlos en la moral y la justicia. Quisiera preguntar a los que se entregan a este

pequeño comercio ¿hasta qué punto se hallan interesados en la civilización de los indígenas, cuya credulidad e ignorancia tanta cuenta les hace explotar sea cual fuere el destino moral del hombre y su estado social?"

Esta circunstancia está muy bien señalada en "Frontera" cuando un buen día llegó a Parral, donde el padre de Anselmo Mendoza tenía un pequeño comercio, un buhonero español y entusiasmó al muchacho:

-¡Eh, tú, chiquiyo, si quies ganá plata y fama, ven conmigo a la Frontera! ¡Allá toa la mercadería se vende a precio de oro y se la arrebatan a uno! ¡Vive Dios y la Virgen pura que no te miento! ¡Anda, ámate. Me gusta tu traza, mocito!

¿Sabes leé y escrebí? Mas no te hace falta, hijito. Ya volveremos con la plata en talegas, para que gocen esos viejecillos de tus pares. Ya lo veraz...."

La gesta que va implícita en toda colonización, en especial la que sirve de fondo a "Frontera" donde dos mundos tan diferentes se enfrentan, se hecha de menos en la novela. Durand pretende abordarla con referencias transitorias y esporádicas a las acciones pacificadoras. Sin embargo, se queda en la pintura admirativa de un protagonista sin la presencia épica como es Anselmo Mendoza y en la enamorada descripción de una región tan cara al narrador.

Un asunto que se prestaba para motivar amplios movimientos de masas, encontradas características de grupos diversificados, no va más allá de una simple exposición de hechos, de cuadros de costumbres los que sin duda informan y dan colorido al relato. Durand no logra darle hondura a la trama y se queda en una artificiosa y opaca superficie en la cual los protagonistas principales viven estremecidos por una desmesurada violencia.

El argumento de la novela "Frontera" es simple y sin pretensiones:

Un joven llega a un pueblo (Angol) en busca de fama y riqueza. Luchando con fortuna logra triunfar tanto en lo económico como en lo social. Es afortunado en amores. Bordeando los cuarenta años posee siete fundos y es dueño de una fortuna de dos y medio millones de pesos de plata. Es un caudillo. Tiene muchos amigos, pero también enemigos como el poderoso juez Aceval Caro de Temuco, quien lo envidia, y los cuatreros a quienes ha puesto en cintura muchas veces. En una incursión, cuando el protagonista ha logrado todo cuanto ambicionaba, es asesinado por una banda de malhechores en su propia casa. Posteriormente, sus parientes y amigos cobran venganza matando a todos los que intervinieron en el crimen y a sus instigadores.

En el desarrollo de este argumento existe una variadísima exposición de costumbres, lugares y personajes conformando un cuadro de diversas tonalidades y líneas que van a estructurar lo que parece ser la idea fundamental del tema: potencia generada por la integración de un proceso social en un medio natural y primitivo como era el espacio poblado por los araucanos.

Al medio geográfico fronterizo de selvas la mayoría vírgenes, se une la reiterada inclemencia del tiempo con lluvias y recios tempotales:

"El fragor de un trueno en ese momento fue tan violento que pareció derribar la casa entera. La luz cárdena de los relámpagos, uno tras otro, trazó rayas azules que se alargaban en una lívida y fugaz llamarada iluminando la escena.

La lámpara de parafina del alumbrado urbano colocada en el poste de la esquina, se apagó de pronto, al mismo tiempo que los cristales del farol salían disparados por una racha de viento huracanado. Después de dos o tres estrepitosas andanadas de truenos, el agua se volvió a descargar con fuerza de diluvio."

El carácter hiperbólico de esta naturaleza agreste y en pugna con los elementos, se proyecta en los recién llegados imprimiéndoles una fisonomía dura y agresiva. La atracción subyugadora y esclavizante de la tierra, la tenaz resistencia que le presenta el entorno primitivo para su cabal explotación y el cotidiano esfuerzo, van moldeando un ser tosco y sin pulimento. Eso conlleva que en cada situación en que el hombre es llamado a reaccionar por un estímulo que atañe a su integridad física, lo hace violentamente y con intención de eliminar de cualquier modo ese peligro.

De esta manera, página tras página de la novela, late en ebullición un contenido de iracundia entre los fronterizos. Es un modo de vivir derivado de la airada lucha por la supervivencia. Todo sentimiento elevado se desvanece por el sobresalto continuo y se estima que el arma bien templada es el único medio que otorga tranquilidad:

"Era necesario hacerse respetar a balazos, a palos, a caballazos. Había que vivir con el arma al brazo. El puñal, la maza o cachiporra constituían elementos de los cuales era indispensable ir provisto..... Jamás se exponía a visitar sus fundos sin llevar un par de pistolas al cinto, aparte de su gran cuchillo de monte y su látigo de montar..... Salían a relucir chocos, revólveres, carabinas, puñales de la mejor calidad..... En esas ocasiones se armaban las peleas callejeras más espantosas..... "

Cuando Anselmo Mendoza llega a Angol en calidad de arrenquín del buhonero español don Vicho, no debía tener más de quince años:

"Era en esos días un muchacho de ojos claros de piel rosada y pelo castaño.....

¿Cómo era entonces aquel poblado? Dejemos a Durand que lo señale:

"Angol en esos días era el emporio de la Frontera. A la ciudad de los árboles, de las flores y de las frutas, llegaban los norteños trayendo sus mercaderías, sus vicios, y los adelantos que el país había alcanzado en el norte. Languidecían los minerales de las tierras atacameñas y entonces el hombre de Chile miraba hacia la Frontera, hacia la patria del indio, que estaba virgen, vestida de selvas opulentas sus tierras opimas, donde crecían los pastizales alimentando a miles de chanchos bravos y vacunos caitas que no tenían dueño "

Y más allá de Angol, pero no muy lejos está Traiguén con sus campos de increíble feracidad, según nos cuenta el narrador:

"Las máquinas no alcanzaban a cortar ni trillar todo el trigo de las sementeras..... la tierra daba el triple de lo que le pedían. Rebaños innumerables de vacunos, asomaban sus ojos de mirada salvaje entre los altos pastizales de las vegas y llanuras.....

Es aquí, verdadera tierra prometida, donde inicia Anselmo junto a don Vicho su anhelo en pos de fama y riqueza. Al iniciar sus actividades comerciales, ambos son cautelosos:

"No necesitaron salir al campo a exponerse a los asaltos de los bandidos y de los indios bravos que seguían atacando los convoyes particulares, las carretas del Estado y los coches que viajaban hacia la Alta Frontera...."

Muy por el contrario, aseguran su comercio y se instalan en el poblado:

"Instalados en una ligera mediagua, que hizo construir don Vicho en una de las esquinas de la plaza vendieron muy pronto el surtido de mercaderías que traían..... Las mercaderías que llevaron fueron en realidad arrebatadas allí donde apenas existían tiendas y almacenes, en los cuales no se encontraban ninguna de las baratijas que ellos vendían.....

Al avecinarse el fin de año las chucherías son reemplazadas por un surtido de acuerdo a las circunstancias:

"Eran los días de Pascua y, por primera vez, los chicos que se arremolinaban junto a aquel improvisado bazar, pudieron ver los juguetes más astupendos: cornetas, trompos, pelotas, soldados, fusiles y revólveres de latón hermosísimos, carretas pintadas con los colores chilenos....."

Naturalmente que don Vicho estaba feliz del acierto que había significado traer a Anselmo. A su vez, éste, se sentía a sus anchas en su nueva existencia. Muy atrás habían quedado las esperanzas de su padre de hacerlo estudiar para médico o abogado:

"Aquella vida de agitación, de esfuerzo permanente le hizo un bien enorme. De sus mejillas parecía que iba a brotar sangre y su cuello se encendía de poderosa vitalidad. Aquella vida era la que él soñaba. Nada de pasearse por los corredores universitarios con un grueso tomo en las manos tratando de aprender el Código Civil o el Derecho Romano. ¡Había tanta gente a la cual le gustaba eso!"

Esta esforzada vida en común y la laboriosidad mostrada por el muchacho, caló hondo en el espíritu de don Vicho y pronto un entrañable cariño hacia Anselmo lo hacía pensar:

"-Si fuera mi hijo, tal vez no lo quisiera tanto...."

Pero aquel bazar de quincalla y mercadería liviana deviene en una agencia de empeños con el buen y seguro éxito que esta clase de negocio tuvo en nuestro país. Durand lo explica así:

"Muy pronto, las circunstancias los obligaron a cambiar de giro. Los indios, los soldados, los carreteros o los peones que venían de las faenas camineras fueron los que, sin insinuación siquiera, les llevaron a variar el rumbo de sus actividades comerciales.

Llegaban hasta ellos con un poncho o con un trarilonco de plata los indios y la demás gente con herramientas, prendas de vestir, armas, zapatos y, a veces, hasta con mercaderías compradas en los almacenes, para dejarlas en prenda por unos cuantos pesos y poder con ellos seguir bebiendo"

Muy pronto la agencia se fue transformando y agrandando, con el éxito tenido. El negocio abarcaba ahora secciones de tienda, almacén, mercería, ferretería y cantina. Se hizo necesario tomar nuevos empleados, como Fidel Pontigo, hijo de uno de los cocheros que trabajaba entre Angol y Traiguén y que con el correr de los años acabaría como uno de los socios y amigos más fieles de Anselmo:

"Anselmo hablaba una pintoresca jeringonza, mezclando al español, palabras mapuches que poco a poco, en el contacto diario de los indios y sin hacer gran esfuerzo, llegó a dominar casi por completo. Sin más prendas que un amplio pantalón de diablo fuerte y camisa de cuello abierto, vendía percalas, géneros de cambray, vichy, tocuyos y casinetas ordinarias."

A estas alturas del relato la figura de Anselmo Mendoza confirma que todo en él está destinado a configurar a un personaje sin ninguna arista épica, más bien opaco, inmerso en un mundo

dominado por la violencia, la bullanga y el alcohol:

"Por las tardes aquello era un oleaje en mar deshecha. Afuera se veían interminables filas de carretas, cuyos bueyes se habían echado junto a la acera. En las esquinas se espantaban a cada rato las bestias con los gritos de algún jinete borracho, que pasaba a rienda suelta dando alaridos. Otras cabalgaduras que habían dejado a su jinete tirado en el medio de la calle, roncando su espantosa "mona", llegaban a juntarse con las bestias amarradas que las recibían revolviéndose y relinchando. Los chiquillos se encaramaban en cuanto caballo encontraban a mano y salían disparados en locas carreras por las calles del pueblo, o se ponían a topear con gran algazara.

Las indias sentadas a las puertas de los negocios romanceaban su borrachera, mientras que los mapuches discutían a gritos y peleaban al lonco entre una baraúnda de chiquillos, de perros, de soldados y mujeres que se amontonaban a regocijarse con el espectáculo.

Por la cantina de don Vicho, que se abría a los primeros toques de diana de los cuarteles, desfilaba una variada y sedienta concurrencia:

"Junto al mesón de la cantina se amontonaban los mapuches, que desde temprano bebían aguardiente, comiendo pan con ají, charqui y gruesas trolas de queso. Los peones que habían trabajado en descargar sacos de trigo en el molino o en la estación de Renaico, que era el término de la línea ferroviaria, llegaban sedientos a beberse un potrillo de cerveza.

La inveterada afición al alcohol del indígena, es pintada con sinceridad por Durand. No los culpa. Más bien, responsabiliza al colono por ello;

"La sed del indio no se podía aplacar sino con torrentes de aguardiente, de vino y de cerveza. Los fieros hijos de Arauco, que habían cruzado todo el Valle Central corriendo con los pies desnudos, cubierto el cuerpo con una piel de huanaco y con la lanza en la mano para derrotar a los capitanes españoles primero, y a los chilenos después, eran ahora vencidos para siempre por el alcohol. El coñi (chiquillo) aprendía desde el culpehue, o sea, la cuna vertical que cargaba la madre sobre la espalda, a tomar "guachucho.. La reciedumbre de Pelantaro, de Lientur, de Epulef y Quilapán, se había convertido en un gemebundo romanceo de indios borrachos."

Este panorama de ferviente sed alcohólica e iracundia cotidiana es casi general. El narrador no lo soslaya:

"Hombres desnudos hasta la cintura, vendían por un vaso de jamaica o de vino, su pale-

"t6 y su camisa. A veces llegaban donde Anselmo a decirle:

- Tenemos sé, patrón. ¡Quirimos que nos dé una lianza su mercé! ¡Quirimos tomar hasta que nos dé puntá! Oiga, patrón, somos rotos chilenos que peliamos en Dolores y en la batalla del Morro. No le tenemos miedo a naide....."

Salían a relucir chocos, revólveres, carabinas, puñales de la mejor calidad, sin que nadie supiera de donde provenían. Así en las borracheras descomunales de los cívicos y los soldados de línea. En esas ocasiones se armaban las peleas callejeras más espantosas....."

De improviso, la suerte acompaña a nuestro héroe. Un hecho fortuito, desencadenado por los propios ribetes azarosos de la existencia fronteriza, deja a Anselmo dueño absoluto del floreciente negocio:

"Fue en uno de esos diarios incidentes como murió en la forma más inesperada y sorprendente, don Vicho. Un peón del camino llegó una tarde a ofrecerle una carabina Comblain en prenda. En esos días el gobernador del territorio, don Alejandro Gorostiaga, había impartido órdenes terminantes a los negocios prohibiéndoles recibir armas de esa calidad, pues ellas pertenecían al Ejército de la Frontera. Don Vicho que estaba tras el mostrador en ese momento, rechazó el ofrecimiento en son de broma:

-Eh!, tú, no me vengas a jodé! Llévale esa carabina a Gorostiaga que la está necesitando mucho. Anda, que te pagará bien. Guamachuco te va a dar un premio.

El hombre lanzó una injuria:

-¿Acaso creís que la carabina no sirve, viejo cochino?

Mira si no sirve.

Instantáneamente resonó dentro del negocio un disparo que atravesó el estómago de don Vicho.....La bala le había comprometido la espina dorsal y era inútil toda curación....".

El testamento de don Vicho era por demás escueto:

"Declaro mi heredero universal a mi amigo Anselmo Mendoza que me ayudó a ganar todo lo que dejó. No tengo herederos forzosos y esa es mi última voluntad."

En este incidente que le costó la vida a don Vicho, hay dos hechos muy significativos. Uno, es que sea un indígena el que evita el asesinato de Anselmo y, el otro, que éste dé muerte por primera vez a un ser humano a edad tan temprana. Veamos la narración:

"Anselmo, que vendía en el almacén, saltó de un brinco el mostrador, para lanzarse como una fiera sobre el asesino. Pero el

hombre no se movió. Levantó de nuevo la carabina y ya iba a disparar casi a mansalva sobre Anselmo, cuando una terrible bofetada lo tiró de cabeza encima de una barrica de grasa de pino. Domingo Melín, cacique de Guadaba, que asomaba en ese momento al negocio, había salvado providencialmente al muchacho. El asesino quedó un instante sin poder recobrar el equilibrio, pero ya Anselmo había cogido la carabina disparándole los tres tiros que quedaban en la cajetilla. El hombre, ex carabinero, despedido de su unidad por mala conducta, no alcanzó a pararse. Se debatió un instante y en seguida, resbalando las manos en el charco de su propia sangre, se estiró para morir."

La connotada presencia que Domingo Melín tiene luego en el relato de la novela como entrañable amigo de Anselmo Mendoza hasta ser considerado por éste casi como un padre, deriva de la indisimulada simpatía no carente de cariño, con que Durand trata a los araucanos en su novela. Hasta tal punto se hace presente este afecto un tanto dolido, sin embargo a veces, que la imagen de Domingo Melín es una de las pocas que deja una impronta valedera en el ánimo, cuando se deja el libro. Así sigue el narrador:

"Una tarde, en los momentos en que Anselmo se disponía a revisar unas facturas..... apareció Domingo Melín en el negocio, acompañado de un hombre alto, de rostro fino, ojos claros y tez rosada. Melín tenía la costumbre de quedarse hierático, inmóvil, como un tronco de pellín, esperando que le dirigieran la palabra.
Anselmo, sin levantar los ojos, lo acogió como siempre:
-¿Qué hay, Domingo, en qué andas por aquí?
¿No te habías ido?
Domingo, entonces, acercándose hasta el mostrador, le dijo:
-Traigo este amigo para que lo conozcas. Hombre bueno, cariñoso, de mucho crédito. Será tu amigo. Buen Huinca, Anselmo.
-Lucas Zilleruelo, a sus órdenes, mi señor.
-Mucho gusto de conocerlo.
-¿Anda de paseo por aquí el señor? ¿O tal vez en negocios?
Domingo, saliendo de su mutismo, dijo:
-Lucas vive aquí ahora. Tuvo negocio en Nacimiento y perdió too capital. Ahora quiere abrir lianza con vos, Anselmo. Yo lo traigo pa que hagas conciencia con él. No te vas arrepentir si lo ayudas. Tiene familia que mantener. Yo respondo por él, Anselmo.
Mendoza, que era hombre esquivo y no entraba en negocios así de buenas a primeras con gente que no conocía, sonrió al oír a Domingo. Pero Anselmo, atraído por una súbita simpatía hacia don Lucas y movido por el afecto que sentía por Domingo repuso vivamente:
-Yo no acostumbro a hacer negocios al crédito, pero viniendo con Domingo, que es un amigo tan apreciado por mí, me tiene a sus órdenes.

Domingo, erguido, serriote, se dió vuelta dándose golpecitos en el pecho con la empuñadura de plata de su bastón de mando. No podía disimular el orgullo y la alegría que le causaban las palabras de Anselmo."

Ese fue el día en que don Lucas Zilleruelo entra en la existencia de Anselmo Mendoza. Comenzaría como eficaz empleado en el establecimiento comercial. Después como socio y finalmente como suegro. Isabel, la mayor de sus tres hijas le daría tal parentesco.

Nunca olvidó don Lucas el gesto generoso de Domingo, cuando al encontrarse desorientado en medio de carretas y jinetes en Angol, le dijo:

"-Yo te voy a ayudar, Lucas. Tengo amigo bueno aquí. Huinca Anselmo necesita hombre trabajador que le ayude. Anda, ven conmigo."

Así, con espontánea gratitud pagaba Domingo el haber librado de la cárcel gracias a los oficios de don Lucas en Nascimento. En esa ocasión Melín había sido acusado del robo de un piño de caballos, hecho que fue dilucidado gracias a la intervención de don Lucas, por entonces proveedor de las tropas que se organizaban para entrar a la Frontera. El narrador aclara este asunto:

"Domingo era un hombre incapaz de prestarse para amparar un robo. De su vieja estirpe araucana había heredado las nobles cualidades. Y así como un espléndido animal nace con aptitudes para correr o saltar, Domingo nació con un sentimiento absoluto de la lealtad y la corrección. Nunca se vió el caso de que en las cuadrillas de salteadores o cuatreros se encontrara algún mocetón de la reducción de Melín. Soportaba los reveses con instintiva filosofía y tenía una manera de conducirse que hubieran envidiado muchos que se creían caballeros."

Con el correr del tiempo, la simiente de caudillo que llevaba en su índole, lleva a Anselmo a mirar otros horizontes más amplios y propicios a sus anhelos:

"Pero así como las circunstancias obligaron a Anselmo y don Vicho a iniciar el negocio de agencia, parecidas situaciones fueron alejando al mozo, sin abandonarlo del todo, del comercio establecido que casi en su totalidad quedó a cargo de Fidel. Sin saber cómo Anselmo se vió dueño de una gran cantidad de animales vacunos y caballares, que los indios y los campesinos venidos de la Alta Frontera le vendían por precios misérrimos. Muchos de esos animales los vendió a su vez a los proveedores del Ejército.... Entonces, Anselmo Mendoza tuvo que rematar tierras fiscales que entregaban los ingenieros que venían desde Santiago, llevando unos planos que correspondían bien poco a la realidad. Las tierras se medían sin tomar para nada en cuenta la propiedad indí-

gena, que en todo momento se veía amagada. Los deslindes seguían el curso que convenía a los nuevos propietarios".

Naturalmente que nuestro personaje no fue ajeno a estos abusos. Durand pone en labios del cacique Jacinto Cayul esta amarga perorata:

"-Yo era tu amigo, Anselmo y creí que tú también eras mi amigo, hasta el día que me engañaste en la casa del escribano Albarrán. Yo no te escrituré mis tierras de sembrar, sino la montaña de arriba y los pangales de Cullinco. Vos engañaste a cacique Cayul, que creía en tu amistad..... porque Cayul no sabe leer en papeles que escribe el escribano Albarrán...."

Otras veces no era menester recurrir a las malas artes para obtener ventajas. Estas venían solas, tal como lo narra Durand:

"Carreta también te vendo, Anselmo. Cómprala, barata te la doy. Conchaviéndola por aguardiente. Buena carreta, taita Anselmo."

A medida que los remates de las tierras sureñas se iban sucediendo, se empequeñecía a su vez, el ámbito de los indígenas:

"Y de este modo, el indio se iba arrinconando, arrinconando, para criar sus ovejas y sus bueyes, que en los comienzos del otoño salían a vender a los pueblos. Todo se resolvía en "conchavos". Conchaviando, conchaviando, como ellos decían, trocando sus animales, sus productos y su tierra, por aguardiente y ríos de vino que llegaban a Angol desde el Laja, Chillán, Bulnes y San Javier...."
Y así vendían la ovicha, el caguello, el mansón y el chancho. Las indias "cholloncadas", dormitaban junto a las puertas de los chincheles, donde no se vendía otra cosa que vino, aguardiente, pan y pebre de cilantro con cebolla y ají. Regresaban después de unos días de tumultuosa y triste borrachera, al mapu. Vencidos, sombríos, más huraños que nunca. El "güñecito" ya llevaba adentro el veneno del alcohol. Y más tarde seguía el mismo camino del padre."

Estas imágenes en extremo decadentes de la conducta de los araucanos es propia de un pueblo engañado y esquilado por los colonos hasta límites donde no existe la más mínima esperanza de integración. Y de este modo, el indio que no pulula por los pueblos en formación, misérrimo, desamparado y alcoholizado, se entrega al robo, al cuatrерismo, alentado por el bandolero blanco que aprovecha su resentimiento y conocimiento de la región.

No debió serle difícil a Anselmo Mendoza ir acrecentando sus pertenencias en un mundo que nada tenía de heroico antagonismo. Más bien, era una lucha en que las cartas marcadas le favorecían. Así lo debió entender Durand ya que sin mayores preámbulos nos cuenta

su rápido encumbramiento:

"Anselmo Mendoza tenía treinta años y era dueño ya de siete fundos...."

Pasan dos lustros y con el mismo laconismo, el narrador nos presenta al mismo personaje más enriquecido:

"Y muchos otros eran los nombres de las propiedades que había formado don Anselmo Mendoza entre Angol y Temuco. En veinticinco años de lucha se convirtió en uno de los hombres más ricos y respetados de la frontera."

Es curioso observar que Durand da pinceladas escuetas y rápidas sobre la enorme prosperidad de su héroe, sin detenerse en pormenores que pudieran empequeñecer o desdibujar la imagen que él desea que tenga. Sin embargo, cuando el narrador entusiasmado en describir el elegante confort de las casas del fundo Nilpe, deja escapar una visión muy descolorida sobre el trato dado por el patrón Anselmo a sus subordinados:

"Era allí donde también les pagaba sus jornales a los peones, aunque casi nunca sacaban dinero en la liquidación. Todo estaba pedido en "suples" y en mercaderías, ya fueran géneros o artículos alimenticios".

El orgullo del poderío que el héroe alcanza en la región está muy bien descrito, cuando Quicho su mozo, le cuenta que las ricas tierras del cacique Catrileo, que éste estaba llano a escriturar a su favor, eran ambicionadas por don Sinforiano Esparza de Traiguén:

"-Don Sinforiano no me corre a mí. ¿Crees tú que Albarrán le va a extender escritura a don Sinforiano, sin avisármelo antes? El escribano ese está muy hipotecado conmigo. Y a la primera lesera que me haga, la paliza no se la despinta nadie. Lo mando cambiar del pueblo y aunque venga el intendente a defenderlo, no vuelve más, te lo digo yo, a fe de Anselmo Mendoza y Romero, como me llamo hasta ahora. Qué te crees tú"

No tuvo necesidad Mendoza de alejar del pueblo al escribano. Albarrán sabía cual era el árbol que daba mejor sombra y hasta tal punto lo intuía, que su única y hermosa sobrina se convirtió, más tarde, en la esposa del sobrino favorito de Anselmo, don Bela.

Pero en el camino a su afortunado ascenso Mendoza va cultivando parciales y enemigos. En los últimos los hay peligrosos, como bandoleros y poderosos entre ellos, el juez Aceval Caro. Unos y otros derivados directos de las circunstancias imperantes en la frontera.

En el tráfico que debió ser la colonización del extenso ámbito fronterizo, no fue difícil la aparición del bandido. Indiferente al proceso económico-social en desarrollo busca su propio medrar auxiliado por la soledad y desamparo del colono. Además, la conformación selvática del territorio por donde deambula y la complicidad presta-

da por el indio que no se conforma con ver sus tierras invadidas, fueron factores coadyuvantes para la proliferación de bandoleros sin más ley que la propia. Así lo narra Durand:

"Los asaltos de los indios y los continuos y reiterados salteos de los bandidos eran el pan de cada día en la Frontera.
.....
Desde el Parlamento de Putués, al cual concurrieron caciques abajinos y arribanos, los indios se mantenían en calma..... Pero la desconfianza y el odio por el huinca no desaparecía. Los mapuches estaban favoreciendo a diario a los cuatreros, que no sólo se dedicaban a la venta de animales robados, sino que estos mismos robos engendraban persecuciones y odios irreconciliables que degeneraban en feroces salteos".

Mendoza no fue ajeno a estos ataques. En uno de éstos, no sólo sale airoso sino que gana un amigo, Jenaro Montoya, bandido que se convertirá en uno de sus más fieles inquilinos. Naturalmente que como se trata de su héroe, Durand idealiza un tanto el entrevero:

"-Me la ganó, patrón - dijo con voz lenta y ya sin odio - Me la ganó bien ganada. Yo sabía quién era usted, pero no creía que era tan hombrazo. Yo soy Jenaro Montoya y aquí me tiene como amigo. Pa siempre. Con los hombres hay que ser hombre.
Don Anselmo no tuvo que arrepentirse de aquel encuentro. Muchas veces viajando casi envuelto en las primeras sombras de la noche, se encontró con Jenaro Montoya, seguido de media docena de hombres de su banda. Saludaba con su aire hosco y duro:
-A las órdenes, don Anselmo. Por aquí no pase cuidado. Aquí manda Jenaro Montoya..."

Pero también el bandido actúa como sayón, guiado y amparado por el encargado de suministrar justicia como el juez Aceval Caro. Es éste un cincuentón amoral y ambicioso cuya única finalidad es proveerse de rápida fortuna ; dejar la frontera e irse a Santiago. Así se refiere de él, Anselmo en diálogo con Albarrán:

"-Ya le voy a ver a ese viejecillo malero. No sabe él con quien se topa. Ya me está debiendo unas gordas.
-Usted, Albarrán, ¿no supo que él me hizo creer que al Ronco Elias le habían dado el bajo? Sin embargo, el Ronco Elias apareció después en Los Sauces, y si no es porque alcanzamos a parar el golpe, esta es la hora en que me estoy pudriendo con un metro de tierra encima.
-Cosas de esas, las hace a diario ese viejo canalla. Y si no lo apercollamos fuerte, nos embroma no más.
-Aceval Caro debe muchas y no crea usted mi amigo, que tenga gente que lo ampare en un momento dado. Lo que hay que hacer es sacarlo de la casa una mañana y echarlo en un coche bien resguardado por gente nuestra, para que no le pase nada en el camino.

Y un día, muy de madrugada Mendoza cumplió sus deseos. Aceval

Caro, poco menos que retobado, fue sacado de Traiguén para Angol y de allí a la capital. La acción se hizo posible por las circunstancias imperantes: estaban próximas las elecciones presidenciales en las que Mendoza intervenía como cacique balmacedista en la zona, mientras que su rival integraba las filas del partido conservador, bando en minoría por aquel entonces.

La vida sentimental de Anselmo Mendoza guarda relación con el contorno primitivo y rudo por el cual se desplaza:

"Hombre de temperamento volcánico, sus relaciones amorosas eran como chispazos eléctricos que lo lanzaban sobre una mujer, como cuando se siente hambre. Y después de comer se experimenta cierta repulsión por las viandas que sobraron o por el olor de ellas. Así eran sus relaciones sexuales..... Prostitutas, campesinas y rudas indias núbiles se entregaban, como potrancas chúcaras a las potentes caricias del potro."

Pero al conocer a Isabel, hija mayor de don Lucas, a la sazón empleado de confianza que tenía en Angol, Anselmo se da cuenta que existían otros sentimientos más dignos, hondos y perdurables que podían aflorar en las relaciones con una mujer:

"Ahora veía en Isabel a un ser distinto, a una criatura de atrayente belleza, con ese raro encanto, envolvente y sutil, desconocido hasta entonces por él...."

El amor que había sido ignorado por Anselmo lo encuentra personificado en la hermosa niña y lo hace divagar:

"Venía con un atado de flores de copihues, rojas y blancas....La joven sonreía, con los labios entreabiertos y el rubio pelo flameándole en el viento. Sus mejillas rojas y sus ojos azules intensos, le comunicaban algo aéreo y maravilloso. Así debían ser - pensó - las hadas del bosque que imaginaron los poetas."

Por su parte, su enamorada no disimula el contentamiento de estar cerca de Anselmo totalmente recobrado de su pulmonía:

"Con la respiración agitada estuvo junto a él echándole el tibio aliento de su boca que le acariciaba al hablar. -Mira qué lindura, Anselmo. ¿Has visto qué flores más bonitas, mi amor? ¡Ay! que me cansé mi hijito....Pero no me dices nada, amor. ¿Qué te pasa? ¿Acaso estás enojado? Anselmo la abrazó para besarla en los ojos. Crujieron las flores y las hojas entre ellos. Un perfume tibio y fresco embriagó al hombre ya recuperado totalmente en sus energías viriles. Flores frescas del bosque, carne tibia y olorosa de mujer joven y hermosa que le envolvía como una oleada de esencias divinas."

El matrimonio con Isabel aquieta un tanto la conducta amorosa de Anselmo. Ama profundamente a su mujer, aunque en su fuero interno daba cabida a la convicción de que todo cariño por grande que fuese, estaba expuesto a la infidelidad. Por de pronto, un cambio se había operado en su vida:

"Anselmo sintió que entraba a otra existencia bien distinta a la que hasta entonces había llevado. Isabel era una mujer de gran sentido práctico, y sin restarle nada a la pasión amorosa que surgía de ella como una permanente llamarada, comenzó a preocuparse de los asuntos de su marido, ayudándole en cuanto diligencia podía realizar. Anselmo, en medio de su embriaguez amorosa había prescindido en absoluto de las aventuras pasajeras con que aplacaba los impulsos de su poderosa vitalidad, y en ese aspecto, sentíase perfectamente tranquilo."

Ignoraba nuestro héroe que lo tenía en su mira, Terencia Tagle la linda mujer del ingeniero inglés Mr. Scott, encargado del trazado de la línea del ferrocarril a Traiguén. El matrimonio Scott pertenecía al círculo de amistades de Anselmo por la importancia del cargo de aquél. Durand da una visión colorida de la mujer:

"Terencia Tagle, una limeñita de senos audaces, fina cintura y ojos verdes intensos. La naricilla respingada, la boca de labios sensuales, comunicaban una simpatía fascinadora a su persona. Era de mediana estatura. Su pelo negro, peinado en bandós, relucía como el ala de un tordo."

No tardó mucho Terencia en atrapar a su presa, aunque estaba segura que jamás lograría desplazar a Isabel del lugar de privilegio que tenía en el corazón de Anselmo. Pero ello no le importaba. Sólo quería entregarse al hombre recio y exitoso, en quien adivinaba cualidades viriles que no había encontrado en el temperamento británico de su marido. Así se lo da a entender a su amante:

"He estado soñando con ser tuya, desde mucho tiempo. Oyeme; deseándote día y noche. Tómame todas las veces que quieras. No te pido nada, Anselmo. Pero si sientes placer conmigo, aquí estaré siempre esperándote. Oye, dime.....¿no me quieres un poco siquiera? ¿Es todo tu cariño sólo para Isabel?"

No perderá de vista a esta empecinada enamorada, Anselmo, aunque advertía que Isabel era su refugio, un regazo de ternura, que le hacía falta en el bravo batallar que sostenía a diario. Sin embargo, Terencia lo enardecía como ninguna otra mujer:

"Sentía la huella viva y quemante de su carne, la fiebre de su entrega, el aroma de su piel, el rumor de sus palabras, Terencia, además, era lo ajeno, el deleite que se roba...."

Transcurría un lustro de la existencia feliz de Anselmo junto a Isabel y a sus tres pequeños hijos, cuando malos presagios invadieron la frontera. Acababa de producirse la disputa entre el Congreso y Balmaceda. Por todas partes se hablaba de revolución porque el presidente se iba a declarar dictador. En el pueblo de Traiguén y en sus alrededores, había estallado una epidemia de viruela y el lazareto se estaba llenando de contagiados.

Las medidas de asepsia que podían ser tomadas por aquel entonces para combatir la enfermedad, eran muy precarias. Hubo muchos muertos y, entre ellos, Isabel, pese a la atención médica traída de la capital.

Anselmo, por primera vez en su existencia ascendente, se ve enfrentado al dolor, a la insorpotable angustia de perder a un ser amado y su indomable fortaleza de hombre poderoso y respetado cede y se abate cuando acompaña el cortejo mortuorio junto a sus amigos:

"Atrás, solo y mudo, los seguía Domingo. Anselmo tampoco había despegado los labios, pero en aquel cruce del camino experimentó una terrible conmoción. En el perfume intenso de la selva, en el rumor del río, en la polifonía del viento, comenzó a oír la voz de Isabel, su risa, sus pasos. Y entonces como si los nervios se le convirtieran en crueles alambres tremantes, se sintió poseído por un arrebató de locura..... Anselmo torció riendas, espoloneando su caballo con verdadera furia, ascendiendo por el camino que iba hacia el río."

El único en percatarse de la determinación de Anselmo, es Domingo y corre tras él. Lo salva laceando a su amigo en el momento que ya el caballo caía al abismo:

"Un alarido de locura frenética se escapó de Anselmo cuando arañado por las ramas y cubierto de tierra gredosa, asomó en la orilla del barranco. Poseído por una cólera demoníaca avanzó entonces hacia Domingo, que ya desmontado no le soltaba, temiendo que renovara su intento. Anselmo trastabilló y sacando su revólver, casi se estrelló con el pecho de Domingo. Una terrible y soez injuria se escapó de sus labios. Alzó el arma como un verdadero poseído para darle un cachazo. Pero el indio no se movió. Por su rugoso rostro de bronce corrían las lágrimas.... Entonces su mano dejó caer el arma para apoyarse sobre el hombro de su amigo. Un sollozo, que era a la vez un grito terrible de desesperación, le salió por fin, como el rugir de las sierras de acero, al rebanar un tronco:

-¡No, Domingo! ¡No, Domingo! ¡No quiero vivir sin ella! ¡No quiero, Domingo! ¡Déjame! Todas las maldiciones que me han echado a mí, cayeron sobre ella. No puede ser, Domingo."

El narrador vuelve a enaltecer en su obra la presencia de los araucanos personificados en Domingo Melín, fiel y desinteresado amigo de Anselmo. Con justa razón se le puede asignar a "Frontera" un gran valor indianista. En sus páginas, Domingo aparece como un pretexto para interesarnos en la vida e historia de los ya escasos mapuches. Allí está siempre el cacique mostrando su digna postura de varón cabal y noble juicio:

"El cacique, mudo, le sostenía mientras el pecho de Anselmo seguía sacudido por los sollozos. Domingo Melín, entonces, con entrecortadas palabras, fue hablando como si recitara las preces de una liturgia extraña:

-Niña Sol no puede cuidar hijos desde allá, del cielo. Niña Sol tendrá pena si chiquillos quedan solos. Cacique pobre no los puede cuidar, Taita Anselmo, no muriendo. Hombre valiente tú siempre Anselmo. ¿Por qué no haciendo caso a viejo cacique? No muriendo Taita Anselmo.

-¡Taita Anselmo! - habló Anselmo entonces, con enardecida voz, alzando los ojos enrojecidos por el llanto. ¡Taita Anselmo! - repitió- Eres tú, mi buen Domingo, tú siempre, a quien puso Dios junto a mí, en todos los trances de mi vida. ¡Isabel, Isabel es el único ser que puede pagar todo tu cariño, Domingo!"

Entonces un odio profundo por ese lugar, donde había aprendido a ser feliz al lado de su amada Isabel, se apoderó de Mendoza:

"-Me iré de este lugar - dijo en voz baja. ¡No volveré nunca más a esta tierra que está maldita para mí, Domingo! Si tú quieres, vendrás a vivir aquí con tu familia, serás el dueño de esto.

Quédate, Domingo, y lleva a los niños para el pueblo esta misma tarde. Si doña Adolfina quiere venirse, ayúdala.

Vaciló un instante el cacique. Y, en seguida, sin decir palabra, volvió riendas hacia la casa."

Anselmo Mendoza tenía treinta y seis años. No volvió por aquel fundo. Enfiló sus pasos hacia otras tierras que le pertenecían con la convicción absoluta que ninguna otra mujer ocuparía el lugar de Isabel. Así ocurrió, aunque con el tiempo se volvió a enamorar. Pero siempre la dulce evocación de Isabel retornaba a él y se vivificaba el aroma de su cuerpo, la tibia caricia de sus besos, la luz magnética de sus ojos y la pureza floral de su entrega, que era una canción cuyo latido persistía en lo recóndito de su ser.

"Una mujer que tenía un lejano parecido a Terencia, le inquietaba ahora. ¿Por qué le atraían mujeres tan distintas a Isabel? ¿Acaso con el tiempo hubiese dejado de querer a su bella mujer? Emilia, la esposa del dueño del almacén "Las tres banderas" lo tenía preocupado y molesto. Era delgada y flexible, con el rostro

trigueño, más bien levemente morena y los ojos negros, profundos. La boca grande, carnosa, le daba a su rostro una gracia sensual y atrayente".

Mucho tiempo andaba Anselmo tras Emilia, sin lograr mayores avances. Su frialdad lo desasosegaba a la par que lo estimulaba en su intento de interesarla. Pero la joven se mantenía en su postura indiferente de mujer casada:

"¡Y esos ojos! ¿siempre tan esquivos conmigo?
- Siéntese, don Anselmo. Mientras más viejo, más bribón. ¿Nunca se va a enmendar?
.....
-¿Viene de Los Sauces usted, ahora?
-No, mi amor - repuso - vengo de Nilpe. Allá a Nilpe es adonde me la voy a llevar a vivir, porque la casa que estoy haciendo es para que la estrene usted, Emilita.
-¡Qué hombre tan disparatero es usted, don Anselmo! Y, al verlo, quien pudiera pensar que sea capaz de hablar tales tonterías".

Una noche que el marido de Emilia estaba enfermo en cama, Mendoza después de besar casi a la fuerza a la joven, trató de sobrepasarse. Pero la reacción de Emilia fue de violento rechazo:

-¡No quiero! ¡Porquería! Me da toda la rabia.
¿Qué no sabe que tengo mi marido? ¡Abusador!
¡Como todas las mujeres se le entregan quiere hacer lo mismo! ¡Conmigo se equivoca!
.....
-¡Váyase! No quiero que venga más aquí! No quiero."

Y aunque la mujer de don Pascual se le había metido entre ceja y ceja, su orgullo y las preocupaciones surgidas por sucesos ajenos a su alcance, Mendoza se desiste del asedio de Emilia.

La caída y muerte del presidente Balmaceda y el triunfo de los conservadores personificado por el nuevo gobernante Jorge Montt, no presagiaban buenos tiempos venideros para Anselmo. No sólo había sido el caudillo electoral del presidente mártir en la frontera, sino que además, había combatido en su favor y caído herido en la batalla de Placilla. Por otra parte, se sabía que Aceval Caro regresaba triunfante como juez en Temuco y que preparaba venganza contra Mendoza por la afrenta sufrida en Traiguén.

Una tranquila noche, cuando Anselmo regresaba a las casas de uno de sus fundos es asaltado por Ceferino Uriondo, ex convicto de asesinato y su sirviente el mestizo Antenor Paillamán, ambos sayones del juez Aceval Caro. Mendoza sale airoso del entrevero al dar muerte a los dos. Como el hecho había ocurrido en la jurisdicción de Temuco, Aceval Caro aprovecha la ocasión para acusar a Anselmo de doble asesinato y dicta orden de prisión contra él.

Naturalmente que dada la prominencia del acusado, el suceso causó alarma pública en todos los pueblos de la frontera:

"No se hablaba de otra cosa en los caminos, en las diligencias, en los boliches y en los pueblos.....
Decíase que la corte mandaría un Ministro en visita a estudiar los antecedentes"

El juez Aceval Caro interpretaba a su antojo la ley y no permitía aceptar que Mendoza había procedido en defensa propia y en des-poblado. En una entrevista en que ambos, juez y acusado, eran los únicos partícipes, Durand nos presenta este sabroso diálogo:

"Ladrón de tierras, asesino, canalla que estu-
viste a punto de asesinarme....
Y tú, miserable ladrón, tú, cobarde asesino
¿pretendes ser juez de mi causa? La infamia
que pretendes hacer recaer sobre mi nombre
la pagarás con tu propia vida. Estás despe-
chado porque acabé con los asesinos a quienes
habías mandado a matarme.
-Te tengo en mis manos, pájaro de cuentas. ¡Te
tengo del cogote! Con cuatro tiros las paga-
rás. Ahora sí que cancelarás todas tus cuentas".

A la postre, careciendo de pruebas que pudieran acreditar fehacientemente la acusación, Aceval Caro se ve obligado a dejar en libertad a su acérrimo enemigo:

"Eran las doce de un radioso día de comienzos del verano, cuando Anselmo salió a la calle. No se supo como se vió rodeado, de pronto, por una verdadera muchedumbre de gentes de la población y de jinetes que le aclamaban como si hubiera ganado una batalla. Domingo Melín le tenía su caballo de las riendas:
-Taita Anselmo, hoy mi corazón es feliz -le dijo en mapuche."

Tras el tremendo fracaso de derrotar a su odiado antagonista, Aceval Caro pide al Ministro su traslado y se aleja definitivamente de la región. Anselmo ya puede estar tranquilo y regresa a Traiguén. Allí, sin imaginarlo, Emilia llama una tarde a su puerta:

-Soy yo, don Anselmo. Abrame pronto.
-¡Emilia! - se dijo, sorprendido -¡Emilia! ¿Pero cómo puede ser?
-Don Anselmo - le dijo- don Anselmo -le repitió- ¿por qué no ha ido usted a vernos? ¡Oh, por Dios! - exclamó en seguida con la voz dolida y casi a punto de llorar. He rezado tanto por usted ¡Tanto! Horas enteras de rodillas pidiéndole a la Virgen que lo amparara. Noches y noches sin dormir. No había jinete que venía "de adentro" a quien no le preguntase por usted.
.....

El viento de la noche gemía en las ventanas cuando al fin se pudo marchar Emilia. En la dicha del amor satisfecho llevaba la espina lancinante de algo definitivo. De algo más fuerte que la voluntad y la conciencia, sin lo cual ya no podía vivir.

-Te irás conmigo a donde te lleve?
-Si, Anselmo, a donde tu quieras".

Aquella noche Mendoza tuvo la sensación que otra vez algo hon- do, definitivo, se apoderaba de su existencia. Y así sucedió. Junto a Emilia paladió un amor más maduro, de mayor sosiego. No tenía la intensidad ni la vehemencia de aquel otro, ya sentido un tanto le- jano en su corazón, pero éste lo hacía feliz también. Emilia le dio un hijo que sería el heredero del fundo Quillanco donde vivían enton- ces. Anselmo tenía grandes proyectos en la explotación de estas nue- vas tierras, ricas en bosques madereros y cercanos al ferrocarril. To- do hacía presumir más prosperidad y un quieto pasar. Pero:

"Bromeando con doña Adolfina, transcurrió ale- gre el almuerzo.

De súbito se oyó un gran tropel de gente que corrió por el corredor con gran sonajera de espuelas.

- ¿Dónde está Anselmo Mendoza? - gritó una voz.

Casi instantáneamente asomó al comedor la ele- vada silueta de un hombre. Anselmo de un salto trató de cerrar la puerta, pero no alcanzó a hacerlo.....

Anselmo derribó al primero, pero el que ve- nía detrás, herido también, se aferró a él rugiendo de furor.....

Resbalando en la sangre del caído, jadeante Anselmo logró sujetarle la carabina a su ene- migo. En la lucha, el revólver de Anselmo ha- bía caído al suelo y en ese momento Emilia, lan- zando un alarido de desesperación recogió el arma. Mas, en el preciso instante en que Emilia, sujetando el arma con las dos manos disparaba sobre el malhechor, salió la bala de la carabina. Penetró en la garganta de Anselmo, bajo el men- tón, haciéndole caer de espaldas sobre el pasa- dizo..... Emilia, enloquecida de dolor, se abrazaba lanzando agudos alaridos al cadáver de Anselmo....."

La venganza no tarda en organizarse. Todos los amigos fieles, con Domingo a la cabeza, servidores, e inquilinos, capitaneados por su en- trañable sobrino Belarmino inician la cacería:

"Como la mesnada que sale a repeler el ataque a las tierras del señorío, toda aquella gente unida a media docena de "trizanos" recorrieron las montañas, los caminos, los ranchos y case- ríos. Justos y pecadores, muchas víctimas ino- centes, otros encubridores y culpables, queda- ron a lo largo de los caminos. Una ola de es- panto hizo que mucha gente huyera a ocultarse en las montañas, o se marchase a la ciudad. Pe- ro según las informaciones de los diarios y los partes oficiales, todos los que cayeron, eran cómplices o malhechores de la banda que asesinó a don Anselmo Mendoza".

"GRAN SEÑOR Y RAJADIABLOS"

Esta novela que en algunos estudios especializados se le considera como la gran epopeya del campo chileno, no es nada más que la historia novelada del arquetipo del hacendado chileno de fines del siglo pasado. A lo largo de sus copiosas páginas, Barrios no disimula su admiración por el personaje que va delineando con su excelente oficio de escritor. Ello queda en claro en un artículo aparecido en el diario "Las Ultimas Noticias" de septiembre de 1948, con ocasión de una entrevista que se le hace:

"Un tipo que nace y muere en nuestra tierra: el Gran Señor y Rajadiablos", que en mis correrías campesinas descubrí, entre mitad demonio y mitad ángel. Temple, maldad, con arreos de señor feudal, pintoresco, temerario, creador, cacique; pero lleno de aquel señorío coloso y creador que nos legaron los españoles".

Esta actitud de subjetiva simpatía por su héroe, se anticipa en una especie de prólogo recordatorio que el narrador hace al iniciar la novela. Allí dice identificarse con el protagonista, y por ello, desde su posición de creador omnisciente, le justifica sus debilidades, caprichos, aberraciones, faltas de civismo y espíritu democrático. Todo está autorizado en él:

"Porque toda entera, como si fuese la mía, puedo evocar la vida de aquel hombre. En la perspectiva larga de los años pueden venir a presente los cuadros, las escenas, los procesos, los silencios y aun los enigmas, unos en pos de otros. No en vano él, sus allegados, sus favorecidos y sus víctimas - veneradas fueronle muchas de ellas - se tejieron con su vida tanto como con la mía. Tanto anduvieron mis pasos sobre sus pasos, que hoy, ocultándome, silenciándome yo, desapareciendo de todo escenario, fácil me resulta sentirme su mero espejo. Nadie como yo habría de comprenderle hasta la identificación: porque admirar y querer a un ser humano, vituperarlo y sufrirlo, compadecerlo en algunas ocasiones, reír de él en otras, y hasta odiarlo antes de perdonar sus faltas, todo ello junto hace la comprensión perfecta".

"Gran Señor y Rajadiablos es una novela de personaje y como tal presenta un protagonista único, José Pedro Valverde, en torno del cual se ordena y estructura el acontecer. El resto de los personajes, centrales y secundarios, sirven de manera directa o indirecta, para enriquecer e individualizar, ya sea por semejanza o contraste, el carácter de la figura principal. El relato está dispuesto en cinco evocaciones: "Temple de Acero"; "Amor y Aventura"; "Hechos y Fechorías de un Tarambana"; "Amo y Señor" y "Aguila Vieja". Como puede observarse, todo asentado para ir realzando el perfil de un hombre muy grato a su creador.

Pero Barrios se queda ahí, en torno a su héroe habitante de una tierra cercana a Melipilla, inmerso en una realidad que el narrador presenta un tanto acartonada. Se echa de menos la verdadera realidad del medio provinciano con sentido histórico, es decir, haber mostrado que existe una conciencia colectiva que nace, se desarrolla, crece y se desintegra a impulsos de los acontecimientos históricos y sociales que van conformando la estructura de un país.

El argumento abarca desde la niñez hasta la muerte del casi octogenario José Pedro Valverde, amo y señor de La Huerta, hacienda de la costa cercana a Melipilla:

"Nació y creció el muchacho en la Huerta, campo que había de convertir él en fundo, con empuje y tiempo, y salvo pocos años que pasó internado en el Seminario Conciliar para darse letras, números y fundamentos de la fe, su adolescencia y su mocedad allí también transcurrieron"

Nuestro personaje es hijo de José Vicente Valverde. El único hermano de éste último, el cura José María, habría de tener decisivo influjo en el desarrollo de la personalidad de su sobrino. El perfil de ambos los detalla así el autor:

"El progenitor de la criatura, José Vicente, laborioso, sufrido y manso; José María, el presbítero, bravo, batallador, indómito. Pendenciero habría sido, a no impedírselo la vestidura talar"

.....
"José Vicente, alto y gordo y como gordo, apacible. Amarillas las pupilas, mas de mirar tranquilo y reflexivo. Aun su barba, en forma de pera y rubia, ponía en su semblante cierta dulzura de huaso bonachón.....
Mientras el cura, erecto y huesudo, de nariz corva y violenta mandíbula vasca, repetía facciones y coloridos de familia pero con vigor, mas, con impetuosidad".

Ambos descienden de un militar sin mayor brillo y tarambana por añadidura:

"Vástagos de un muy mentado capitán Valverde, que en hazañosos y donjuanescos lances derrochó cuanto a moneda redujo - y a tales reducciones tendían sus pasos cotidianos - heredaron el uno, La Huerta, hipotecada, y el otro aquellos suelos sureños, agrestes y selváticos, aunque de porvenir".

Las tierras sureñas aludidas estaban en la desembocadura del río Maule y allá llega José Pedro siendo muy niño, junto a su padre y su tío cura:

"Al tramontar la última cumbre de la jornada, el paisaje de Los Tréguiles apareció de improviso, verde y plata. El fundo entero lo abarcaba la vista. El fundo y algo más: aquellos campos lomados, que se desondulaban hasta irse allanando por las orillas del río y del mar.....y allá un caserío apiñado, con su torre.

-La Parroquia - dijo con énfasis el cura.

"-Y ésas son las casas?
-Esas, hijo - confirmaron a una padre y tío.
.....divisábase la casa, pequeña y puesta
con gracia de juguete sobre un promontorio
abrigado entre dos cordones de serranías
densas y silvestremente arboladas. Era mo-
desta y sus muros chatos, al extremo de
distinguirse apenas como lista de cal, de-
saparecían casi, bajo la montera de tejas."

Es aquí en Los Tréguiles donde se va asomando la compleja perso-
nalidad del cura Valverde y que más tarde, por herencia o por cultura
refleja también se perfilaría en su sobrino a quien cría desde tempra-
na edad:

"Cuando José María se ordenó, fundábase por
allá una colonia. Tanta feracidad había in-
ducido al gobierno, siguiendo prédicas de
Perez Rosales, a poblar y abrir nueva región
a la riqueza de mañana. Trasladándose a lo-
mas y llanos muchas pobres gentes que, des-
monta ayer, roza hoy, arranca troncos en se-
guida y siembra por último, concluyeron por
instaurar un conjunto de hijuelas de gran
promesa. Si bien hijuelas fueron denomina-
das, poco le cuadraba el diminutivo, ya que
las menores medían quinientas o más cuadras".

Cuando estas hijuelas comienzan a producir y el lugar se va poblan-
do, el arzobispado instala allí una parroquia:

".....y el cura Valverde fue para los colo-
nos el primer pastor de Cristo.....
Pero en las leguas colonizadas del Maule
trazaba el cura las sendas del Señor tanto
como guía de almas hacia el cielo, cuanto
enjambrando intereses y pasiones. La polí-
tica redentora y católica, enclavó su brú-
jula en medio de la grey. El partido con-
servador halló en el cura efficacísimo agen-
te, y su dominio se recreaba en la obra de
Dios y de la Santa Madre Iglesia, cuando el
primer juez de distrito cayó en las nuevas
tierras".

Y se produce la inevitable pugna de intereses, puesto que el recién
llegado no comulga con la doctrina tradicionalista de los asentados, si-
no que muy por el contrario, pertenece a un bando opuesto. Barrios lo se-
ñala con las tintas:

"Era, éste, liberalote y hereje, susurrábase
que radical, de la recién nacida hueste, y
tras él fueron llegando como exploradores
al principio, poco a poco en actitud de co-
lonos con títulos ganados bajo el ala del
partido, algunos correligionarios suyos. Vi-
vían estos individuos en torno a su juez,
ganando querellas a los vecinos y, paulati-
namente, derivando los derechos de fallos
en primera instancia hacia juicios ordina-
rios por el dominio sobre terrenos propios
de los colonos."

Naturalmente que la belicosidad innata de José María le impide per-
manecer tranquilo y se convierte en un verdadero cacique con sotanas que
va y viene a la capital a denunciar las maquinaciones de los intrusos.

Claro está que por el cercano parentesco con su héroe, el narrador utiliza cierto eufemismo al respecto:

"Aquí, el Quijote que dormía en las venas del cura tuvo que despertar. Fuere por su natural justiciero e intrépido, fuere por vehemencia de presentar batalla contra la herejía de los intrusos, irguióse adalid de su doctrina y defensor de feligreses amenazados con el despojo. A Santiago viajó continuamente inflamado de justicia e indignación.....y con algún triunfo regresaba."

No obstante, a pesar de las andanzas santiaguinas del cura, la batalla no la tenía ganada del todo. Su contrincante también tiene poder, mas esta influencia la pinta el escritor con ribetes propios de malandrín:

"Como el juez, por su lado, contaba también con apoyos políticos en la capital, insistía en los abusos. A menudo trataba de imponer por la fuerza sus sentencias o sus "precautorias", improvisando a su arbitrio, con forajidos y sayones, la "fuerza pública" citada por los códigos, ya que no había por allá en aquella época policía, ni rural ni comunal."

A continuación de estas líneas, Barrios relata con historicidad hechos que se sucedieron a lo largo y ancho del agro chileno con motivo de un acto electoral, no sólo en aquella época sino hasta hace unos doce años atrás, cuando el nuevo orden decidió suprimirlo.

Naturalmente que el sátanás continúa siendo el juez, y el ángel el cura, aunque queda nítida la conducta arbitraria e incomprensible de un conductor de almas:

"Para ciertas elecciones, empezaron a llegar con anticipación muchos desconocidos, a quienes el juez hospedaba y que, según decires, figuraban en los registros como electores inscritos. Osó el caudillaje hereje formar con ellos y algunos felones de las hijuelas, cierta vez, una columna de manifestantes electorales que desfilaron con ostentaciones de predominio. Y mucho impresionó aquello a los pobladores más pobres, tanto que, algunas decenas presumiendo que las huestes saldrían victoriosas al fin, inclináronse a plegarse a sus manifestaciones.

Pero en el acto el cura, rápido y decidido, organizó en la aldea otro comicio. A éste asistieron, bien montados, con sus arreos chapeados en plata, con laboreados chamantos, bonetes bordados de flores y cuantos lujos pudieron ostentar, los ricos de la comuna, escoltados por peonadas de caballería, gañanes en columna de a pie, mujeres de celeste cinta o escapulario sobre mantos y rebozos, ellos adelante, a la puerta de la iglesia ellas, y tal efecto se logró, que los tibios volvieron al redil y la elección se ganó a la postre. Más todavía: la urna sólo recibió los votos que el cura quiso que fueran sufragados....."

El premio a los desvelos no tan piadosos del señor cura no demora en llegar:

"Los hacendados gratos al cura, cediendo cada cual una faja de sus terrenos, han formado una hijuela compuesta por los lomajes que mueren a orillas del río y se la regalan a su defensor".

Sin embargo, la conducta de su hermano no es grata para José Vicente. Así lo expresa el relato:

"A José Vicente, reflexivo y alerta, el asunto no le dicta juicio muy promisor; puede aquello halagar su natural de hormiga que junta, suma, acrece y busca fortuna, pero ¿no empañará eso el prestigio del pastor de Cristo?
-En fin - concluye - si la politiquería explota esto en contra tuya, cédele a la parroquia".

Pasan dos años, y la situación del cura se va consolidando:

"El cura, en su cuádruple papel de terrateniente, conductor de almas, abogado de pobres y caudillo político, domina. Ha encontrado, por lo demás, buen medio para mantener el triunfo: si campañas de liberalismos extremos surgen para iniciarle grescas, apela él a sus largas columnas de huasos bien montados y colonos fervorosos, hace desfilar hueste y cofradías por aldeas, caminos y encrucijadas, enrola más y más adictos, multiplica su falange de almas e intereses".

Pero en la capital, las andanzas maulinas de José María no pasan desapercibidas y comienzan las críticas:

"En el congreso se ha dado en llamar cacique al cura.....Varias veces ha debido el arzobispado librar batallas por él; pero he aquí que de pronto échasele en cara el haber recibido tierras de regalo, el haber "medrado" con la investidura religiosa".....

Y el narrador, creyendo que el lector sufre de súbita amnesia acerca de la enmarañada personalidad del cura, agrega ingenuamente:

"Responde su desisterés cristiano entonces, que siempre le llamó al voto de pobreza y cumpliendo el consejo de su hermano, las tierras de la ofrenda son regaladas a la parroquia".

Pese a tan dadivoso desprendimiento la suerte le es esquiva esta vez al cura y el episcopado resuelve trasladar a José María:

".... al muy meritorio señor cura Valverde. Una parroquia en más cultos poblados le acomodará mejor, si bien se juzga y premia".

A esta mejora responde José María con su renuncia y conviene con su hermano permutar las tierras. José Vicente vendrá a Los Treguiles por algún tiempo, y él se trasladará a La Huerta:

"-Obtendrá licencia de capellanía -decide-. Con capilla en el fundo, asistiré como capellán a los fieles del contorno....."

Y mientras tanto, su sobrino que lo acompañará de regreso a la Huerta ya bordea los trece años. Allí José Pedro había nacido de un parto que lo dejó huérfano de madre.

Al poco tiempo de estar en La huerta tío y sobrino, José Vicente es asesinado en Los Tréguiles en un salteo al fundo. Sobre los hechos se dice:

"Culpábase a los viejos enemigos del cura, al juez.....buscábase además a los matones de la hazaña pasada. que habrían vuelto a la venganza....."

Es que el señor cura había sembrado, pero con una simiente de malhadado hibridismo muy propia de su compleja naturaleza. Al lado de este hombre, a la vera de sus sotanas, se criará José Pedro, a su imagen y semejanza.

En medio del dolor provocado por la muerte de José Vicente, tío y sobrino se aprontan sobre la violencia que va a imperar:

"Sólo reaccionaban cuando al comentar los crímenes, reconocían el peligro incesante que acechaba en los campos de Chile a los hombres fuertes, laboriosos y honrados.... ¿Estarían por siempre a merced de pícaros, venales funcionarios y salteadores?"

-Los huasos, hijo - solía concluir don José María entonces -, Dios me lo perdone, pero El sabe que así es, deben vivir en estas tierras con el arma al cinto y el alma en el arma. Carecemos de policía, no hay defensa ni amparo. Los tribunales rara vez y tarde alcanzan hasta nosotros. Nuestra justicia queda en las manos misericordiosas de Nuestro Señor.

-Y en nuestras manos propias - pensaba José Pedro en voz alta, mordiendo las palabras.

Luego Barrios nos describe a su héroe ya entrado en su adolescencia. Es un relato apolíneo en el que abundan los detalles superlativos respecto a su físico. Pero el narrador es hermético para darnos una visión subjetiva de José Pedro. Todo lo sabemos desde un ángulo exterior:

"Y es que José Pedro habíase convertido en muy apuesto, muy fornido y muy elegante huaso. Vestía con todo el embeleco de la rica juventud campesina: sus mantas agotaban el surtido en colores, tramas y floreos; a los lujos del apero, el temple de las espuelas - con rodajas enormes - sumaba esa música que prolonga en el aire los pasos y, por su timbre diferenciado con esmero, deja estela personal, y además, si el bozo y la sombra velluda dorábanle ya la cara con tentaciones de fruto apotecado, cierto verde azufrado le prendía en las pupilas extraño y dulce magnetismo."

Cuando José María se percata de la atracción que su sobrino produce entre las mozas de La huerta, lo llama aparte y lo aconseja me-

diante una anécdota que diluye lo que debió ser la misión sacerdotal de aquél entonces:

"¿Te acuerdas de mi viejo tío, el canónigo?

-Naturalmente.

-Bueno, cuando yo canté misa, hijo, él, que fue mi padrino, me llamó aparte, me dio algunos consejos.....y terminó con éste, para él primordial y que nunca olvidaré: Sobre todo, hijo, no caer en pecado mortal con una confesada. Jamás. Porque...se ceba uno. Y te digo yo ahora lo mismo: No caigas en pecado con el mujeriego de la hacienda. Jamás."

Tío y sobrino se parecen. Así se lo hacen ver José Pedro a don Elicer, amigo de confianza de los Valverde, cuando se dirigen a escoger una veintena de hembras de vientre en las manadas chúcaras que, por esos días liquidaba la empobrecida viuda Lazúrtegui en su fundo San Nicolás:

"-Es que en el fondo, somos iguales. A mi me basta que me prohiban algo para que me crezcan las ganas de hacerlo. Y lo propio ha dicho él siempre de sí mismo: si me pasan la mano contra el pelo, el diablo se me mete en el cuerpo".

Es en aquella compra en que José Pedro conoce y se prenda de Chepita, una de las hijas de la viuda. El narrador da una visión con sabor a cursilería del encuentro, como de tarjeta postal;

"Como damas de sala y estrado recibieron las Lazúrtegui a José Pedro y a su acompañante. Componían un cuadro. Al fondo, sobre la estera, en el sofá de tres medallones - jacarandá y damasco granate - misia Jesús sentada entre sus dos hijas. Mantenían las tres pañuelito de encajes entre los dedos y en las comisuras la suave sonrisa impuesta por los retraristas del siglo".

Durante la cena, José Pedro va tomando conciencia que es acogido con asentimiento y, más aún, se le atraía. Cuando misia Jesús tomó de su plato la mejor presa de pollo para ofrecérsela en su propio tenedor, no tuvo dudas que su presencia era grata para aquella familia. En el regreso a sus lares va rememorando con cierto deleite la tertulia pasada en la casona de San Nicolás:

"-Somos un poco parientes - había dicho también la señora por la rama de su madre..... El mantel blanco, el ramos de clarines de color cereza, la dama de negro, las chiquillas todo luz. Ambas eran bonitas. Sí, Mari-sabel, linda también. Más niña, más baja y en mejores carnes, sin aquella languidez cándida de Chepita....."

En el trayecto ambos jinetes aprecian la compra recién hecha. Don Elicer pregunta:

"-Han aumentado la masa caballar en La Huerta?

-En eso estamos. Hay poco todavía. Y yo pienso sembrar mucho.

-No se trilla sin piaras.

- Es lo que digo yo. Pero la plata es loba.
-¿Qué, ¿no vendieron Los Tréguiles?
-Aquello se hizo sal y agua....total que achicamos algo la hipoteca de La Huerta, compramos algunos bueyes, unas cuantas vaquillas para la crianza, otras pocas ovejas, y ahora estas yeguas... y san se acabó. En adelante, apretarse por años."

Cuando llegaron a La Huerta y en el momento de contar, echaron de menos dos animales. El cura que los aguardaba en la tranquera, resolvió irlos a buscar al día siguiente. Tenía la seguridad que a la querencia debían haber vuelto. Pero desde ese instante asomó en el ánimo de José María, el presentimiento de lo que iba a ocurrir, cuando su sobrino volviese a San Nicolás en busca de las dos yeguas. Y comenzó a avinagrársele el genio.

Pronto las dudas del cura se hicieron realidad. José Pedro inicia asiduos viajes al fundo de Chepita y se enamoran perdidamente. En estas visitas nuestro héroe se da cuenta de la enorme diferencia que existe entre la amplia y comfortable casona de los Lazúrtegui y la suya y se lo hace ver a su tío:

- "-Y esta casa, tan inconfortable.
-Ahora la encuentras así.
-Pero, tío, ni vidrios tenemos. Algunas noches, si no cierro la ventana, el viento me apaga la vela."

Pero el cura replica entre sarcástico y molesto:

- "-No es casa de encomenderos, que quieres. Allá, en San Nicolás, aunque las hipotecas se vayan engullendo la tierra...¡claro! esteras, damascos, jacarandá, hasta piano."

Olvida, maliciosamente el clérigo, que La Huerta continúa hipotecada, a pesar de la venta de Los Tréguiles:

- "-Sin hundirnos, tío, podríamos procurarnos más decencia.
-¿Qué sabes tú!
-Pues yo, antes que lo impida el invierno, haré algunas mejoras. Esto es mísero. Este comedor, un dormitorio a cada lado...y pare de contar. Porque despensa, cocina, leñera, bodegas, todo en mediaguas y ruinoso. Salvo la capillita, lo único nuevo y decente.
-La morada de Dios.
-Cabal. Así ha de ser. Pero nuestra rusticidad, tío, por la Virgen Santísima, no me conforma. ¿En qué pisamos?, dígame. Fuera de unos pastelones en el trecho preciso para las camas, los pisos no tienen sino greda pisoneada. Con sol, crecerían hierbas. Como que la palmerita que planté de niño en el jardín, nació en mi dormitorio; ¿se acuerda?, de un coquito rodado."

Ante esta lamentable evidencia, el narrador que anteriormente nos había ilustrado sobre la elegancia del vestir huaso de José Pedro, propia de la rica juventud campesina, se apresura en mejorar la imagen de

su héroe y nada mejor, le inventa un nutrido linaje. Para ello recurrir a la afiebrada y un tanto envejecida mente del cura:

"Yo quiero enterarte de algunas cosas escuchas. ¿Sabes tú quién eres? ¿Sabes quiénes somos los Valverdes? Descendemos de aquel fray Vicente Valverde que acompañó a Francisco Pizarro en la conquista del Cuzco."

Y como el mencionar a Pizarro daba muy menguadas divisas de sus acompañantes por el vil asesinato de Atahualpa, el cura recurre a otros abolenos, de muy difícil por no decir imposible atestación:

"No podría yo entrar en muchos pormenores de la heráldica, ciencia tan historiada, pero sí agregar que los Valverde, en España monteros del Rey, nos legaron escudo...."

De los Valverdes, el cura, pasó a la línea materna:

"Los Casaquemada, vástagos de cierto hidalgo castellano con que con sus seis hijos varones y un puñado de siervos batió a los moros después de incendiar su propia mansión, en lúcida estratagema".

-Por el fuero de los Casaquemada disfrutamos siempre, en España y aquí, derecho de asilo. Cadenotas de hierro que rodeaban los frentes de la casa lo advertían..... Estés llamado a ser siempre un gran señor...."

La perorata de José María surte el efecto que buscaba y vemos al narrador contarnos, lleno de regocijo, la reacción en José Pedro:

"Los gentiles de su ayer parecían acudir e inflarle de orgullo el pecho. Sí; él sentíase gran señor y amaba este sentimiento."

Hasta tal punto estaba impresionado José Pedro de las noticias sobre su linaje, que le dice a su tío;

"Nosotros los hombres que luchamos en este Chile informe contra bandoleros, jueces venales y polizontes de caudillejos con autoridad política, necesitamos hacer valer nuestros derechos. Yo voy a poner esas cadenas. Y juro que las respetarán".

Sin embargo, cuando José Pedro insta a su tío a que le dé informaciones sobre los Lazúrtegui, el relato toma un cariz peyorativo:

"Desarrolló entonces, entre menosprecio y sarcasmos, el árbol genealógico de los aborrecidos. Los vascos Lazúrteguis, los primitivos, enriquecieron en el tráfico de sebos, pellejos y carnes saladas..... El hecho es que juntaron barras de plata, obtuvieron licencia de acuñar en la Casa de Moneda patacones, reales y cuartillos con la efigie de Carlos IV....y, para dar lugar a las nuevas ganancias, abrieron espacio en sus arcas invirtiendo en campos de la naciente Melipilla..."

Semejante laboriosidad y enriquecimiento es propio de muchos vascos que transitaron y aún lo hacen por estas tierras chilenas. Lejos de sentirse menoscabados por el origen de sus fortunas, a muchos el

orgullo inflamó su sangre celtíbera, hasta tal punto, que algunos se apresuraron a comprar títulos y blasones cuando la pobreza de la corona española obligó al remate. Ignoraban sí, que don Bernardo habría de echar por tierra sus arrebatos heráldicos.

La saña que muestra José María por los Lazúrteguis alcanza hasta una figura eclesiástica:

"En la segunda generación un clérigo, consagrado sin dificultad obispo a causa de sus muchos medios, hizo leer por vez primera en los papeles de barbas, antepuesto al Lazúrteguis, el tratamiento de Señoría Ilustrísima".

El lenguaje del cura cambia y se suaviza cuando se refiere a los Aldana, apellido materno de su sobrino, y que lo emparenta con doña Jesús Aldana madre de Chepita y Marisabel:

"Serafín Lazúrteguis casó con misia Jesús Aldana. Hubo, entonces sí, aristocracia en la familia".

No convencen mucho los argumentos que esgrime José María respecto a la alcurnia de los Aldana. El tronco de esta familia había sido un cirujano mayor de la Reina que partió de Cadiz hacia el virreinato del Perú instalándose en Lima, donde casó con la hija de un oidor.

De la capital de los virreyes pasó a Chile, cuando Lima fue invadida por el ejército chileno:

"En Santiago, compró suelos y edificó solar. Cirujano, físico..... rondaba su importancia en calesa o picaba los empedrados en su caballo blanco, yendo de casa en casa,..... a sangrar apopléticos, extraer raigones o aplicar sanguijuelas. Asociado a cierto albeitar puso botica en la Plaza de Armas".

Tras esta pálida remembranza del fundador en Chile de los Aldana, el cura vuelve a la carga contra los Lazúrteguis:

"Era Serafín el disoluto de la familia... nacieron dos niñas, Chepita y Marisabel. Educadas entre las monjas, han disfrutado poco, apenas en la niñez, la fortuna de sus padres. Al caballereite le dio un buen día por viajar. Tras de reconocer las vascongadas de su origen, vivió en Madrid y jaranó en Andalucía, para instalarse por un año en Francia."

Al preguntarle José Pedro si en aquel viaje Serafín iba solo, el cura responde malediciente;

"-Y suelto. Entretanto, las chicas en Chile, a cargo de su madre, que sabía divertirse por su lado, no te creas..."

No obstante, su sobrino, en sus visitas a San Nicolás sabía, por bocas de sus amigas, que terminando ellas el año conventual pasaban sus vacaciones en el fundo, y salvo algunas visitas a parientes, ignoraron otra clase de diversión. Al informarle que misia Jesús también había viajado, el cura continúa:

"-Eso fue después. El perla de Serafín hizo con ella un segundo viaje. Esta vez importaron muebles de caoba y cuadros que opacaron el arte quiteño; se habían hecho pintar por David, en grandes óleos, en miniatura por Isabé, sobre vitela y marfil.... Pero tanto rango llamó a miseria, a ruina. Si mucho gastaron por allá, no menos dilapidaron aquí después. Sorpresa de fácil explicación fue así la venta de la casa y el retiro al fundo.....cuando murió Serafín durante una peste de viruela...."

Y siempre despectivo y queriendo dramatizar su relato advierte:

"-Ahí espera cazarles ahora novio. No hay que caer, hijo. No quiero verte arrimado a un árbol de tan mala sombra. Va de mal en peor, Nada cosechan. Ya son los polvillos del trigo, ya la sequía, ya las lluvias a destiempo. Todo se les malogra.
-Les ha faltado un hombre.
-Calla hijo. Si he querido contarte todo esto, ha sido precisamente para que sepas qué peligro corres. Te observo enamoriscado. Sé lo que pasa en San Nicolás. A su capellán todo se lo viene a decir la gente,....
-Dime tú ahora qué piensas.
-Bien lo sabe usted, tío.
-Te dejarás atrapar? "

José Pedro no responde. Una rebeldía interior confunde sus sentimientos, al tanto que el cura advierte estar al frente de hechos consumados:

"-Oye - concluyó severo el cura - que no suceda mientras yo viva.....
-Si usted la conociera,
-No tengo para qué.
-Pero eso equivale a declararse su enemigo.
-Así será. Escúchame aún: todo lo que hay aquí, tuyo y mío es; a mi muerte, será sólo tuyo. Déjame morir en paz, queriéndote como siempre.
-¿No acepta usted ensayar, tratarla?
-No. Y basta.

En esta forma, el narrador nos deja planteado el dilema surgido entre dos naturalezas muy similares: ambos testarudos, dominantes, con cierta belicosidad y arbitrariedad en sus acciones. Y por cierto, alentados por un abolengo que en vez de mejorar su calidad humana, los llevaba a ser presa de una variedad de excesos.

Hasta este momento, cuesta desprender al héroe del protagonista que le sigue en zaga, su tío. Porque aquel es hechura de éste. Y es tal la acción que ejerce sobre José Pedro que lo induce a raptar a Chepita para poder casarse. La llevará a casa arrendada en la costa en un lugar donde había curato para su matrimonio. Para tranquilidad de su novia, José Pedro lleva a Asunción, vieja ama de Chepita y a su marido, Sebastián, antiguo capataz de San Nicolás. La corta misiva dejada a su tío decía:

"Me casaré. Llevo dinero suficiente, del que me pertenece; lo demás queda en la

cajuela. Hay harina y raciones para meses.
Lo veré cuando me haya perdonado".

La reacción de José María estuvo a nivel de su tempestuoso temperamento. El narrador no escatima detalles para proporcionarnos los ribetes muy grises de una personalidad llena de resentimientos y envidias:

"Su pecho permanecía henchido de violencia, sin lugar para otras reacciones que las de la ira. En lo que había venido a parar a aquel sobrino, aquel hijo, mala cabeza y mal corazón, sin piedad ni ternura, ni el menor sentimiento filial. Y tonto además. Porque entregarse a una vieja calculadora, casamentera desesperada, en connivencia con su palomita reclamo Lazúrteguis al fin, mandaría en la criatura la voz de los doblones afanados en la Colonia e idos en la República.... Mucha ufanía por la estirpe, sí, muchos proyectos, mucho sueño creador, para tirarlo todo el mejor día. Era loco. Y bellaco. No tenía excusa. Estaría en San Nicolás, acaso en Santiago, en luna de miel aristocrática, endeudándose por añadidura, a lo Lazúrteguis."

Cuando la madre de Chepita acude a La Huerta para inquirir noticias de su hija, el cura se niega a recibirla. Ello obliga a misia Jesús enviarle el siguiente recado escrito:

"No se aviene con el sagrado ministerio. a-quel negar apoyo y consuelo a las almas a-tribuladas. La Santa Madre Iglesia le indica recurrir al capellán. Ni no exige como dama y madre ofendida, pide como feligresa".

El cura se ve obligado a aceptar dada su investidura, En confesión, escuchará cuanto tenga que decir misia Jesús. Pero antes asoma su malignidad, como lo establece el narrador:

"Y entre tanto saborea el anticipo que la imaginación le ofrece de la escena en que misia Jesús Aldana viuda de Lazúrteguis, dolorida y humilde, contrita y penitente, de rodillas, ha de pronunciar las palabras del arrepentimiento: "Yo pecadora me confieso".

Esta actitud abusiva e inconsiderada del cura, encuentra festiva aprobación en su sobrino cuando le fue narrada en la costa por su amigo don Eliecer. Un rasgo consanguíneo más que los asemeja. No deja de llamar la atención que el raptor, lejos de hacerse cargo de la desesperación de la madre de Chepita y de su irresponsable acción, halla cierto solaz en el relato:

"Y José Pedro paladeó, como su tío debió paladear aquella entrevista convertida en sacramento y penitencia".

Barrios va conformando un héroe que tiene muy poco señorío pero sí, abundante atolondramiento e indecisión. Las circunstancias previas al descabellado rapto de su enamorada, no eran tan dramáticas ni imposibles de sobrellevar. Era aceptado como prometido en San Nicolás y como contrapartida sólo se levantaba la tozuda porfía de su anciano tío a sus anhelos en desposar a Chepita, Tal vez, el narrador quiso darle

un cierto tinte de romanticismo épico a su obra intercalando el rapto, pero sólo consiguió exhibir a un protagonista "asotinado"; es decir, temeroso en demasía del dictámen de su tío cura. Y es esta arieta débil de José Pedro la que desencadena la tragedia, aunque Barrios intenta pintar gallardía en su héroe cuando dice:

"Allá, sin embargo, dentro de su confinamiento, la virilidad del Valverde se mantenía en pie y alerta sobre las cosas del mañana inmediato. Enterábase de la menor novedad que ocurriera tanto en su fundo como en San Nicolás. Los compadres le visitaban cada vez que sus negocios los llevaran cerca, y transmitíanle las noticias".

Y en su indecisión José Pedro deja pasar largos meses en la espera del perdón de su tío, a pesar de las precarias condiciones del refugio escogido para su luna de miel:

"De cuando en cuando se levantarían en el recuerdo..... aquel nocturno retemblar de una vieja ventana, entre cuyas rendijas se metían lluvias y livideces de relámpagos, y aquel estampido de las aguas en la playa oculta, una playa que los amantes, acurrucados en su cama pobre.....".....
..... la dulzura de Chepita, la niña tierna y dócil, ardiente de alma y aterida en sus carnes habituadas hasta entonces al abrigo y al regalo..... sus manos pálidas de embarazada....sin quejas, calladita y amorosa, envuelta en el chal de lana rubia, liviano y tibio como una cabellera....."

Pero el viejo cura no cede. Mezquina el perdón que debió serle fácil de otorgar por los años vividos en su obra de apostolizar. La iracundia pudo más que la templanza, mientras que las circunstancias para la pareja iban desmejorándose:

"La naturaleza ^{fina} de la niña sufría demasiado las inclemencias del invierno en tanto desamparo. Vivía entre caricias, pero de la cama al brasero y del brasero a la cama. Sus pocas prendas pendían de tres clavos en la pared encalada, y aunque lavase las mudas la vieja Totón, ella poníase a secarlas al calor de las brasas".

De pronto llega la noticia que el cura ha sufrido un ataque, y José Pedro no vacila un momento en partir. El narrador, haciendo uso de un lenguaje lírico, dice:

"Con la velocidad que le rindieron cuatro caballos en posta, voló sobre los campos y, como las del halcón que cumple vuelo, las alas de su poncho sólo se plegaron al pisar el suelo de su antiguo lar".

Al regreso, el héroe da muestras de tal carencia de juicio, que el relato pierde credibilidad. Por de pronto, ha dejado a su enamorada muy enferma en la playa, lo que no parece preocuparlo, y prolonga en exceso su estada en La Huerta. Veamos la narración:

"Háblele dejado en cama, con un resfrío que complicaba los achaques del embarazo. Bronquitis y fiebre, vómitos y anemia convertían la falta de comodidades en excesivo sacrificio.....

.....
No. La solución surgiría de repente, Desde luego, no retornaría él a la costa sin haber afrontado el asunto definitivamente. Una decisión tomó: no despedirse de don José María esta vez, sin alcanzar antes el sensato arreglo"

Es su inquilino Pascualote el portador de alarmantes noticias de la playa:

"La comadrona de Lagunillas anunciaba un parto prematuro y amenazado de riesgos. Urgía llevarle un médico. Ni la tos ni las calenturas cedían y entre desvaríos y dolores, la frágil niña clamaba por José Pedro".....

.....
Días antes, tal vez hubiera sido eficaz el auxilio médico. Pero lo llamaron cuando el trance.....se resolvía en tal hemorragia que Chepita se desangró incon-teniblemente...."

Ahora sí, llega la absolución del cura. ¡Donoso representante de Cristo!:

"Llevó el regordete sacristán algún dinero y una carta inflamada de zozobras, perdones amplios y acogida sin condiciones".

Al cabo de cuatro años de la tragedia de Chepita, muere el cura José María. En el entretanto, José Pedro en sus periódicas visitas al cementerio de Melipilla, tiene la oportunidad de recibir tanto el profundo y justificado odio de su suegra misia Jesús, cuanto la no disimulada atracción que ejerce sobre su cuñada Marisabel. Al final, consigue conquistarla, pero su suegra hará todo lo que está a su alcance, para evitar el "segundo asedio del loco Valverde".

Con el tiempo, la situación de José Pedro se va consolidando y el campo de La Huerta, se ha transformado en una hacienda. Junto a la prosperidad, los abolengos relatados por su tío, se apersonan con mayor nitidez en su espíritu y le inflaman de orgullo el pecho. Ha hecho cerrar la casa con cuatrocientos eslabones de hierro negro, como símbolo de mansión inviolable. Y en sus delirios, ha encargado a un párroco vecino, apasionado por la heráldica, un árbol genealógico. En cuanto a sus amores, también hay afanes de selección:

"En los amores bastardos han marcado también las cadenas tono de señorío. Ya no vagabundea José Pedro entre matas y pá-nico de codornices, con muchachas del inquilinaje; llámalas a servir en las dependencias caseras cuando le agradan, van ellas a él como van las manzanas a la mesa del señor".

"Las que le han parido un hijo, en particular, adquieren continente de sometidas al caballero feudal..... y esta es la costumbre de nuestros campos hasta que ¡Dios dirá hasta cuándo lo tiene permitido! Tampoco él solo vive así. Está seguro de que la mayoría de sus antepasados y los de otras familias poderosas han hecho lo mismo".

Para defenderse de los salteadores, José Pedro organiza un pelotón armado de carabinas, con tres de sus inquilinos más leales. La primera misión que les corresponde, es ir a auxiliar a la propietaria del fundo vecino La Mielería, quien acababa de ser asaltada y robada de sus joyas. Se trata de misia Carmela Burgos, acaudalada cincuentona, más adelante, agradecida amante de nuestro héroe:

"Alta, gris, los hombros separados y angulosos como los dos alones de un cóndor, a la vez lujosa y raída, se fundían en su talante la mujer colonial y el fantasma de una reina loca.....
Hablabla cual si ni dolores ni pérdidas valiesen la pena fuera del estropeo de su físico, por el asalto. Tenía la voz cascada y algo varonil; pero en las pupilas, que le hacían indescifrable la edad, creyó José Pedro descubrir, lleno de asombro, la chispa de la hembra que aún quisiera gustar y encender al hombre".

Por intermedio de Felipe Toledo, atildado condiscípulo del Seminario, supo José Pedro que Marisabel estaba encerrada en las monjas de Las Claras en Santiago. Toledo como secretario de la Gobernación de Melipilla, había trabado amistad con doña Jesús. Más tarde, a través de otro compañero del Seminario, el abogado Cipriano Correa, que atendía los asuntos legales de la misma dama, se informó José Pedro que Marisabel se hallaba en La Serena, en el fundo de una vieja tía y muy rica. De allí, madre e hija, no pensaban salir hasta que se les enderezaran las finanzas para cumplir el antiguo anhelo de un viaje a París.

Pero al narrador no le gusta un héroe desalentado por un amor contrariado. Lo hace abocarse a un gran proyecto que José Pedro tenía in mente: captar las aguas de un estero abriendo un socavón en una loma. Claro que la caridad empieza por casa:

"Como ribereño, tengo derecho a esas aguas. Pero hay más: todos los valles que continúan del mío hacia la costa, incluso el de la Mielería, están pidiendo que se les dé riego."

Para tal proyecto, el héroe cuenta con el apoyo de doña Carmela Burgos, que resulta estar emparentada con el Presidente. Por otra parte, cuenta con el asentimiento del gobernador de Melipilla y de Vicuña Mackenna, a quien había conocido en sus viajes a Santiago. Naturalmente, que su condición de miembro del Partido Conservador y de la Sociedad Nacional de Agricultura, dio el espaldarazo final a su plan.

Antes de iniciar su empresa José Pedro razona:

"-Que así como a Vicuña Mackenna le permitieron disponer de los presos de la cárcel para transformar el Santa Lucía, se me faciliten a mí esos malhechores encarcelados en Melipilla, alguno de los cuales he apresado yo, con riesgo de mi vida".

No tarda, para prosperidad directa de José Pedro y su enamorada propectora, en promulgarse el decreto apetecido y una veintena de reos y algunos peones de La Huerta y de La Mielería, se trabajó todo el verano;

"La Vigilancia de tanta gente peligrosa, aunque mandara el alcaide cuatro polizontes, estuvo a cargo del pelotón armado de José Pedro".

Al cabo de una año, las previsiones agrícolas del héroe se cumplen. Pero, a pesar de tanta bonanza, el patrón está triste. Marisabel no da señales de vida, en sus numerosos viajes que hace a Santiago. Doña Jesús ha puesto en buen recaudo a su hija, temerosa del alcance de su odiado yerno. Mientras tanto, José Pedro languidece:

"El Valverde fuerte y vencedor solía, pues, deambular ahora por lomas, prados y senderos, lacio encima de sus caballos briosos, y desplomarse cabisbajo y sin apetito en el comedor, y recogerse a su cuarto como un perseguido de la tristeza..... A solas, bebía como un aburrido, como desesperado entregábase a la barraganería de sus chinas, la viuda de Burgos sacábale de quicio con su ardor de sol que se pone....."

El estallido de la guerra Perú-Boliviana le levanta el ánimo. Nuestro héroe ha cumplido los treinta años. Viejo para combatir orienta su ayuda en juntar mulares. Lo secundan sus compadres, doña Carmela y otros hacendados de la región. Reúnen sesenta. Más tarde, coopera con una docena de redomones. Pero no todo ha de ser regalos:

"El, que siempre supo hallar saldos a su favor en los manejos de la vida, y puesto que había regalado ya bastante, inició negocios con el gobierno. Vicuña Mackenna le obtuvo encargos de charquis, grasas y cueros".

Para el lector avizorado, decepciona que el narrador, tan cuidadoso de mantener latente la alcurnia de su héroe, lo retrotraiga a labores propias de vascos plebeyos, de aquellos primitivos Lazúrteguis. Porque entre comerciar "charquis, grasas y cueros"; no hay mayor diferencia que "traficar sebos, pellejos y carnes saladas" como contaba el cura José María, tan despectivamente. A lo mejor se trata de un lapsus cáلامي, en la aliñada prosa de Barrios.

A un par de años de terminada la guerra, en una grandioso rodeo en La Huerta, donde el invitado es nada menos que el gobernador de Melipilla, se comenta entre los vaqueros el número de cabezas de ganado allí existente: sobrepasan los dos mil. Sí, don José Pedro es un acaudalado hacendado. Sólo le falta su Marisabel.

Barrios nos presenta a la elegida de su héroe cuando es ya, desde hace dos lustros, misia Marisabel Lazúrteguis de Valverde, ama y dueña feliz en La Huerta. Nos calla cómo fue el encuentro entre los enamorados. Sólo sabemos que fue posible por la muerte de doña Jesús quien jamás olvidó, con justificada razón, la truhanería de José Pedro.

En forma velada, en las dos últimas evocaciones, el narrador nos pone en contacto con Antuco, hijo nacido antes del matrimonio de Marisabel y José Pedro y que reconocen ante la iglesia. Ya sus dos hermanas no lo tildarán de huacho con ínfulas de patrón.

En la evocación cuarta "Amo y Señor", Barrios nos muestra ya un José Pedro Valverde, casi cincuentón. En uno de sus desvelos revisa lo que anduvo entre su juventud y madurez y saca conclusiones, que para el autor de la novela no son cínicas sino realistas:

"Reconoce haber excedido sus antiguos orgullos de abolengo y aun sus violencias de jefe y patrón, hasta lindar en términos que permiten llamarlo "señor tonante"; más halla esto explicable y natural, lógico y necesario.....
Advierte que impone un respeto mezcla de admiración y temblor en las almas de los campesinos que pasan. Pero es ello condenable? No; eso está bien, es necesario; vive tiempos en los cuales se hace menester ser amo; y el cariño al amo, si bien con afectos y bondades se gana, ha de llevar escondido algo de ese latido terrible que pulsa en la sumisa obediencia".

Barrios prosigue embelesado con su héroe. Escatima toda referencia a ese enjambre de seres esforzados y humildes, de un vivir anónimo y plagado de desesperanzas, que hizo posible los logros del patrón, distante y soberbio, por decir, lo menos:

"Porque a sido creador. No poco ha nacido de su esfuerzo y su tesón. Ha multiplicado crianzas abriendo campos; ha convertido montes en cementeras; perforado cerros, ha regado secanos; ha plantado viñas..... en la guerra le dio su aporte a la patria, primero como proveedor y luego a cargo de remontas en el Perú.de haber sido Bruno entonces cronista en lugar de simple asistente, qué de audacias, arrojos y, también, galantes aventuras habría podido narrar....."

Cuando el presidente Balmaceda lo nombra prefecto accidental de Melipilla, con una veintena de soldados y la carta blanca para combatir que le facilitaron, puso en práctica métodos propios:

"- A mí no me traen ustedes bandoleros vivos. Fosa tengo abierta, no cárcel. Con que ya lo saben..... Y quedó saneada la región en pocos meses. Facinerosos que no perecieron, fugáronse a campos lejanos."

"La prensa metropolitana lo vituperó desde la oposición al gobierno. Señor feudal, de horca y cuchillo, le motejaron, y hasta el derecho de pernada dedujeron solfas..."

Más adelante, Barrios estima conveniente darle cierto barniz intelectual a su héroe ; tanta es su admiración ! Pero cuesta encontrar credibilidad en las disquisiciones entre filosóficas y religiosas de un Valverde iletrado. Más parecen las opiniones del narrador, por lo bien hilvanadas y mejor expuestas. Es por eso, que los largos párrafos atribuidos a José Pedro resultan extemporáneos y ficticios y sobre todo, cuando lo hace exclamar al final:

"¡Ah, si él supiera escribir; si él José Pedro Valverde, huaso tarambana e inquieto, hubiera estudiado más allá de unas pocas lecturas, qué paliza podría darles a esos señores racionalistas!

En la última evocación "Aguila Vieja", Barrios nos presenta a su héroe pasada la setentena. Ha muerto su compadre Joaquín muy viejecito dejándole a José Pedro la mitad de su fortuna. Siempre refranero y chistoso, don Joaco había dicho:

"Desde que el mundo es mundo se mea siempre la bestia donde no falta humedad".

Si piensan algunos que ha de guardar uno para dejarles a los pobres; Buena Cosa! Lo dispersarían todo, malbaratado a migajitas. ¡Y adiós riqueza que necesita el mundo! Los infelices pobres...uy!

También ha muerto en Santiago, la octogenaria doña Carmela Burgos legándole a José Pedro el potrero de la Mielería denominado El Infiel, pero con el encargo expreso de que se le llamara, en adelante, El Fiel. Así pagaba los favores recibidos.

Sus dos hijas, casadas con diplomáticos, vivían con sus nietos en Europa y Antuco, ya treintón, era en porte y carácter su fiel imagen.

Junto a Marisabel, había visto llegar las maquinarias a su hacienda y con ellas mayor progreso, el que se acrecentó con estación ferroviaria propia en La Huerta. Podrían haberse calmado las aguas revueltas de su genio, aligerarse un tanto su indole, pero en su conducta el ex abrupto permanecía cotidiano. Al respecto, el narrador ilustra:

"Cierta inspector de impuestos, quien investido de la severidad de la ley, venía para sellar el alambique y la vasija del aguardiente. Don José Pedro se negó, desde luego, a obedecer el precepto legal. Desconocía este nuevo disparate de los legisladores, de los "eternos inconscientes enemigos de la producción". Entre agresivo y sarcástico dijo que él y sólo él mandaba en su fundo".

Naturalmente que no se dejó esperar la segunda visita del inspector de impuestos, pero esta vez con un ministro de fe y con la fuerza pública. Sigamos el relato:

"-Adelante, conmigo, inspector. Pase usted también señor ministro y presencie la conclusión de este asunto....Se interrumpió ante cierto movimiento de los policías:

-Alto, ustedes no. Pacos no pisan mi casa. ¡No faltaba más!

En cuanto se hallaron delante del alambique, sin que mediaran pausas, el patrón puso en práctica sus determinaciones:

-Pascual, el hacha. La grande, la de monte.

-¿Hacha? - murmuró extrañado el inspector, que sacaba ya de su maletín sellos, lacres y ligamentos.....

De pronto, cogida la herramienta con ambos puños, se alza con los brazos formidables y cae, corta, insiste, golpea, derriba, muele, hace añicos serpentín, caldero, tinajas.

-¡Servidos! Cuenten a sus amos ahora que ya don José Pedro Valverde no destila más y que pueden, por lo tanto, guardarse sus sellos y sus lacres.....donde menos les incomoden".

Bien pudo allí terminar la diligencia del inspector, en un marco tan airado por la prepotencia del iracundo patrón, pero el asunto deriva en lo que fue usanza del terrateniente remiso a todo respeto, aun el de la ley.

El tumulto causado por la destrucción de las instalaciones de la destilaría de aguardiente impacientó a los policías que habían quedado en la entrada, y trataron de entrar. Fueron impedidos por una peonada al mando del inquilino Bruno y desarmados:

"Avanzó, entonces, don José Pedro hasta los policías. Le ardía el ceño de fiera.

-¡Basta, largo de aquí!

-Es que.....

-¡Largo de aquí o....!

-Es que las armas - se atrevió a rezongar un polizonte.

-Claro. Sin las armas no nos vamos.

-¿Con que no? Mejor. Métenlos adentro.

No sólo entraron los policías, sino que fueron llevados al bodegón de los castigos y colgados de la barra, por orden de José Pedro. Así, debieron pasar toda la noche.

Si sorprende semejante abuso de poder, extraña más aún la reacción de la autoridad superior, puesto que en vez de adoptar una actitud correctiva, muestra una mansedumbre que el narrador explica sin ningún rubor y que, sin embargo, resulta odiosa:

"Sabedores del genio de aquel gran señor, las autoridades habían escogido un hombre prudente para desempeñar la misión. Traía este oficial carta del gobernador, un correligionario del partido, que debía el cargo a su cacique don José Pedro Valverde".

Aquello de dura lex, sed lex, no imperaba en los dominios del héroe de Barrios, y cuando se ve obligado por la autoridad a arrancar sus viñedos reclama airado como es su costumbre y teoriza:

"Los famosos tiempos modernos, ellos tienen dentro la locura. Y sus modernistas, que sin distingos dictan leyes contra el sentido de los hombres que hemos hecho de Chile un país. Esos políticos de hoy, envenenadores sociales por ambición egoista, ellos, sobre todos ellos, tienen la culpa. Cuando menos lo pensemos no se podrá trabajar. No hay gobierno, no hay autoridad, no hay moral pública..... porque tampoco hay partido de orden. Al mío, lo desconozco. Dice que "evoluciona" ¡Mentira!"

A una nueva visita del inspector de impuestos y comitiva responde José Pedro Valverde consecuentemente a su airada existencia. Ello le significaría a la postre, el comienzo de su fin:

"-¡Ah! Pero juré recibirlos a tiros y a tiros los recibí - fueron las primeras palabras del caballero cuando lo bajaron mal herido del coche y lo subieron a su dormitorio"

No obstante, llegado el momento de expirar, el narrador le impone un fin muy distante del que debió ser:

"Fue una sobria, austera y breve agonía, sin horrores".

LA CASA DE LOS ESPIRITUS

Esta novela puede ser enfocada desde el simbolizar la acción de sus variados y bien estructurados personajes inmersos en la casa patriarcal, o tomando uno de ellos en particular, como es el caso de Esteban Trueba. Pero uno y otro camino nos lleva al mismo fin, dado que la trama está tejida de tal forma, que ambos forman un denso y rico argumento en el que tres generaciones se amalgaman en el devenir de un trozo de la vida chilena.

Asimismo, podemos analizarla como una tesis sobre el dinamismo del acontecer de un país. Que las estructuras sociales no son estáticas. Que se pueden producir conmociones que cambian el ritmo y el estilo en la vida de una nación, llenando de horror y tragedia a sus habitantes, como ocurrió en la gran casa esquina del opulento senador Trueba.

Para nuestro estudio, pondremos la mira sobre Esteban Trueba, personaje muy semejante a los otros dos estudiados, puesto que su opulencia también proviene de la tenencia de tierras, el fundo Las Tres Marías. Además, su temperamento puede compararse, sin riesgo alguno, con el de Mendoza y Valverde. Trueba es también el hacendado que organiza y da vida a una comunidad agrícola y que al mismo tiempo, estimula y da cierto bienestar a sus hombres, a cambio de imponer su propia ley y actuar como un ser superior sobre el campesinado pobre. Cree tener siempre la razón y no tolera que nadie se desvíe del ejercicio de sus mandatos o disposiciones.

La narración de La Casa de los Espíritus fluye desde dos voces diferentes: una, en tercera persona, de un narrador que podemos identificar con la autora y que establece la relación entre la autobiografía y lo novelado, entre lo soñado y recordado y la mixtura imaginativa. Otra, en primera persona, por voz del senador Trueba que acentúa la veracidad y ayuda al lector a entrar en los cambiantes pasajes de la novela. Finalmente un epílogo de la mano de Alba Trueba, la nieta torturada, que recoge para su narración los cuadernos escritos antaño por su abuela Clara, y con los cuales Isabel Allende comienza su novela. En este epílogo, la vida del senador ha concluido, también la de su imperio y sus empresas.

La joven que estimula a Esteban para hacerse rico lo antes posible, es Rosa, la bella, una de las hijas de Severo del Valle, próspero abogado, ateo y masón y que, sin embargo, asistía a misa con toda su familia, porque convenía a sus ambiciones políticas. Esteban se enamora perdidamente de Rosa cuando la descubre un día:

"Habría tenido que ser un tarado para no ver esa aparición que provocaba tumulto a su paso.....con ese increíble pelo verde que le enmarcaba la cara como un sombrero de fantasía, su porte de hada y esa manera de moverse como si fuera volando".

Esteban Trueba pertenecía a ese tipo de nivel social que llamamos "clase media" y que tiene sus propias y bien definidas características y de la que, cual más o cual menos, trata de abandonar con afanes trepadores en los que se va la vida, sin lograr la notoriedad y el prestigio ansiados. Había crecido en una casa arruinada, presenciando el deterioro moral y económico de su padre y luego, la lenta artritis de su madre, que la fue postrando definitivamente en su silla de ruedas, en su viudez y en su desolación:

"Esteban recordaba su infancia y su juventud, sus trajes estrechos....sus camisas remendadas con cuidado y su soledad. Férula, cinco años mayor, lavaba y almidonaba día por medio sus dos únicas camisas, para que estuviera siempre pulcro y bien presentado y le recordaba que por el lado de la madre llevaba el apellido más noble y linajudo del Virreinato de Lima".

Pero este pasado de estirpe no le servía a la familia Trueba para subsistir sin privaciones. Y Esteban recordaría siempre sus caminatas al colegio por carecer de los centavos para el tranvía, su falta de ropa adecuada para abrigarse en invierno, y el único brasero en la pieza de su madre, cuando apretaba el frío. De esta existencia de ayunos, de incomodidades, de asperezas, de interminables rosarios nocturnos, de miedos y culpas, guardó Esteban un sostenido resentimiento sin dejar de mano su orgullo.

Cuando las entradas de Férula como modista no alcanzaron para mantener el hogar, Esteban entró a trabajar en una Notaría, siendo casi un muchacho. Así, interrumpió definitivamente sus estudios. Allí estaba, como un simple empleado, cuando Rosa, la bella, entró en su vida:

"Como un ángel distraído que al pasar me robó el alma".

No le fue difícil a Esteban vencer el cerco para llegar hasta Rosa ayudado por la amistad dominguera que Férula mantenía con las niñas del Valle, en sus semanales viajes a misa. Y no sólo fue aceptado por los padres, sino que sin darse cuenta y un tanto extrañado, Rosa lo aceptó como prometido. Sabría más adelante, por Nivea, madre de Rosa, que a pesar de la sobrenatural belleza e innumerables virtudes de su novia, todos los pretendientes se elejaban, ya que ningún hombre se sentía lo bastante fuerte como para pasar la vida defendiendo a Rosa de las apetencias de los demás.

Para desposar a Rosa, Esteban necesita consolidar su situación económica. Carente de una profesión y de capital, busca un medio rápido de hacer fortuna, orientando sus pasos en la explotación de una mina metalífera. Con la ayuda del prestigio del apellido de su madre, obtiene la concesión de una mina de oro en el Norte, afianzado por un banco:

"Me hice el propósito de sacarle hasta el último gramo del precioso metal, aunque para ello tuviera que estrujar el cerro con mis propias manos y moler las rocas a patadas. Por Rosa estaba dispuesto a eso y mucho más"

Pero nuestro héroe pierde a su bella amada. Una garrafa de aguardiente envenenado enviada como regalo a Severo del Valle, es la que desata la tragedia. La infausta noticia de su muerte la recibe Esteban cuando la fortuna le empieza a sonreír:

"Ese día había sido un día muy feliz para mí, porque había aparecido una nueva veta, la gorda y maravillosa veta que había perseguido todo ese tiempo de sacrificio, de ausencia y de espera, y que podría representar la riqueza que yo deseaba".
.....
Sentí que sin Rosa la vida no tenía significado para mí"

Esteban Trueba tenía veinticinco años, cuando sin^{el} ensueño dorado de Rosa, decide no volver más a la mina, dejando un capataz a su cuidado y explotación. Vuelca su mirada al campo, al fundo por años olvidado: Las Tres Marías. Nada lo detiene:

"-Creo que me iré al campo, a La Tres Marías.
-Eso es una ruina, Esteban. Siempre te he dicho que es mejor vender esa tierra, pero tú eres testarudo como una mula.
-Nunca hay que vender la tierra. Es lo único que queda cuando todo lo demás se acaba."

Hasta entonces, la existencia de Esteban se enmarcaba en la mesura y frugalidad. No bebía como un rechazo consciente a la imagen que guardaba de su padre con el perenne vaso de licor a mano. Carecía del don sociable y sus amigos eran escasos, huyendo de fiestas y bullangas. En sus relaciones con mujeres, no le quedaba otro camino, en aquellos tiempos, de acudir al amor fácil de las prostitutas. Su aspecto exterior lo traza la autora con pinceladas de excelente factura:

"Caminaba muy erguido, con la cabeza ligeramente hacia atrás y un poco ladeada, mirando de reojo con una mezcla de altanería, desconfianza y miopía. Ese gesto habría sido desagradable si sus ojos no hubieran sido sorprendentemente dulces y claros. Su postura, tan tiesa, era propia de un hombre grueso y bajo que quisiera aparecer más alto, pero él medía un metro ochenta y era muy delgado..... Tenía un rostro muy armonioso, a pesar del gesto adusto y sombrío y su frecuente expresión de mal humor....."

"Su rasgo predominante era el mal genio y la tendencia a ponerse violento y perder la cabeza.....
Más tarde aprendió a dominarse, pero le quedó a lo largo de toda su vida, aquella ira siempre pronta, que requería muy poco estímulo para aflorar en ataques terribles".

A once kilómetros del pueblo de San Lucas estaba lo que había sido el fundo Las Tres Marías. A Esteban le bastó una sola mirada para comprender que se necesitarían fuerzas titánicas para rescatar todo de la desolación:

"No había ni la sugerencia de potreros, ni restos de los viñedos que él recordaba, nadie que saliera a recibirlo... La casa del fundo que todavía se mantenía en pie, aparecía como una visión de pesadumbre, llena de escombros, de alambres de gallinero en el suelo, de basura. Tenía la mitad de las tejas rotas y había una enredadera salvaje que se metía por las ventanas y cubría casi todas las paredes. Alrededor de la casa vio algunos ranchos de adobe sin blanquear, sin ventanas y con techos de paja, negros de hollín".

El ruido de las ruedas de la carreta y las maldiciones de su conductor hicieron que los ocupantes de los ranchos fueran apareciendo poco a poco. Miraban a los recién llegados con extrañeza y desconfianza. Durante quince años ningún patrón había visitado el fundo, terminando por aceptar que ya no lo tenían. Nadie reconoció a Esteban como aquel niño de rizos castaños que mucho tiempo atrás jugaba en ese mismo patio. A su vez, tampoco él pudo recordar a ninguno:

"Formaban un grupo miserable. Vio varias mujeres de edad indefinida, con la piel agrietada y seca, algunas aparentemente embarazadas, todas vestidas con harapos descoloridos y descalzas. Calculó que había, por lo menos, una docenas de niños de todas las edades. Los menores estaban desnudos. Otros rostros se asomaban en los umbrales de las puertas, sin atreverse a salir".

Cuando Esteban entró a la casa patronal, el abandono y el deterioro era tal, que sintió que todo aquello era peor que el hoyo de la mina. Pero no se amilanó y cuando terminó el recorrido por piezas y cocina, tenía las ideas más claras. Decidió que para calmar la pena y la rabia de haber perdido a Rosa, lo mejor era trabajar denodadamente esa tierra arruinada. Entonces, quitándose su abrigo, salió al patio y dijo:

"-¿Dónde están los hombres? El único hombre joven dio un paso adelante. Probablemente tenía la misma edad de Esteban Trueta, pero se veía mayor.
-Se fueron - dijo.

"-¿Cómo te llamas?

-Pedro Segundo García, señor.

-Yo soy el patrón ahora. Se acabó la fiesta. Vamos a trabajar. Al que no le guste la idea, que se vaya de inmediato. Al que se quede no le faltará de comer, pero tendrá que esforzarse. No quiero flojos ni gente insolente, ¿me oyeron?

.....
-Entendimos, patrón - dijo Pedro Segundo García - No tenemos donde ir, siempre hemos vivido aquí. Nos quedamos".

De este modo, comenzó la nueva vida que, con el tiempo habría hacer olvidar a Esteban el doloroso recuerdo de su amada Rosa.

Los primeros meses Esteban Trueba estuvo tan ocupado canalizando el agua, cavando pozos, sacando piedras, limpiando potreros y reparando los gallineros y los establos, que no tuvo tiempo en pesar en nada. Se acostaba rendido y se levantaba al alba, tomando un magro desayuno en la cocina y partía a caballo a vigilar las labores del campo. Sus pulcros hábitos iniciales, cambio de ropa y baño diario, fueron abandonados, aunque siguió bañándose a diario, pero se despreocupó de su ropa y de sus modales. Y para calmar su sexualidad escogió a la hija quinceañera de uno de sus inquilinos: Pancha García. La llevó a servir a la casa patronal y por un tiempo el mal humor del patrón se mitigó un tanto.

Para sacar a Las Tres Marías de la miseria, Esteban destinó todo el dinero que había ahorrado para casarse con Rosa y todo lo que le enviaba el capataz de la mina, pero no fue el dinero el que salvó al pueblo, sino el trabajo y la organización. Cada hombre, mujer, anciano y niño que estuviera en condiciones para trabajar, fue empleado por el patrón, ansioso por recuperar el largo abandono. Así, pronto se dispuso de una granero y despensas para guardar alimentos para el invierno, como charquis de caballo y cerdo ahumado. Modernizaron entre todos, la lechería para aumentar la producción de lácteos.

Como Esteban Trueba tenía la ambición de que todos los adultos y niños de Las Tres Marías debían aprender a leer, escribir y sumar, aunque no era partidario de que adquirieran otros conocimientos, para que no les llenara la cabeza con ideas inapropiadas a su estado y condición, hizo construir una escuela de seis aulas. Pero, como ningún maestro quiso irse a esas lejanías a dictar clases, repartió silabarios, cuadernos y lápices entre sus inquilinos y la escuela devino en taller de costura a cargo de Pancha García, a quien mucho le costó entender las instrucciones que traía la flamante máquina de coser. Repartió telas entre el mujerío para que se confeccionaran sus propias prendas y la de sus chiquillos.

Poco más adelante, Trueba organiza una pulpería. Era un modesto almacén donde los inquilinos podían comprar lo necesario sin tener que hacer el viaje en carreta hasta San Lucas. El patrón compraba las mercaderías al por mayor y lo revendía al mismo precio a sus trabajadores. Cada trabajador tenía, además, derecho a un trozo de tierra para cultivar en su tiempo libre, seis gallinas por año, una porción de semillas, una parte de la cosecha que cubriera sus necesidades, pan y leche para el día y cincuenta pesos para Navidad y Fiestas Patrias. El jabón de lavar, la lana para tejer y el jarabe para fortalecer los pulmones eran distribuidos gratuitamente, porque Esteban Trueba no quería a su alrededor gente sucia, con frío o enferma. Un día leyó en la enciclopedia que le había encargado a su hermana Férula, el valor de las vitaminas. Sufría rabieta cada vez que comprobaba que los campesinos daban a los niños sólo el pan y alimentaban a los cerdos con la leche y los huevos.

Para seguir los pormenores de la guerra en Europa pidió a la capital un radio a baterías colocando los avances y retrocesos de sus favoritos en un papel pegado al pizarrón de la escuela, ante la indiferencia absoluta de sus inquilinos que no entendían nada al respecto. Sólo Pedro Segundo García seguía con atención las escaramuzas del conflicto. No obstante, esa afición común no consiguió acercarlos.

Trueba sabía que ese rudo campesino era más inteligente que los demás. Era el único que sabía leer y era capaz de mantener una conversación de más de tres frases. Era lo más parecido a un amigo que tenía en cien kilómetros a la redonda, pero su monumental orgullo le impedía reconocerle ninguna virtud, excepto aquellas propias de su condición de buen peón de campo. Por su parte, Pedro Segundo lo odiaba, aunque jamás supo qué era ese sentimiento tormentoso que le abrasaba el alma y lo llenaba de confusión. Era una mezcla de miedo y de rencorosa admiración. Presentía que nunca se atrevería hacerle frente, puesto que era el patrón. Tendría que soportar sus rabieta, sus órdenes desconsideradas y su prepotencia durante el resto de su vida. Además, antes de la venida de Esteban Trueba él había asumido en forma natural el mando de la pequeña tribu que sobrevivió en esas tierras olvidadas. Se había acostumbrado a ser respetado, a mandar, a tomar decisiones, pero ahora le había cambiado la vida, aunque admitía que ahora vivían mejor, que no pasaban hambre y que estaban más protegidos y seguros. Si veía pasar a su hermana Pancha por el corredor de la casa patronal, con el vaivén pesado de la hembra satisfecha, agachaba la cabeza y callaba.

Tan pronto como Pancha se embarazó y pasaron los meses, abandonó la casa patronal y regresó al rancho de sus padres. Siguió trabajando en la cocina patronal, amasando el pan y cosiendo a máquina. Finalmente, evitó a Esteban Trueba, puesto que nada tenían que compartir.

En el transcurso de los diez años siguientes, Esteban Trueba se convirtió en el patrón más respetado de la región. Construyó casas de ladrillos para sus trabajadores; trajo un maestro para la escuela y subió el nivel de vida de todo el mundo en sus tierras. Las Tres Marías era un buen negocio que no requería la ayuda de su mina de oro, sino por el contrario, sirvió de garantía para prorrogar la concesión de ella.

A medida que fue acumulando años, el mal carácter de Trueba se fue acrecentando. No toleraba ninguna contradicción y el menor desacuerdo lo estimaba como una provocación. Por otra parte, su lascivia iba en aumento no respetando a mujer alguna, fuera una muchacha o adulta. Utilizaba el bosque, la cercanía de los ríos o su camastro de fierro forjado, para recrear sus apetitos. Cuando no quedaron disponibles las mujeres de su fundo, las buscó en las haciendas vecinas violándolas en los atardeceres, sin preocuparse de los resultados porque no le temía a nadie. Las venganzas por sus tropelías se hicieron cada vez más esporádicas, porque todo el mundo sabía que contaba con toda impunidad ante la escasa e ineficiente gendarmería rural. Algunos campesinos que se atrevieron a pedirle cuenta sobre sus hijas, fueron hallados muertos acribillados a tiros de escopeta, mientras su fama de rajadiablos invadía el territorio. Así, fue sembrando la región de bastardos, allegando odios y acumulando culpas que no le inquietaban, porque se le había adobado el alma y enmudecido la conciencia con la opulencia y poder obtenidos.

No le costó mucho a Trueba agrandar Las Tres Marías con la adquisición de dos fundos vecinos, y transformarla en una gran hacienda modelo, inversión que resultó de insospechados resultados cuando la carretera principal se trazó por sus tierras.

Pero a pesar de los adelantos proporcionados a sus campesinos, habían quejas. Pedro Segundo García y el viejo cura del hospital de las monjas en vano trataban de hacerle ver que no eran las casitas de ladrillos, ni los litros de leche que hacían a un buen patrón, o a un buen cristiano, sino dar a su gente un sueldo decente en vez de vales, un horario de trabajo que no les moliera los riñones y un poco de respeto y dignidad.

Como Trueba no era una excepción respondió en la inveterada manera con que lo han hecho los grandes empresarios, ya sean del campo o de la ciudad:

"-Son ideas degeneradas - mascullaba - Ideas bolcheviques para soliviantarme a los inquilinos. No se dan cuenta que esta pobre gente no tiene cultura ni educación, no pueden asumir responsabilidades, son niños....."

"Mi gente está muy bien ¿Qué más quieren? No les falta nada. Si se quejan es de puro mal agradecidos. Tienen casas de ladrillos,.....¿Hay otro fundo por aquí que tenga su propia escuela? ¡No! Siempre que puedo, les llevo al cura para que les diga unas misas, así es que no sé por qué viene el cura a hablarme de justicia. No tiene que meterse en lo que no sabe y no es de su incumbencia.... Con estos pobres diablos hay que tener la mano dura, es el único lenguaje que entienden....."

¿Recordaría Esteban, alguna vez en su opulencia, cómo su hermana, para liberarlo del frío en invierno, le forraba el pecho y la espalda con diarios viejos? ¿Recordaría las sopas grasientas y el pescado cocido, viandas habituales en sus días de niño? ¿Recordaría que tuvo que esperar su primer sueldo en la Notaría, para saborear por primera vez un café vienés en el Hotel Francés? Recordaría sus camisas y ropas parchadas; el alumbrarse con una única vela en la pieza de su madre? No. Esos recuerdos no asoman jamás. Quedan en el desván herméticamente cerrado del inconsciente de aquellos hombres que hacen del orgullo el objeto de su existencia:

"Si uno se ablanda no lo respetan, No niego que muchas veces he sido muy severo, pero siempre he sido justo. ¡No saben limpiarse al traste y quieren derecho a voto! Si no saben donde están parados, ¿cómo van a saber de política? Son capaces de votar por los comunistas, como los mineros del Norte, que con sus huelgas perjudican a todo el país, justamente cuando el precio del mineral está en su punto máximo. Mandar a la tropa es lo que haría yo en el Norte, para que les corran balas, a ver si aprenden de una vez por todas. Por desgracia el garrote es lo único que funciona en estos países"

De los sin número de bastardos que fue engendrando en la región sólo uno reconoció como hijo suyo, el que le dio Pancha García. Trueba tenía la seguridad que era una niña virgen cuando quedó embarazada. Llevaría su mismo nombre: Esteban. A todas las demás que acudían a reclamar la paternidad, las ponía en el camino con un par de billetes y la amenaza que si volvían a importunarlo, la sacaría a rebencazos. Pensaba que cuando quisiera tener descendencia buscaría una mujer de su clase, con bendición de la Iglesia.

La guerra europea, mientras tanto, había terminado consolidándose ideas democráticas tras el aplastamiento de las teorías totalitarias que habían sumido al mundo en cuatro años de pesadilla. En Chile, estaba por verificarse elecciones presidenciales, y comenzaron a infiltrarse en los fundos los delegados de los nuevos partidos de avanzada disfrazados de evangélicos con una biblia en una mano y los panfletos marxistas en la otra.

Esteban Trueba y otros terratenientes de la región, se reunían en almuerzos en el club del pueblo para ponerse de acuerdo cómo lo harían para acarrear a los campesinos y asegurar la victoria del candidato conservador. Estos encuentros terminaban invariablemente en borracheras y al anochecer todos dirigían sus pasos al único burdel de la localidad. Esteban Trueba iba al lupanar porque no había otro lugar de diversión, pero no era hombre de prostitutas. No le gustaba pagar por lo que podía obtener gratis entre el mujeriego del contorno. Sin embargo, mostraba preferencia por una asilada muy joven, : Tránsito Soto. Un día, en que Esteban se sintió generoso, lo que era muy raro en él, le preguntó a Tránsito Soto si le gustaría que le hiciera un regalo:

- "-¡Préstame cincuenta pesos, patrón!
- Es mucha plata. ¿Para qué la quieres?
- Para un pasaje en tren, un vestido rojo, unos zapatos con tacón, un frasco de perfume y para hacerme la permanente. Es todo lo que necesito para empezar. Se los voy a devolver algún día, patrón. Con intereses.
- Esteban lo dio los cincuenta pesos y le dijo:
- Lo único que siento es que no te voy a volver a ver, Tránsito. Me había acostumbrado a tí.
- Sí nos vamos a ver, patrón. La vida es larga y tiene muchas vueltas."

Aquellas palabras habrían de resultar proféticas. Será Tránsito Soto la que lanzará a la libertad a la nieta de Esteban, Alba Trueba cuando advino un nuevo orden.

Cuando Rosa, la bella, murió, su pequeña hermana Clara perdió el habla. Tenía la terrible duda de que su hermana había muerto porque ella lo había anunciado. Creía que así como la fuerza de su mente podía mover el salero en la mesa, podía ser la causa de las muertes, de los temblores y otras desgracias. En vano su madre le había explicado que ella no podía provocar los acontecimientos. Sólo cuando después de soplar las diecinueve velas de su pastel de chocolate, estrenó una voz que había estado guardada por años:

- "-Pronto me voy a casar - dijo.
- ¿Con quién? - preguntó Severo.
- Con el novio de Rosa - respondió ella.

Nadie tenía idea en ese momento que Esteban Trueba recién había llegado a Santiago porque su madre se encontraba maribunda y, además, porque tenía planeado visitar al matrimonio del Valle para elegir a una esposa entre las hijas que él recordaba. Don Severo y doña Nivea le contaron con toda honestidad que Clara, la menor, era la única disponible pero que era una niña estrafalaria, poco apta para las responsabilidades matrimoniales y la vida doméstica. Pero Esteban Trueba no se dejó intimidar por historias de fantasmas que deambulan por los corredores, por objetos que se mueven a distancia con el poder de la mente o por presagios de mala suerte y mucho menos, por el prolongado silencio que consideraba una virtud.

Para alojar a la numerosa familia que pensaba tener con Clara, Esteban Trueba hizo construir un palacete de estilo clásico, ventanas grandes e iluminadas. Su casa debía ser el reflejo de él, de su familia y del prestigio que pensaba darle a su apellido que su padre había manchado. Deseaba que el esplendor se notara desde la calle; por eso hizo diseñar un jardín francés con macrocarpa versallesca, macizos de flores, un prado liso y perfecto, surtidores de agua y algunas estatuas representando a los dioses del Olimpo. Sería lo que la gente llamó "la gran casa de la esquina". Pero lo que no estaba en el primitivo proyecto era:

"Aquella mansión solemne.....acabaría llenándose de protuberancias y adherencias, de múltiples escaleras torcidas que conducían a lugares vagos, de torreones, de ventanucos que no se abrían, de puertas suspendidas en el vacío, de corredores torcidos y ojos de buey que comunicaban los cuartos para hablarse a la hora de siesta, de acuerdo a la inspiración de Clara, que cada vez que necesitaba instalar un nuevo huésped, mandaría fabricar otra habitación en cualquier parte y si los espíritus le indicaban que había un tesoro oculto o un cadáver insepulto en las fundaciones, echaría abajo un muro, hasta dejar la mansión convertida en un laberinto encantado imposible de limpiar, que desafiaba numerosas leyes urbanísticas y municipales.

El primer alumbramiento de Clara, fue una niña morena, delgada y algo peluda, que fue el desconsuelo de Esteban; él quería un varón para lucir el legítimo apellido Trueba. Para Clara, cuya existencia pasaba en las nubes y parecía que nada terrenal le interesaba, el nacimiento de Blanca la llenó de felicidad. Desoyendo todo consejo, la amamantó cuando pudo, hablándole jamás con diminutivos, sino con un lenguaje adulto. Pronto la niña dio muestras de gran progreso: hablaba correctamente y comía sola, debido al sistema de su madre de tratarla como persona mayor. Cuando le habían salido todos sus dientes, la familia decidió pasar el verano en "Las Tres Marías, lugar que Clara conocía de oídas. El frondoso equipaje lo describe así la autora:

"Alquilaron un vagón especial en el tren para desplazarse con el increíble equipaje y los sirvientes que Férrula consideró necesario llevar, además de las jaulas de los pájaros, que Clara no quiso abandonar y las cajas de juguetes de Blanca, llenas de arlequines mecánicos, figuritas de loza, animales de trapo, bailarinas de cuerda y muñecas con pelo de gente y articulaciones humanas, que viajaban con sus propios vestidos, coches y vajillas. Al ver aquella multitud desconcertada y nerviosa y aquel tumulto de bártulos, Esteban se sintió derrotado por primera vez en su vida, especial-

mente cuando descubrió entre el equipaje un San Antonio de tamaño natural, con ojos estrábicos y sandalias repujadas".

Para darles la bienvenida, todo el inquilinaje, con Pedro Segundo García al frente, como administrador, esperaban en silencio. Entre ellos había un niño que tenía aproximadamente la misma edad de Blanca, desnudo, moquillento, con la barriga inflada por los parásitos, provisto de hermosos ojos negros y con expresión de anciano. Era el hijo del administrador, esto es, Pedro Tercero García.

Con el mismo entusiasmo que Clara gastaba en dedicarse al espiritismo y hechos sobrenaturales, visitaba los conventillos y repartía entre los pobres regalos y consuelos:

"- Esto sirve para tranquilizarnos la conciencia, hija - explicaba a Blanca - Pero no ayuda a los pobres. No necesitan caridad, sino justicia"

Esa justicia era la que comenzaba a predicar Pedro Tercero en Las Tres Marías. Era el único que se atrevía a desafiar al patrón, a pesar de los castigos que le proporcionaba su padre:

"Desde muy joven el muchacho hacía viajes sin permiso al pueblo para conseguir libros prestados, leer los periódicos y conversar con el maestro de la escuela, un comunista ardiente a quien años más tarde lo matarían de un balazo entre los ojos.....
.....

También se reunía en San Lucas con el gigantesco y magnífico padre José Dulce María, un sacerdote español con la cabeza llena de ideas revolucionarias que le valieron ser relegado por la Compañía de Jesús a aquel perdido rincón del mundo, pero ni por eso renunció a transformar las parábolas bíblicas en panfletos socialistas.

El día que Pedro Tercero García fue descubierto por su patrón sublevando los espíritus, recibió una tunde de azotes:

-¡Este es el primer aviso, mocoso de mierda! La próxima vez que te encuentre molestándome a la gente, te meto preso. En mi propiedad no quiero revoltosos.....Tu no me gustas. Te aguanto por tu padre que me ha servido lealmente por años"

Pero Esteban Trueba ignoraba que aquel muchacho moreno, de facciones duras como esculpidas en piedra, con grandes ojos tristes, pelo negro y tieso como un cepillo, tenía sólo dos amores: su padre y la hija del patrón. Tampoco Blanca escapaba a esa atracción, puesto que desde aquel lejano día de su infancia en que lo vio por primera vez e inició sus juegos con él, el amor fue abarcándola:

"Cada vez que iba de vacaciones al campo y llegaba a Las Tres Marías en medio de la

polvareda sentía el corazón batiéndole como un tambor africano de impaciencia y de ansiedad. Ella era la primera en saltar del vehículo y echar a correr hacia la casa, y siempre encontraba a Pedro Tercero García en el mismo sitio donde se vieron por primera vez, de pie en el umbral, medio oculto por la sombra de la puerta, tímido y hosco, con sus pantalones raídos, descalzo, sus ojos de viejo escrutando el camino para verla. Los dos corrían, se abrazaban, se besaban, se reían..... " -
-¡Párate, chiquilla! ¡Deja a ese roñoso! - chillaba la Nana procurando separarlos.
-Déjalos, Nana, son niños y se quieren - decía Clara, que sabía más."

Cuando Blanca y Pedro Tercero recién entreaban en la adolescencia se convirtieron en amantes en el mismo sitio donde se daban cita todos los veranos, y donde muchos años antes Esteban Trueba se había apoderado de la humilde virginidad de Pancha García. De los genes paternos, Blanca había heredado el porte señorial, el rictus soberbio, la piel aceitunada y los ojos oscuros, mientras que de su madre lucía la dulzura como rasgo predominante. Se había convertido en una criatura adorable, sin la más remota inclinación por el espiritismo de su madre o por las rabieta de su padre, mostrando equilibrio y serenidad en sus acciones. A su vez, Pedro Tercero era un mozo delgado y alto con el mismo cabello tieso y los mismos ojos tristes, pero cuya voz había adquirido una tonalidad ronca y apasionada con la que sería conocido más tarde, cuando cantara a la revolución:

"Hablabo poco y era hosco y torpe en el trato, pero tierno y delicado con las manos, tenía largos dedos de artista con los que tallaba, arrancaba lamentos a las cuerdas de la guitarra y dibujaba con la misma facilidad con que sujetaba las riendas de un caballo, blandía el hacha para cortar la leña o guiaba el arado. Era el único en Las Tres Marías que se atrevía a mirar al patrón a los ojos...."

Debieron pasar tres veranos más, para que Clara descubriera la pasión que embargaba a los jóvenes. Fue en vísperas del gran terremoto que asoló la parte central y sur del país. Minutos antes del cataclismo, a medianoche, corrió al dormitorio de Blanca para prevenirla de los malos presagios que le enviaban los espíritus, pero la puerta estaba cerrada con tranca. Al no responderle nadie a sus llamados, salió corriendo al patio y vio que la ventana de la pieza de su hija, estaba abierta de par en par, y las hortensias plantadas por Férula pisoteadas. Recién, entonces, comprendió Clara las ojeras de Blanca, su desgano y su silencio somnoliento. En ese mismo instante la tierra comenzó a sacudirse, y con tal violencia que la casa de Las Tres Marías se derrumbó en una nube de polvo. Esteban Trueba resultó ser el único damnificado al no alcanzar a salir del umbral de la puerta, quedando atrapado bajo los escombros.

Sin embargo, Esteban Trueba no murió. Correspondió a Pedro García, el viejo, reconstituir el esqueleto de su patrón colocando en su sitio hueso tras hueso. Al anciano campesino le sobraba sabiduría para componer toda clase de coyunturas y tras algunos meses de inmovilidad pudo Esteban volver a sus quehaceres y rabieta habituales.

Durante la invalidez del patrón, Pedro Segundo García volvió a asumir el cargo de administrador. Le correspondió organizar a los trabajadores, devolver la calma y reconstruir la ruina en que se había convertido la propiedad. En sus tareas lo secundaba malhumorado Pedro Tercero haciendo notar a su padre que ellos trabajaban de sol a sol para volver a poner en pie la riqueza del patrón y que ellos seguían siendo tan pobres como antes:

" - Siempre ha sido así, hijo. Usted no puede cambiar la ley de Dios - le replicaba su padre.

- Sí se puede cambiar, padre. Hay gente que lo está haciendo, pero aquí ni siquiera sabemos las noticias. En el mundo están pasando cosas importantes - argüía Pedro Tercero y le soltaba sin pausas el discurso del maestro comunista o del padre José Dulce María."

Pedro Tercero, aprovechando que la enfermedad del patrón había relajado la vigilancia introducía en Las Tres Marías los folletos prohibidos de los sindicalistas, los periódicos políticos del maestro y las versiones bíblicas del cura jesuita. Su padre, junto a su patrona Clara tenían enormes tareas y problemas que resolver para detenerse en examinar sus acciones. Pero un día cualquiera fue sorprendido en sus afanes y despedido con orden del patrón de no volver a pisar Las Tres Marías.

Blanca supo aquel suceso comiendo con sus padres. Clara recién la había traído de la capital por consejos de las monjas para que mejorara de su mal semblante y desgano. Esteban Trueba no advirtió la palidez de su hija cuando escuchó la noticia. Sólo estaba atento a su monólogo de siempre y que podríamos colocar en labios de los dos terratenientes anteriores, sin desconpaginar mucho el texto:

"¡Y todo por culpa de esos politicastros del demonio! Como ese nuevo candidato socialista, un fantoche que se atreve a cruzar el país de Norte a Sur en su tren de pacotilla, soliviantando a la gente de paz con su fanfarria bolchevique, pero más le vale que aquí no se acerque porque si se baja del tren, nosotros lo hacemos puré, ya que estamos preparados, no hay un solo patrón en toda la zona que no esté de acuerdo, no vamos a permitir que vengan a predicar contra el trabajo honrado, el premio justo para el que se esfuerza, la recompensa de los que salen adelante en la vida, no es posible que los flojos tengan lo mismo que nosotros, que laboramos de sol a sol y que sabemos invertir nuestro dinero, correr los riesgos, asumir las responsabilidades, porque si vamos al grano, el

el cuento de que la tierra es de quien la trabaja, se les va a dar vuelta, porque aquí el único que sabe trabajar soy yo, sin mí esto era una ruina y seguiría siéndolo, ni Cristo dijo que hay que repartir el fruto de nuestro esfuerzo con los flojos y ese mocoso de mierda, Pedro Tercero, se atreve a decirlo en mi propiedad, no le metí una bala en la cabeza porque estimo mucho a su padre y en cierta forma le debo la vida a su abuelo, pero si lo veo merodeando por aquí lo hago papilla a escopetazos".

.....
-No puedes impedir que el mundo cambie, Esteban. Si no es Pedro Tercero, será otro el que traiga las nuevas ideas a Las Tres Marías - dijo Clara.

La respuesta de Esteban fue un bastonazo a la sopera que Clara sostenía, lanzándola lejos. Blanca se levantó de la mesa horrorizada. Era la primera vez que veía el mal humor de su padre dirigido a su mujer. Y contra todo lo que esperaba, Clara no dio muestras de escuchar las groserías de su marido y cuando éste hubo terminado, le deseó buenas noches y se retiró con Blanca a dormir.

Es que Clara había cambiado. Ya no era la criatura angelical que escuchaba embelesada y ausente el ronroneo de los espíritus. El terremoto, no sólo había remecido la tierra sino también todas sus fibras interiores. Por primera vez en su vida se hizo cargo de dirigir su casa, vigilar labores y colaborar con Pedro Segundo en tomar decisiones:

"El único que podía recurrir en busca de ayuda, era a Pedro Segundo García. Ese hombre leal y silencioso estaba siempre presente, al alcance de su voz, dando algo de estabilidad al bamboleo borrascoso que había entrado en su vida. A menudo, al final del día, Clara lo buscaba para ofrecerle una taza de té. Se sentaban en sillas de mimbre bajo un alero, a esperar que llegar la noche a aliviar la tensión del día. Miraban la oscuridad que caía suavemente.....y se quedaban callados.....
Se conocían desde hacía más de quince años, estaban cerca todos los veranos, pero en total habían intercambiado muy pocas frases. El había visto a la patrona como una luminosa aparición estival, ajena a los afanes brutales de la vida, de una especie diferente a las demás mujeres que había conocido.....Secretamente le había jurado lealtad y, como un adolescente, a veces fantaseaba con la idea de dar la vida por ella. La apreciaba tanto como odiaba a Esteban Trueba"

Blanca no se inquietó por la ausencia de Pedro Tercero. Sabía que regresaría utilizando cualquier estratagema. Y así sucedió. A los pocos días llegó disfrazado de esos ancianos vendedores de ollas y otros utensilios colgados de un burro. Pero Blanca estaba temerosa. Le recordó a Pedro Tercero lo que le había sucedido a aquel dirigente

socialista que había sido asesinado en un fundo vecino por introducir panfletos y organizar a los inquilinos. Y que no sólo había sido asesinado sino puesto colgando de un poste del telégrafo para que sirviera de escarmiento por los hermanos Sanchez!

Pedro Tercero prometió a Blanca que se cuidaría de las acechanzas de Trueba y de las de otros terratenientes celadores a muerte de sus privilegios. Volvería cualquier día, cuando las circunstancias le fueran favorables.

Blanca no volvió a la capital. Inventó toda clase de síntomas y enfermedades hasta que su madre desistió en el regreso al colegio. Para distraerla de los males que Clara estimaba reales, le encomendó varias tareas como enseñar en la escuela, coser en el taller y encargarse de la enfermería. Hasta Pedro García, el viejo, se sintió tentado en entretener a la joven y comenzó a enseñarle a moldear la arcilla para hacer cacharros de cocina. Jamás imaginó aquel bondadoso campesino que estaba dando a Blanca lo que más tarde sería su único medio de vida y su consuelo en las horas más triste.

Desde el día que Pedro Tercero fue perseguido por los patrones de la región, ganó fama de héroe. Todos querían esconderlo por una noche; las mujeres le tejían ponchos y calcetines para el invierno y los hombres le guardaban el mejor aguardiente y el mejor charqui. Su padre, Pedro Segundo García, sospechaba que su hijo violaba la prohibición de Trueba y sentía una secreta alegría al atribuirle algunas de las cosas extrañas que estaban sucediendo en el campo. Lo único que no le pasó por su mente fue que las visitas de su hijo tuvieran relación con los paseos que Blanca Trueba hacía al río. Se sentía orgulloso de él y prefería verlo prófugo que sembrando papas y cosechando pobreza como todos los demás. Cuando escuchaba algunas de las canciones de gallinas y zorros, sonreía pensando que Pedro Tercero había conseguido más adeptos con sus baladas subversivas que con los panfletos del Partido Socialista que repartía incansablemente.

En una cena de políticos conservadores en el pueblo de San Lucas, con motivo de las próximas elecciones presidenciales, Esteban Trueba conoció al conde Jean de Satigny, atildado pisaverde que le propuso la instalación de un criadero de chinchillas para explotar sus pieles en lujosos abrigos de damas. Pero al fracasar el negocio, por motivos que ambos socios ignoraron, el francés no se desanimó. Quedaba otro motivo más para permanecer en Las Tres Marías y era nada menos que la hija del patrón, y sin mayor demora pidió su mano a Esteban Trueba. Pero ambos se sorprendieron cuando Blanca contestó con un rotundo no a las pretensiones del conde. Ni la llegada de los hermanos mellizos de Blanca que simpatizaron con el noble francés, hizo posible hacerla cambiar de opinión.

Por aquel entonces Pedro García, el viejo, murió sentado en su silla de mimbre al atardecer. A sus pies estaba sentado su bisnieto Esteban García que se entretenía en ensartar los ojos a un pollo con un clavo. Tenía alrededor de diez años y era hijo de Esteban García, el único bastardo de Trueba que llevó su nombre, aunque no su apellido. Su abuela, Pancha García, antes de morir tuvo tiempo de emponzoñar el alma del niño con la fantasía de que si su padre hubiera nacido en lugar de Blanca y los mellizos Jaime o Nicolas, él habría heredado Las Tres Marías. Y comenzó a vivir hostigado contra el patrón, contra la abuela seducida, contra su padre bastardo y contra su propio e inexorable destino de patán. En su interior reprochó con amargura la existencia oscura que Trueba había forjado para él y se sintió castigado, inclusive en los días en que llegó a la cima del poder y tuvo a toda la familia del patrón en sus manos.

Tras el rechazo de Blanca, el elegante conde francés comenzó a espiarla. La había visto saltar por la ventana vestida de hombre en muchas ocasiones. La seguía un tanto pero se devolvía temeroso de los perros, pero por la dirección que ella tomaba, suponía que iba al río. Tenía la seguridad que la joven tenía un amante sin mayor importancia y estaba dispuesto a disputársela. Y una noche, rogando que los perros no le saltaran encima, se dirigió al río, por el camino que otras veces había visto tomar a Blanca:

"En un recodo del paisaje, entre grandes piedras grises iluminadas por la luz de la luna, los vio tan cerca, que casi podía tocarlos. Estaban desnudos. El hombre estaba de espaldas, cara al cielo, con los ojos cerrados, pero no tuvo dificultad en reconocer al sacerdote jesuita que había ayudado la misa del funeral de Pedro García, el viejo. Eso lo sorprendió. Blanca dormía con la cabeza apoyada en el vientre liso y moreno de su amante. La tenue luz lunar ponía reflejos metálicos en sus cuerpos y Jean de Satigny se estremeció al ver la armonía de Blanca, que en ese momento le pareció perfecta.

.....
En la actitud de los amantes reconoció el abandono propio de quienes se conocen de muy largo tiempo. Aquello no tenía el aspecto de una aventura erótica de verano, como había supuesto, sino más bien de un matrimonio de la carne y el espíritu. Jean de Satigny no podía saber que Blanca y Pedro Tercero habían dormido así el primer día que se conocieron y que continuaron haciéndolo cada vez que pudieron a lo largo de esos años...."

Embargado por el despecho, el conde corrió a contarle a su anfitrión lo que sus ojos habían presenciado: su futura novia durmiendo en brazos del jesuita barbudo, desnudos a la luz de la luna. No le costó mucho a Esteban Trueba ^{adivinar} que el barbudo no era el padre José Dulce María, sino que el mismísimo Pedro Tercero García, aquel hijo de perra, que lo tendría que pagar con su vida.

Esteban Trueba no tuvo necesidad de llegar hasta el río, porque a medio camino se encontró con Blanca que regresaba a casa canturreando, con el pelo desordenado, la ropa enterrada y llena de felicidad. Al verla Esteban Trueba dio rienda suelta a su furibundo mal carácter y enderezando su cabalgadura contra ella la golpeó sin piedad, dándole un azote tras otro con su fusta, hasta que la joven cayó y quedó inmóvil en el barro. Su padre saltó del caballo, la sacudió para hacerla volver en sí y gritarle todos los insultos imaginables:

"-¡Quién es! ¡Dígame o la mato! - le exigió.
-No se lo diré nunca - sollozó ella."

Cuando Clara lavó a su hija, aplicó compresas frías en los moretones y la arrulló hasta conseguir tranquilizarla se enfrentó con su marido. Esteban dirigió toda su furia contra ella culpándola de haber criado a Blanca sin moral, sin religión, sin principios, como una atea libertina, peor aún sin sentido de clase, puesto que bien podría haberse entregado a un bien nacido y no a un patán, un cerebro caliente, un ocioso bueno para nada:

"-¡Debí haberlo matado cuando se lo prometí!
¡Acostándose con mi propia hija! ¡Juro que lo voy a encontrar y cuando lo agarre lo capó.."
.....
-Pedro Tercero García no ha hecho nada que no hayas hecho tú - dijo Clara, cuando pudo interrumpirlo - Tú también te has acostado con mujeres solteras que no son de tu clase. La diferencia es que él lo ha hecho por amor. Y Blanca también".

A estas palabras Esteban respondió con un terrible puñetazo en el rostro de su mujer, quien se desplomó sin un grito:

"Esteban pareció despertar de un trance. se hincó a su lado, llorando, balbuciendo disculpas y explicaciones, llamándola por los nombres tiernos que sólo usaba en la intimidad, sin comprender cómo había podido levantar la mano a ella, que era el único ser que realmente le importaba y a quien jamás, ni aun en los peores momentos de su vida en común, había dejado de respetar"

Al recobrar los sentidos, Clara sangraba por la nariz. Cuando abrió la boca se deslizaron varios dientes que cayeron al suelo y un hilo de saliva sanguinolenta le corrió por la barbilla y el cuello. En cuanto pudo ponerse en pie, apartó a Esteban de un empujón, y salió tratando de mantenerse erguida. Al otro lado de la puerta estaba Pedro Segundo García, que alcanzó a sujetarla en el momento que tambaleaba. Al sentirlo a su lado, Clara se abandonó:

"Apoyó la cara tumefacta en el pecho de ese hombre que había estado a su lado durante los momentos más difíciles de su vida, y se puso a llorar. La camisa de Pedro Segundo García se tiñó de sangre".

Clara no volvió a dirigirle la palabra a su marido nunca más en su vida. Dejó de usar el apellido Trueba y el anillo de casada. Dos días después de aquel fatídico día, junto a su hija, abandonaron Las Tres Marías y regresaron a la capital:

"Pedro Segundo García fue a dejar a la patrona y a su hija a la estación.....Las acomodó en el tren y después se quedó con el sombrero en la mano, los ojos bajos, sin saber como despedirse. Clara lo abrazó. Al principio él se mantuvo rígido y desconcertado, pero de pronto lo vencieron sus propios sentimientos y se atrevió a rodearla tímidamente con los brazos y depositar un beso imperceptible en su pelo. Se miraron por última vez a través de la ventanilla y los dos tenían los ojos llenos de lágrimas".

Tan pronto volvió de la estación, Pedro Segundo García, lió un bulto con sus escasas pertenencias, envolvió en un pañuelo el poco dinero que había podido ahorrar en los treinta y cinco años de servicio y partió. No quería estar en Las Tres Marías, cuando su patrón encontrase a su hijo.

Y el patrón se quedó irremediablemente solo. En medio de su aislamiento mascullaba que la culpa de todo la tenía ese revoltoso Pedro Tercero García. Ignoraba Esteban Trueba que su propio hijo Jaime tenía las mismas inquietudes por un mundo mejor, que el odiado trovador de canciones de protesta y que se estaban operando cambios en la dinámica social del país. Pero él era sordo a toda innovación, como lo estaban sus poderosos vecinos más cercanos y los otros, de otras latitudes. Su soberbia violenta asentada en el poderío que da la opulencia, simplificaba su razonar hasta llevarlo a pensar que si no hubiera sido por el muchacho, Blanca no se habría alejado de él, que Pedro Segundo García continuaría sirviéndolo y que no habría perdido irremediablemente lo que más amaba en el mundo: Clara. Y como un enajenado se da a la tarea de ubicar a su enemigo. Es el propio Esteban Trueba que en un largo soliloquio nos cuenta:

"Fui al retén del pueblo y soborné a los carabineros para que me ayudaran a buscarlo. Les di orden de no meterlo preso, sino entregármelo sin alboroto. En el bar, en la peluquería, en el club y en el Farolito Rojo, eché a correr la voz que había una recompensa para que me entregaran al muchacho.
-Cuidado, patrón - No se ponga a hacer justicia por sus propias manos, mire que los tiempos han cambiado mucho.....me advirtieron.
Pero yo no quise escucharlos.....
Un día estaba en el corredor, cuando se acercó un niño moreno y se me plantó al frente en silencio. Se llamaba Esteban García. Era mi nieto, pero yo no lo sabía y sólo ahora, debido a las terribles cosas que han ocurrido por obra suya, me he enterado del parentesco que nos une. Era también nieto de Pancha García, una hermana de Pedro Segundo, a quien en

realidad no recuerdo.

-¿Qué es lo que quieres, mocoso?-pregunté.

-Yo sé dónde está Pedro Tercero García -
me respondió."

A varios kilómetros de Las Tres Marías, en un aserradero abandonado en invierno, se escondía Pedro Tercero. Todo el campesinado de la región estaba al tanto de ello pero callaban. Hasta allá llegó Esteban Trueba armado de una escopeta para ultimarlo. Pero no consiguió sus propósitos. Reintegrémonos a su relato:

"No alcancé a apuntar de nuevo, porque se agachó, recogió un trozo de madera y lo lanzó dando de lleno en la escopeta, que voló lejos. Recuerdo que sentí una oleada de pánico al verme desarmado, pero inmediatamente me di cuenta que él estaba más asustado que yo y entonces vi el hacha. Estaba tan cerca, que podía alcanzarla estirando apenas el brazo..... Tomé el hacha y con un grito salvaje que me salió del fondo de las entrañas, me lancé contra él, dispuesto a partirlo de arriba hacia abajo de un solo golpe.... En el instante último levantó los brazos para detener el hachazo y el filo de la herramienta le rebanó limpiamente tres dedos de la mano derecha. Se sujetó la mano contra el pecho y salió corriendo.....alcanzó su caballo, montó de un salto y se perdió con un grito terrible entre las sombras de los pinos. Volvimos a Las Tres Marías.....Yo estaba como en otro mundo, confundido y aterrado de mi propia violencia, agradecido de que Pedro Tercero García escapara, porque estaba seguro que si hubiera caído al suelo, yo le habría seguido dando con el hacha hasta matarlo, destrozarlo.....con la misma decisión con que estaba dispuesto a meterle un tiro en la cabeza "

Cuando el pequeño, pero ya siniestro Esteban García pidió la recompensa, recibió por toda respuesta un manotazo de su patrón:

"No hay recompensa para los traidores que delatan. ¡Ah! ¡Y te prohíbo que cuentes lo que pasó! ¿Me has entendido?"

Aquella vez, ambos lloraron de rabia.

Cuando Blanca regresó junto a su madre a la capital venía embarazada y no hubo más remedio que avisarle a Esteban Trueba del suceso. Naturalmente, éste estalló en su nata iracundia y no perdió un segundo en administrarle un marido a su hija. No podía soportar el hecho que su propia hija fuera madre soltera y sobre todo, que el causante fuera el odiado Pedro Tercero García, y más aún, soportar el desprestigio social que conlleva un acontecimiento de tal naturaleza. No necesitó mucho tiempo en concluir que el candidato ideal sería el conde Jean Satigny y tras de ofrecerle una suculenta dote y abultado cheque mensual para vivir, éste aceptó demostrando ese

espíritu pragmático tan propio de los franceses. Para convencer a Blanca del apresurado casamiento, Esteban Trueba le mintió que él había dado muerte a su amante. Sólo cuando la pareja se embarcó para el Norte, a fin de esconder la vergüenza del alumbramiento, Clara le dijo a su hija que Pedro Tercero García vivía, porque ella lo había soñado.

Cansado de su soledad y de sus furias, Esteban Trueba orienta su vida hacia la política. Las elecciones recién pasadas habían sido ganadas por " los mismos de siempre" como había predicho Clara, pero por escaso margen, y todo el país se alertó;

"Trueba consideró que era el momento de salir en defensa de los intereses de la patria y los del Partido Conservador, puesto que nadie mejor que él podía encarnar al político honesto e incontaminado, como él mismo lo decía, y agregaba que se había levantado con su propio esfuerzo, dando trabajo y buenas condiciones de vida a sus empleados, dueño del único fundo con casitas de ladrillo. Era respetuoso de la ley, la patria y la tradición y nadie podía reprocharle ningún delito mayor que la evasión de impuestos"

No tuvo dificultad alguna en ser elegido Senador de la República. Para ello contaba con su enorme fortuna y por las prácticas usuales en el acarreo del inquilinaje de su fundo y de los otros pertenecientes a correligionarios suyos. Tras la victoria, repartió una gratificación en efectivo para sus empleados y para los inquilinos de Las Tres Marías. Había llegado a la madurez convertido en el hombre rico y respetado que juró que llegaría ser cuando era un muchacho pobre, sin conexiones y sin más capital que su orgullo y su ambición. Sin embargo, continuaba estando solo. Blanca jamás le escribió desde el Norte, y con sus dos hijos era incapaz de mantener un diálogo que no terminara en gritos y bastonazos del airado padre. No tenía idea que Jaime se juntaba con Pedro Tercero García, a quien admiraba y estimaba casi como un hermano.

Pedro Tercero García había llegado a la capital a la casa de un dirigente socialista, recomendado por el padre José Dulce María quien lo había acogido y curado de su mano. Por gestiones del primero, obtuvo un trabajo como cantante en una peña de bohemios y pronto pudo irse a un rancho de madera, en una población obrera. Aunque estaba amoblado tan sólo con un camastro, una silla y dos cajones por mesa, a él le pareció un palacio. Desde allí promovía el socialismo, pero no podía desprenderse de la pesadumbre que Blanca se hubiera casado con otro. Al poco tiempo, con los dos dedos restantes de su mano derecha, pudo continuar pulsando la guitarra y crear nuevas canciones, cuyo contenido social lo hizo llegar hasta la radio y adquirir popularidad. Se salvó de ser descubierto por Esteban Trueba, porque en la gran casa de la esquina el senador tenía prohibido la radiofusión por consi-

derarla propia de incultos.

Blanca permaneció en el Norte el tiempo necesario para darse cuenta que su marido, el conde, era una extraviado sexual que no tenía ninguna intención de consumar el matrimonio y que se dedicaba en las noches a repugnantes misas negras con los indios nortinos de la servidumbre. Justo cuando iba a nacer la criatura que gestaba lo abandonó regresando a la capital.

Esteban Trueba estaba por aquel tiempo en viaje por Norteamérica, para tratarse de los permanentes dolores de huesos que sufría y de aquel imperceptible empequeñecimiento que tan sólo él percibía desde hacía tiempo. A nadie le había contado que cada vez tenía que comprarse los zapatos un número menor y que los sombreros le quedaban grandes pasada una temporada. Tenía que hacer acortar sus pantalones y alforzar las camisas. Pero los médicos yanquis, después de múltiples exámenes ejecutados con la minuciosidad que acostumbra, concluyeron que el encogimiento eran puras sugerencias.

Sin embargo, para Esteban Trueba no eran falsas apreciaciones su achicamiento. Recordaba con estremecimiento el lejano día que había echado de su casa a Férula, su hermana, celoso del cariño que Clara le profesaba. Tenía presente como la había insultado, desde marimacho hasta meretriz, y acusándola de pervertir a su mujer y el grito terrible de Férula:

"Te maldigo, Esteban. ¡Siempre estarás solo, se te encogerá el alma y el cuerpo y te morirás como un perro!

Blanca dio a luz una niña cuyas dos únicas particularidades eran: la expresión de ancianidad de sus ojos y el pelo verde similar al de su tía abuela Rosa. La llamaron Alba y la inscribieron con el apellido francés del marido abandonado. Sin embargo, Alba, desde el instante que tuvo que usar su nombre completo, usó el apellido Trueba porque era más fácil de pronunciar. Esteban Trueba desaprobaba esa costumbre porque podría interpretarse que su nieta era fruto del pecado y la vergüenza. No dudaba por ningún motivo, la paternidad del conde y esperó en vano que asomara en los modales de la pequeña, la elegancia y el fino encanto galo de su yerno en vez del silencioso y desmañado deambular de su nieta. Cuando Alba tenía edad suficiente para comprenderlo, Blanca y su abuela Clara le contaron la patraña que "su padre había sido un noble caballero, inteligente y distinguido que tuvo la desgracia de morir de fiebre en el desierto del Norte".

La presencia de Alba en la casa de la esquina apaciguó el carácter de Esteban Trueba hasta casi dulcificarlo, a veces. Como vivía en medio de la soledad, volcó en su nieta sus mejores sentimientos. La niña le importaba más de lo que nunca le importaron sus propios hijos,

"Cada mañana ella iba en pijama a la pieza de su abuelo, entraba sin golpear y se in-

troducía en su cama. El fingía despertar sobresaltado, aunque en realidad la estaba esperando y gruñía que no lo molestara, que se fuera a su habitación y lo dejara dormir. Alba le hacía cosquillas hasta que, aparentemente vencido, él la autorizaba para que buscara el chocolate que escondía para ella....

.....
Esteban nunca supo que su nieta odiaba el chocolate y que lo comía por amor a él."

No obstante, para Alba, la persona más importante de la casa y la presencia que más apetecía en su vida, era su abuela Clara:

"Ella era el motor que ponía en marcha y hacía funcionar aquel universo mágico que era la parte posterior de la gran casa de la esquina, donde transcurrieron sus primeros siete años en completa libertad. Se acostumbró a las rarezas de su abuela. No le sorprendía verla desplazarse en estado de trance por todo el salón, sentada en su poltrona con las piernas encogidas, arrastrada por una fuerza invisible. La seguía en todas sus peregrinaciones a los hospitales y casas de beneficencia. La niña participaba en las sesiones de los viernes, donde la mesa de tres patas daba saltos a plena luz del día, sin que mediara ningún truco, energía conocida o palancas y en las veladas literarias donde alternaba con los maestros consagrados y con un número variable de tímidos artistas desconocidos que Clara amparaba. En esa época en la gran casa de la esquina comieron y bebieron muchos huéspedes. Se turnaron para vivir allí, o al menos para asistir a las reuniones espirituales, las charlas culturales y las tertulias sociales, casi toda la gente importante del país, incluso el Poeta, que más tarde fue considerado el mejor del siglo.....sin sospechar que un día caminaría detrás de su féretro con un ramo de claveles ensangrentados en la mano, entre dos filas de ametralladoras".

Clara murió el mismo día que Alba cumplía los siete años. La única persona que se mantuvo serena fué la nieta, debido a sus entrenamientos para soportar el dolor y al hecho que su abuela le había explicado a menudo, las circunstancias y afanes de la muerte. Pero para Esteban Trueba fue una tragedia. Escuchemos sus cuitas después de dejarla en su tumba:

"Esa noche no pude dormir. En mi mente se confundían los dos amores de mi vida, Rosa, la del pelo verde, y Clara clarividente, las dos hermanas que tanto amé..... Quería morir lo antes posible, porque la vida sin mi mujer no tenía sentido para mí. No sabía que todavía tenía mucho que hacer en este mundo. Afortunadamente Clara ha regresado, o tal vez nunca se fue del todo. A veces pienso que la vejez me ha trastornado el cerebro y que no se puede pasar por alto el hecho de que la enterré hace veinte años. Sospecho que ando viendo visiones.....pero esas dudas se disipan cuando la veo pasar por mi lado y oigo su risa en la terraza, sé que me acompaña, que me ha perdonado todas mis violencias del pasado

y que está más cerca de mí de lo que nunca estuvo antes. Sigue viva y está conmigo, Clara clarísima....."

Sin Clara la vida en la gran casa de la esquina comenzó a transformarse, a languidecer a deteriorarse desde el primer día. Alba percibió el asolamiento en su avance lento pero definitivo y al cabo de algunos años todo era una ruina. Sólo el cuarto tapizado de seda azul de Clara permaneció intacto. En su interior quedaron los muebles de madera rubia, sus naipes mágicos, la mesa de tres patas y las rumas de cuadernos donde anotó la vida durante cincuenta años y que Alba ordenó y leyó para escribir una historia.

El cambio alcanzó a Esteban Trueba. Se vistió de negro y de un día para otro, su recia madurez de varón saludable se convirtió en una incipiente vejez encogida y tartamudeante, pero sin alterársele su endemoniado carácter y lo único que lo retenía en su hogar era la presencia de su nieta. Dejó de invitar a sus amigos y relaciones políticas, cerró los salones y ocupó sólo la biblioteca y su habitación. Se dedicó de lleno a la política y los negocios, viajaba constantemente, pagaba nuevas campañas electorales, compraba tierras y tractores, criaba caballos de carrera, especulaba con el precio del oro, el azúcar y el papel. Pero estaba ciego al deterioro que le rodeaba y no ordenaba ninguna clase de reparación. Simplemente dejó de interesarle los miembros de su familia. Entregaba a Blanca sumas variables para los gastos de la casa, pero nunca suficientes para mantener aquel destartalado y oscuro caserón.

Esteban Trueba fue reelegido varias veces como senador. Pero a él ya no le interesaba el poder, la riqueza o el prestigio. Su obsesión era destruir, como todos los de su tienda política, el "cancer comunista" que estaba infiltrándose poco a poco en el pueblo:

"-¡Uno levanta una piedra y aparece un comunista! decía.....

El día que no podamos echar el guante a las urnas antes que cuenten los votos, nos vamos al carajo! - sostenía Trueba.

.....
-¡Sí, pero además de los comunistas están los socialistas, los radicales y otros grupúsculos! Todos son más o menos lo mismo -respondía Trueba".

Para el senador Trueba todos los partidos políticos, excepto el suyo, eran potencialmente marxistas y era incapaz de distinguir claramente la ideología de unos y otros. Por eso, pasó a ser considerado como una especie de loco reaccionario y oligarca muy pintoresco. Su aspecto de cuervo enlutado fue pasto para las caricaturas de revistas y su popularidad creció hasta tal punto que salía triunfante en cada elección que se presentaba.

Tan ensimismado pasaba el senador en su caza de brujas comunistas que ignoró los continuos encuentros de Blanca y Pedro Tercero García. Con el tiempo Alba fue de la partida y en la primera entrevista el hombre y la niña, al mirarse se reconocieron, pero ambos continuaron

desempeñando el rol que el destino le tenía asignado. Blanca nunca quiso hacerle saber a Pedro Tercero García que Alba era su hija, a pesar de la atracción que producía en su amante la pequeña, de mirada anciana como la suya. En las tardes domingueras, Pedro Tercero, después de jugar y corretear con Alba, le hablaba de los pobres, los oprimidos, los desesperados y otros asuntos que Trueba prefería que su nieta ignorara.

Alba no cumplía los dieciocho años cuando se enamoró. Recién había terminado el colegio y comenzaba a estudiar filosofía por afición y música para contrariar a su abuelo, quien consideraba que el arte era una manera de perder el tiempo y que las profesiones liberales y científicas, eran las únicas valederas. Y con la misma majadería que insistía que Jaime se casara pronto con una mujer decente porque se estaba convirtiendo en un solterón, prevenía a su nieta contra el amor y el matrimonio. Fue en la Universidad donde Alba descubrió a Miguel, un estudiante pálido y de ojos destemplados que cursaba el último año de Derecho. Era dirigente de izquierda y su única pasión era implantar la justicia. Tan pronto como sus miradas se cruzaron quedaron encandilados y desde ese instante se les vio siempre juntos, por las alamedas cargados de libros o llevando a cuestras el pesado violoncello de Alba. La joven decidió callar que era nieta de Esteban Trueba y por primera vez en su vida, usó el apellido francés del que ella creía era su padre. En cambio, se jactó ser amiga de Pedro Tercero García que gozaba de gran popularidad entre el estudiantado universitario, y del Poeta, en cuyas rodillas se sentaba cuando era una niña en la gran casa de la esquina.

Miguel hablaba de la revolución. A la violencia del sistema había que oponer la violencia de la revolución, pero Alba quería hablar sólo de amor. Ya tenía bastante con los discursos de su abuelo y las discusiones sin destino sobre política, que Jaime y su padre tenían en los raros momentos en que estaban juntos. Cierta vez que los estudiantes universitarios se tomaron la Universidad en apoyo a una huelga de trabajadores, Alba se atrinceró junto a su enamorado que era el alma de la toma. No lo hizo por convicción ideológica sino por amor a Miguel. Pero ocurrió lo inesperado. Alba comenzó a menstruar con tal abundancia que no hubo otro remedio que despacharla para su casa. Para ello fue necesario que Miguel, enarbolando una bandera blanca ante las tanquetas repletas de carabineros, parlamentara la salida de Alba de la Universidad. Se obtuvo el permiso y la joven junto a Miguel y otra estudiante abandonaron el recinto. Mas, a poco andar, una patrulla les salió al paso y Alba se vio encañonada por un uniformado de rostro moreno y ojos de roedor que la joven reconoció en el acto: Esteban García.

- ¡Vejo que es la nieta del senador Trueba! - exclamó García con ironía.

-¿Qué te pasa?- preguntó García señalando con su pistola los pantalones de Alba - ¡Parece un aborto!
Alba enderezó la cabeza y lo miró a los ojos.
-Eso no le importa. ¡Lléveme a mi casa! - ordenó copiando el tono autoritario que empleaba su abuelo con todos los que no consideraba de su misma clase social."

El policía vaciló. Tuvo la tentación de llevarla al retén y humillarla, pero tenía la experiencia que había otros más poderosos que él y que no podía actuar con impunidad. Por otra parte, aún le temía al viejo senador Trueba. No pudo contener la mirada de Alba, y entre dientes le dijo a dos carabineros que la subieran al carro de la policía para llevarla a su domicilio. Mientras tanto, Miguel y la estudiante regresaron al recinto de la Universidad, uno sintiéndose traicionado porque Alba no le había dicho toda la verdad, y la otra sorprendida y furiosa.

Muy poco le duró a Miguel la decepción y la rabia de que su elegida fuera la nieta del senador Trueba y pronto volvieron a pasear abrazados. Y de los besos llenos de fuego pasaron a citarse en la pieza del muchacho que alquilaba en una pensión de medio pelo. No le costó mucho a Alba descubrir que el mejor lugar para sus esparcimientos amorosos era su propia casa, en ese laberinto y abandono de las piezas traseras que jamás nadie visitaba. Los amantes probaron uno a uno todos los cuartos abandonados y terminaron en el sótano, donde con varios colchones y cortinajes olvidados y otras cosas, construyeron una cama nupcial. Allí, se amaron con la fuerza y pasión con que saben hacerlo los adolescentes, en un retozar sin descanso e insaciable.

Este festín amoroso duró un poco más de un año. Ya atemperadas las ansias, Miguel pudo graduarse y Alba reiniciar sus estudios. Luego, el joven pudo alquilar un pequeño departamento cerca de su trabajo el que Alba decoró. Un día le sugirió que podría irse a vivir con él, pero Miguel fue firme al respecto:

"-Se avecinan tiempos muy malos, mi amor- explicó - No puedo tenerte conmigo, porque cuando sea necesario, entraré en la guerrilla.
-Iré contigo adonde sea - prometió ella.
-A eso no se va por amor, sino por convicción política y tú no la tienes - replicó Miguel - No podemos darnos el lujo de aceptar aficionados.
A Alba aquello le pareció brutal y tuvieron que pasar algunos años para que pudiera comprenderlo en toda su magnitud."

En la casa de la esquina, el único que estaba seguro que los socialistas triunfarían en las próximas elecciones, era Jaime. Lo atribuía a que el pueblo había tomado conciencia de sus necesidades y de su propia fuerza. Pero Alba le rebatía con las palabras

de Miguel, que sólo a través de la guerra se podía vencer a la burguesía. Jaime tenía horror de cualquier forma de extremismo y sostenía que los guerrilleros sólo se justifican en las dictaduras, pero no en un país donde los cambios se pueden obtener por votación popular.

"-Eso no ha ocurrido nunca, tío, no seas ingenuo - replicaba Alba - ¡Jamás dejarán que ganen tus socialistas."

Pero Jaime sabía que el Candidato socialista iba a ganar, porque hacía muchos años eran amigos. Lo había conocido al acudir a una llamada de urgencia desde la casa del Candidato para atender a su empleada doméstica. A pesar que se presentó con el apellido de su madre, como siempre lo hacía, al día siguiente los servicios de seguridad del Partido, informaron que se trataba de un hijo del senador Trueba, Sin embargo, el Candidato nunca informó de ello a Jaime ni siquiera en la hora final, y una honda amistad nació entre ellos.

El viejo Trueba aprovechaba todas las ocasiones para advertir a Jaime sobre las maniobras del comunismo internacional y el caos que azotaría a la patria en el caso improbable que triunfara la izquierda. Pero sólo perdió la paciencia cuando un mañana vio la ciudad entera tapizada de afiches truculentos, en los cuales aparecía una madre barrigona y desolada, que intentaba inútilmente arrebatarse a su hijo a un soldado comunista que se lo llevaba a Moscú. Era la campaña del terror organizada por el senador Trueba y sus correligionarios, con ayuda de expertos venidos del extranjero. No soportó más Jaime seguir viviendo bajo el mismo techo con su padre, y se fue a dormir al hospital.

Contra todos los pronósticos de la derecha, los socialistas, aliados con el resto de los partidos de izquierda, triunfaron en las elecciones presidenciales. La víspera, los de siempre, aquellos que estaban acostumbrados al poder desde el comienzo de la República, se preparaban a celebrar la victoria y no se alarmaron cuando los cómputos de provincias les fueron adversos. Tenían la seguridad que los votos de la capital abultarían el recuento a su favor. Esteban Trueba lo anticipaba en una entrevista por televisión y todo el país pudo observarlo cuando brindó por el defensor de la democracia. Cuando en la gran casa de la esquina, vieron al abuelo senador, más anciano y testarudo que de costumbre su nieta dijo:

"-Le va a dar un yeyo - Porque esta vez van a ganar los otros".

Sin embargo, al senador Trueba no le dió ningún síncope ni cosa parecida. Estaba más sorprendido que furioso cuando al día siguiente de la elección, todos los medios de comunicación le daban el triunfo al Candidato de la izquierda. En su viejo corazón de luchador palpita una posible esperanza:

"-Una cosa es ganar la elección y otra muy distinta es ser Presidente - dijo misteriosamente a sus llorosos correligionarios."

No perdió un día más el senador Trueba en lamentarse del fracaso y fue el líder en un almuerzo secreto organizado en una casa campesina cerca de la capital. Alrededor de la mesa, políticos de otras tiendas, algunos militares y gringos del servicio de inteligencia, trazaron el plan que volcaría al nuevo gobierno: la desestabilización económica, como llamaron al sabotaje.

"-No lo dejaremos en paz ni un minuto. Tendrá que renunciar - dijo con firmeza.

-Y si eso no resulta, senador, tenemos esto - agregó el general Hurtado poniendo su arma de reglamento sobre el mantel.

-No nos interesa un cuartelazo, general - replicó en su correcto castellano el agente de inteligencia de la embajada - Queremos que el marxismo fracase estrepitosamente y caiga solo, para quitar esa idea de la cabeza a otros países del continente. ¿Comprende?

Todos, menos los extranjeros, estaban dispuestos a arriesgar la mitad de su fortuna personal en la empresa, pero sólo el senador Trueba estaba decidido a dar también la vida.

Los opositores del nuevo gobierno ^{que} tenían en sus manos los medios de difusión más poderosos, contaban con recursos económicos casi ilimitados y con la ayuda de los gringos que destinaron fondos secretos, pudieron ir montando una acción de sabotaje tan perfecta y audaz, que a los pocos meses se pudieron apreciar sus resultados. El pueblo que por primera vez tenía el dinero suficiente para cubrir sus necesidades básicas y comprar algunas cosas que siempre deseó, cuando llegó a los almacenes y tiendas, estaban poco menos que vacíos. Y comenzaron las colas para adquirir todo cuanto necesita un ser humano civilizado. Sin embargo, ese pueblo que estaba habituado a la pobreza y escaseces, no perdió la euforia del primer día y se organizó como para una guerra, decidido a no permitir que el sabotaje económico le amargara el triunfo.

Mientras tanto, el senador Trueba en su nuevo rol de conspirador, trabajaba sin desmayo y hasta olvidó el persistente dolor de sus viejos huesos. Vivía en conciliábulos. Al comienzo, el ejercicio de la democracia lo limitaron para poner obstáculos al gobierno, pero pronto abandonó la idea de fastidiarlo legalmente y dio cabida en su mente al plan de emplear un medio faccioso. Fue el primero en predicar en público, que para detener el avance marxista lo único que quedaba era un golpe militar. Por su parte, Miguel repartía por las fábricas panfletos revolucionarios llamando a la lucha armada para derrotar a la oligarquía, pero nadie le hacía caso. Todos estaban convencidos que si habían llegado al poder por la vía legal y democrática, nadie se lo podía quitar, al menos hasta las próximas elecciones presidenciales.

"-Son unos imbéciles, no se dan cuenta de que la derecha se está armando - decía Miguel a Alba"

Ignoraba Miguel que Alba ya había descubierto que aquellas cajas de madera que su abuelo hacía entrar a la casa, a media noche con gran sigilo, contenían armas, las que pensaba robar con ayuda de su tío Jaime. De este modo, sacaron pistolas de combate, metralletas cortas, rifles y granadas de mano, armamento que iba disimulado dentro del violoncello de Alba, y que enterraron en bolsas de plástico en un campo lejano en espera de ser empleado en una causa justa. Lo que le extrañó al senador Trueba, la intempestiva afición de su hijo y su nieta a los paseos a la montaña.

Las Tres Marías fue uno de los últimos fundos que expropió la Reforma Agraria en el Sur:

"Los mismos campesinos que habían nacido y trabajado por generaciones en esa tierra, formaron una cooperativa y se adueñaron de la propiedad, porque hacía tres años y cinco meses que no veían a su patrón y se les había olvidado el huracán de sus rabieta. Se repartieron equitativamente los potreros y cada uno cultivó lo que le dio la gana, hasta que el gobierno mandó un técnico agrícola que le dio semillas a crédito y los puso al día sobre la demanda del mercado, las dificultades de transporte y las ventajas de los abonos y desinfectantes". Esteban Trueba se enteró que había perdido la tierra, cuando le notificaron que iban a pagársela con bonos del Estado, a treinta años plazo y al mismo precio que él había puesto en su declaración de impuestos".

Ante tamaña noticia Trueba, totalmente descontrolado viajó a su ex fundo, llevando consigo una metralleta cuyo manejo ignoraba. A su arribo encontró el portón trancado y vigilado por uno de sus inquilinos, quien apenas tuvo tiempo de lanzarse al suelo para evitar ser alcanzado por las balas de la metralleta. El senador no se detuvo a ver si lo había muerto en su apresurado andar hacia las casas del fundo. En ese instante, un golpe en la nuca lo derribó despertando más tarde en el comedor patronal. Allí, acostado sobre la mesa y las manos amarradas, una mujer le ponía paños mojados en la frente y casi todos los inquilinos lo miraban con curiosidad:

"-¿Cómo se siente, compañero? - preguntaron.
-¡Hijos de puta! Yo no soy compañero de nadie! - bramó el viejo tratando de incorporarse".

Tanto gritó que soltaron sus amarras, pero al querer salir se dio cuenta que las ventanas estaban tapiadas y la puerta con llave. Los inquilinos trataron de explicarle que las cosas habían cambiado y que ya no era el amo, pero no quiso escuchar nada, y bramó, amenazó, como un demente, hasta que los campesinos terminaron por reirse de él.

Horas después el senador Trueba supo que se había convertido en un rehén y que sería filmado para la televisión. Esa noche todo el país pudo ver en sus pantallas al máximo representante de la oposición amarrado, echando espumarajos de rabia y bramando amenazas de toda índole. Jamás pensó que quien lo sacaría de aquel trance sería el hombre que más había odiado: Pedro Tercero García.

al
Cuando advino el nuevo gobierno, le cambió la vida cantautor de canciones de protesta. No pudo negarse cuando lo llamaron a colaborar, puesto que los partidos de izquierda no tenían suficientes hombres capacitados para todas las funciones que debían emprender.

"-Yo soy un campesino.No tengo ninguna preparación - trató de excusarse.
-No importa, compañero.Usted, por lo menos, es popular.Aunque meta la pata, la gente se lo va a perdonar - le replicaron."

El alto cargo desempeñado por Pedro Tercero no era decorativo.Trabajaba desde las siete de la mañana hasta la noche y al final estaba tan cansado, que no se sentía con deseos de tomar su guitarra, ni mucho menos, de amar a Blanca con la pasión acostumbrada. Cuando Blanca irrumpió acompañada de Alba a su oficina,comprendió Pedro Tercero que la visita estaba relacionada con el escándalo del senador Trueba.

"-Vengo a pedirte que nos acompañes - le dijo Blanca sin preámbulos - Tu hija y yo vamos a ir a buscar al viejo a Las Tres Marías.
Fue así como se enteró Alba de que su padre era Pedro Tercero García"

El senador Trueba miró casi como a una extraña cuando tuvo al frente a Pedro Tercero. No en vano habían pasado cinco lustros de aquel malhadado día en que se vieron por última vez. Sólo al atisbarle la mano derecha y constatar la falta de tres dedos comprendió la situación. A su vez, todo el rencor que Pedro Tercero guardaba por tantos años, se evaporó ante la presencia de aquel anciano encorvado y empequeñecido de cuerpo y ánimo, que lo miraba asustado y con un cansancio insoportable en su espalda. Ya no había el fuego del antiguo odio en sus venas.

"-Vengo a sacarlo de aquí - dijo Pedro Tercero.
-¿Por qué? - preguntó el viejo.
-Porque Alba me lo pidió -respondió Pedro Tercero.
-Váyase al carajo - balbuceó Trueba.
-Bueno, para allá vamos.Usted viene conmigo.
-Sáqueme de aquí sin que me vean.No quiero que se enteren los periodistas.
-Voy a sacarlo de aquí por donde mismo entró, por la puerta principal - dijo Pedro Tercero, y echó a andar "

Cuando Alba divisó a su abuelo, se conmovió porque nunca lo había visto tan abatido desde la muerte de Clara. Corrió a abrazarlo,le susurró algo. Entonces Trueba volvió a sentirse el digno y soberbio

senador de la República. Desde aquel día las cosas empeoraron. No pasó mucho tiempo que las murallas se llenaron con una sola palabra enorme y roja y cuya significación y origen nadie sabía: Djakarta.

En la mañana del golpe militar Jaime fue llamado a la Presidencia, en su calidad de médico y amigo del mandatario. Allí lo sorprendió el rugido de los aviones y el bombardeo. Poco tiempo después ardía todo el edificio y en una pausa del tiroteo el Presidente hizo salir a los sobrevivientes, Jaime entre ellos. Cuando se lo llevaban al Ministerio de Defensa pudo reconocer a un coronel de carabineros como aquel muchacho con quien jugaba en Las Tres Marías. A los dos días fue fusilado por haberse negado a firmar una declaración que atestiguara que el Presidente estaba borracho cuando se suicidó.

En la gran casa de la esquina, el senador Trueba brindó con champán francés para celebrar la caída del régimen contra el cual había luchado tan ferozmente, sin sospechar la suerte que corría su hijo. El senador Trueba cuenta:

"Esperé que se normalizara un poco la situación. Tres días después del Pronunciamiento Militar, me dirigí en el automóvil del Congreso al Ministerio de Defensa, extrañado de que no me hubieran buscado para invitarme a participar en el nuevo gobierno. Todo el mundo sabe que fui el principal enemigo de los marxistas, el primero que se opuso a la dictadura comunista y se atrevió a decir en público que sólo los militares podían impedir que el país cayera en garras de la izquierda."

Lo que no sabía el senador que el nuevo orden no tenía la más remota intención de abrir las puertas del Congreso y que desde aquel momento todos los partidos políticos, incluido el suyo, entrarían en un largo letargo. Al despedirlo el oficial le exigió las llaves del coche del Congreso y hubo de regresar a pie. El senador sigue recordando:

"No me enteré de la muerte de mi hijo Jaime hasta dos semanas después, cuando se nos había pasado la euforia del triunfo al ver que todo el mundo andaba contando a los muertos y a los desaparecidos.. Sólo entonces comencé a hablar de la tiranía. Mi nieta Alba, en cambio, vio perfilarse al dictador mucho antes que yo.....Lo reconoció al punto, porque ella heredó la intuición de Clara. Es un hombre tosco y de apariencia sencilla, de pocas palabras como un campesino. Parecía modesto y pocos pudieron adivinar que algún día lo verían envuelto en una capa de emperador, con los brazos en alto, para acallar a las multitudes acarreadas en camiones para vitorearlo..... "

Esteban Trueba fue uno de los primeros terratenientes en recuperar su propiedad. Le devolvieron Las Tres Marías en ruinas, pero íntegra. Se vengó a sus anchas de los campesinos que se atrevieron a

desafiarlo y a quitarle lo suyo. Y con ayuda de matones a sueldo, quemó sus casitas de ladrillo que habían sido su orgullo, y despidió a todos. Los vio partir más pobres de lo que nunca fueron en una larga y triste columna. En el portón de Las Tres Marías había otro grupo de gente misera esperando con ojos ansiosos. Eran otros campesinos sin trabajo, expulsados de otros fundos, que llegaban con la misma humildad como sus antepasados a rogar al patrón un lugar para la próxima cosecha. Por la noche Trueba no pudo dormir. No podía apartar de su mente los rostros de aquellos campesinos que había visto nacer en su propiedad y a pesar que, arrepentido quiso que volvieran, ninguno regresó y se fueron esparciendo por los campos, la costa, las minas. A su regreso se sintió más viejo que nunca.

Para todos, incluso para el senador Trueba, era evidente que los militares se habían tomado el poder para ellos y no para entregárselo a los políticos de derecha que habían inducido el golpe. Se lamentaba el anciano anticomunista que los uniformados tenían sumido al país en una dictadura tremenda y sin retorno a una democracia. Y por primera vez admitió su error. Hundido en su poltrona, Blanca y Alba lo vieron llorar calladamente, no por el poder sino por su patria.

Fue en aquel momento que Blanca le confidenció a su padre que desde hacía meses tenía escondido en su casa a Pedro Tercero, en uno de los cuartos situado en los patios traseros. Lo había hecho porque a nadie se le habría ocurrido que en casa del senador Trueba pudiera estar oculto uno de los hombres más buscado por la dictadura. Sin embargo, Pedro Tercero comenzó a obsesionarle la idea de que era un traidor y cobarde, por no haber compartido la suerte de tantos otros y que lo más honroso sería entregarse y enfrentar su destino.

-¡Ayúdeme, papá! - suplicó Blanca al senador Trueba - Tengo que sacarlo del país

El viejo se quedó paralizado por el desconcierto y comprendió cuán gastado estaba, al buscar su rabia y su odio y no encontrarlos por ninguna parte. Pensó en ese campesino que había compartido un amor de medio siglo con su hija y no pudo descubrir ninguna razón para detestarlo. "

-¡Caramba! Tendremos que asilarlo, porque si lo encuentran en esta casa, nos joden a todos - fue lo único que se le ocurrió decir".

A los dos días, apareció en el umbral del escondite de Pedro Tercero, la figura del senador Trueba.

"-Vengo a sacarlo de aquí - dijo Trueba.

-¿Por qué? - preguntó Pedro Tercero.

-Porque Blanca me lo pidió-respondió el otro.

-Váyase al carajo - balbuceó Pedro Tercero.

-Bueno, para allá vamos.Usted viene conmigo.

Los dos sonrieron simultáneamente. Aquel diálogo ambos lo memorizaban porque lo habían vivido con anterioridad.

Con Pedro Tercero en el portamaletas, el auto con patente diplomática nórdica, entró libremente a la sede del Vaticano. El Nuncio ya tenía el salvoconducto para llevar a Blanca y Pedro Tercero al exterior. Blanca y Alba lloraban desconsoladas. Nunca habían estado separadas. Esteban Trueba abrazó largamente a su hija y esforzándose por contener los sollozos le dijo:

"-No he sido un buen padre para usted, hija.
¿Cree que podrá perdonarme y olvidar el pasado?
-¡Lo quiero mucho, papá! lloró Blanca echándole los brazos al cuello, estrechándolo con desesperación, cubriéndolo de besos.
Después el viejo se volvió hacia Pedro Tercero y lo miró a los ojos. Le tendió la mano, pero no pudo estrechar la del otro, porque le faltaban los dedos. Entonces abrió los brazos y los dos hombres en un apretado nudo, se despidieron, libres al fin de los odios y los rencores que por tantos años les habían ensuciado la existencia.
-Cuidaré de su hija y trataré de hacerla feliz, señor - dijo Pedro Tercero García con voz quebrada.
-No lo dudo. Váyanse en paz, hijos -murmuró el anciano. Sabía que no volvería a verlos".

Alba comenzó a imitar a su madre para esconder gente por una o más noches, hasta encontrar otro lugar más seguro o la forma de sacarla del país. Ayudó a estos quehaceres el hecho de quedarse sola por cuando su abuelo pasaba gran parte de su tiempo en el Club. Un día al entrar a la casa, la sorprendió Miguel que la esperaba escondido entre las malezas del patio. Alba aprovechó esa visita de Miguel para hacerle conocer el lugar donde había dejado enterrado un pequeño arsenal de armas en compañía de su tío Jaime. Al despedirse, Miguel insistió en que no podía llevársela:

"-No podemos tener una persona sin entrenamiento en este momento. Mucho menos una mujer enamorada -sonrió Miguel - Es mejor que tú sigas cumpliendo tu labor. Hay que ayudar a estos pobres chiquillos hasta que vengan tiempos mejores.
-Por lo menos, dime cómo puedo ubicarte!
-Si te agarra la policía, es mejor que no sepas nada - respondió Miguel.
Ella se estremeció."

En los meses siguientes, Alba para ayudar a los niños hambrientos de los comedores populares, comenzó a vender en forma subrepticia el mobiliario de la casa. Al principio, las cosas abandonadas en los cuartos de los patios traseros, y después lo valioso.

"Empezó a llevarse una por una las sillas antiguas del salón, los arrimos barrocos, los cofres coloniales, los biombos tallados y hasta la mantelería del comedor.
Trueba se dio cuenta, pero no dijo nada.

Suponia que su nieta estaba dando al dinero un fin prohibido, tal como creía que había hecho con las armas que le robó, pero prefirió no saberlo, para poder seguir sosteniéndose en precaria estabilidad sobre un mundo que se le hacía trizas.....Comprendió que lo único que realmente le importaba era no perder a su nieta, porque ella era el último lazo que lo unía a la vida"

Cuando Trueba echo de menos el gran cuadro con el retrato de Clara que estaba en el salón, bramó, pero terminó por decidirse a abrirle una cuenta en el Banco a su nieta. Alba no tuvo reparos en girar sumas considerables, pero su abuelo no le hizo reproches, porque disponía de mucho tiempo para dedicarse a los negocios, dada la impuesta inactividad política, y veía que su fortuna se acrecentaba. Depositaba su dinero en las financieras novedosas que aparecieron por todas partes, con intereses tan descomunales, que de un día para otro, tenía un mayor número de millones. De este modo, reconstruyó y mejoró Las Tres Marías, pero pronto perdió el entusiasmo en la tierra, puesto que con menor esfuerzo obtenía mayores utilidades. Y contra todo lo que imaginaba, comenzó a girar un cheque mensual a Pedro Tercero García, que vivía con Blanca asilados en el Canadá.

Pero la hora de la verdad no le había llegado a la gran casa de la esquina. El senador Trueba ignoraba que la pérdida de la democracia no iba a ser transitoria como también que su libertad personal y su dignidad iban a ser conceptos sin sentido para el nuevo orden.

"Estaban no supo que la policía vigilaba su casa hasta la noche que se llevaron a Alba. Estaban durmiendo y, por casualidad, no había nadie oculto en el laberinto de los cuartos abandonados. Los culatazos contra la puerta de la casa sacaron al viejo del sueño con el nítido presentimiento de la fatalidad. Pero Alba había despertado antes.....y comenzó a vestirse, porque no tuvo dudas que había llegado su hora.

En esos meses, el senador había aprendido que ni siquiera su limpia trayectoria de golpista era garantía contra el terror".

-
- ¡Soy el senador Trueba! ¿Es que no me reconoce, hombre, por Dios?-chilló el abuelo desesperadamente - ¡No pueden hacerme esto! ¡Es un atropello! ¡Soy amigo del general Hurtado!
 - ¡Cállate, viejo de mierda! ¡Mientras yo no te lo autorice, no tienes derecho a abrir la boca! - replicó el otro con brutalidad".
 -
 - ¿Sabías que tu nieta es la puta de un guerrillero?"

Después de dos horas en que la docena de hombres sin uniforme, hicieron toda clase de revisiones y destrozos sin dejar de hacer una hoguera con los libros de Jaime, se llevaron a Alba en una camioneta con los ojos vendados con tiras de papel engomado. Uno de ellos no dejó de manosearla hasta llegar a su destino.

"-Esta es la nieta del senador Trueba, coronel - oyó decir.

-Ya veo - respondió otra voz

Alba reconoció sin vacilar la voz de Esteban García y comprendió en ese instante que la había estado esperando desde el día remoto en que la sentó sobre sus rodillas, cuando ella era una criatura ".

Durante los meses que Alba estuvo detenida, siendo golpeada, torturada y violada pudo inferir que el interés del coronel García por averiguar el paradero de Miguel, era menor que su odio de bastardo dirigido hacia los Trueba. Y cuando se cansó de atormentarla, de yacer con ella desnuda sintiendo el inmenso asco que sus caricias le producían a su prisionera, y temeroso de enamorarse, la mandó a un campo de concentración. De allí, por influencias de Tránsito Soto a la sazón dueña del hotel galante más prestigioso del país, paraíso de los generales del nuevo orden, pudo Alba recuperar su libertad. Los ruegos del senador Trueba habían sido escuchados por esa otrora flacucha prostituta del Farolito Rojo.

Al regreso a la gran casa de la esquina, Alba supo por su abuelo que Miguel había aparecido una noche y que juntos se habían dado a la tarea de ubicarla. Cuando Trueba quiso llevarse a su nieta al extranjero para prevenirla de una nueva detención, la joven se opuso de inmediato.

"-En vista de que nos quedaremos aquí esperando a Miguel, vamos a arreglar un poco esta casa-dijo por último"

Con el poderío de su dinero, el senador Trueba hizo que la gran casa de la esquina volviera a nacer de entre las ruinas y ser la misma de antes, de aquellos días felices cuando Clara la habitaba acompañada de sus espíritus y fantasmas. Fue idea del abuelo dejar escrita la historia de aquella mansión y sus habitantes. El se encargó de varias páginas y lo demás lo dejó en manos de su nieta Alba. Es ella quien^{en} su largo relato nos dice al final:

"Anoche murió mi abuelo. No murió como un perro, como él temía, sino apaciblemente en mis brazos, confundiéndome con Clara y a ratos con Rosa, sin dolor, sin angustias, consciente y sereno, más lúcido que nunca y feliz."

CONCLUSIÓN

Los rasgos más discernibles en la personalidad de los tres héroes estudiados, son el orgullo, la soberbia, la iracundia y la violencia, estos últimos dos, con mayor tinte en José Pedro Valverde y Esteban Trueba. Son tres individualidades cuya principal compulsión es ir tras el dinero y la fama y todos logran su objetivo.

Parece ser que la acumulación desmedida de fortuna, con el poderío que conlleva, lejos de ennoblecerlos va desmejorando sus perfiles. Si a esta particularidad se le agrega su escasa cultura, puesto que alcanzan todos una escolaridad mediana, se les ve transitar por las páginas dejándose llevar por excesos y blandiendo siempre una moralidad dudosa. No les incomodan las tropelías y aun los crímenes cometidos.

Los tres actúan como elegidos por el destino y piensan que su omnipotencia es saludable y benéfica a la patria, ya que el progreso alcanzado en sus tierras, la hace más sólida y grande, lo que resulta una menuda apreciación porque en realidad estuvieron sólo atentos a sus satisfacciones personales de toda índole.

Todos son poseedores de una poderosa libido la que ejercida sobre el mujerío delinquiente, llena de bastardos los campos sin quejas mayores y consecuencias. Sólo Trueba supo del desquite de la descendencia ilegítima, cuando su nieta Alba fue torturada y violada por Esteban García convertido en coronel de carabineros, cuyo padre era hijo espurio del patrón de las Tres Marías. Pero este hecho insólito ocurre en una etapa histórica muy diferente a la de Mendoza y Valverde. Porque mientras la existencia de estos últimos transcurre entre el final del siglo pasado y principios del actual, Trueba es casi un contemporáneo, es un habitante del nuevo orden, al menos al final de sus días cuando el mundo simbolizado por la gran casa de la esquina, saltaba hecho añicos.

Cuando el amor comienza a agitar los días de los tres héroes, existe cierta similitud en su aparición. Todos experimentan dos grandes pasiones en su vida, pero el destino les arrebató el amor inicial. Anselmo Mendoza casi enloquece al perder a Isabel, su joven esposa. Esteban Trueba abandona su mina de oro cuando Rosa, la bella, su dulce prometida muere envenenada por equivocación. José Pedro Valverde nunca podrá olvidar

la impronta que dejó en su alma la pérdida de Chepita debido a un parto fallido, exclusivamente por su irresponsabilidad. Pero finalmente, uno tras otro a su tiempo, logran cristalizar sus vidas afectivas; Mendoza encuentra a Emilia; Valverde a Marisabel y Trueba a Clara, estas dos últimas hermanas de las anteriores.

Otra analogía son sus convicciones políticas. Todos pertenecen al Partido Conservador, alero predilecto del terrateniente poderoso tanto de ayer como hoy. Ello les imprime, sin excepción, un furibundo rechazo a toda innovación, a cualquier cambio por nimio que sea y que amenace ese mundo dorado en el cual viven inmersos y que les es tan caro. Imaginan que el logro alcanzado en sus empresas es exclusivamente de ellos, olvidando que el trabajo esforzado y colectivo del campesinado es parte integrante del avance y al cual continúan manteniendo en condiciones paupérrimas.

Finalmente, los tres héroes coinciden en sus rasgos somáticos: ojos claros y cabello rubio.

B I B L I O G R A F I A

- | | |
|---|----------------------|
| FRONTERA | Luis Durand |
| GRAN SEÑOR Y
RAZARABLOS | Eduardo Barrios |
| LA CASA DE LOS
ESPIRITUS | Isabel Allende |
| El HEROE, en la
Novela Hispanoa-
mericana del Si-
glo XX | Luis. B. Eyzaguirre |
| DON JUDAS ROMERO | Miguel Angel Padilla |
| HISTORIA DE LA
CIVILIZACION DE
LA ARAUCANIA | Tomás Guevara |
| ARAUCANIA Y SUS
HABITANTES | Ignacio Domeyko |
| INTERPRETACION Y
ANALISIS DE LA
OBRA LITERARIA | Wolfgang Kayser |